

EL COJO ILUSTRADO

Año VI

1º DE OCTUBRE DE 1897

Nº 139

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

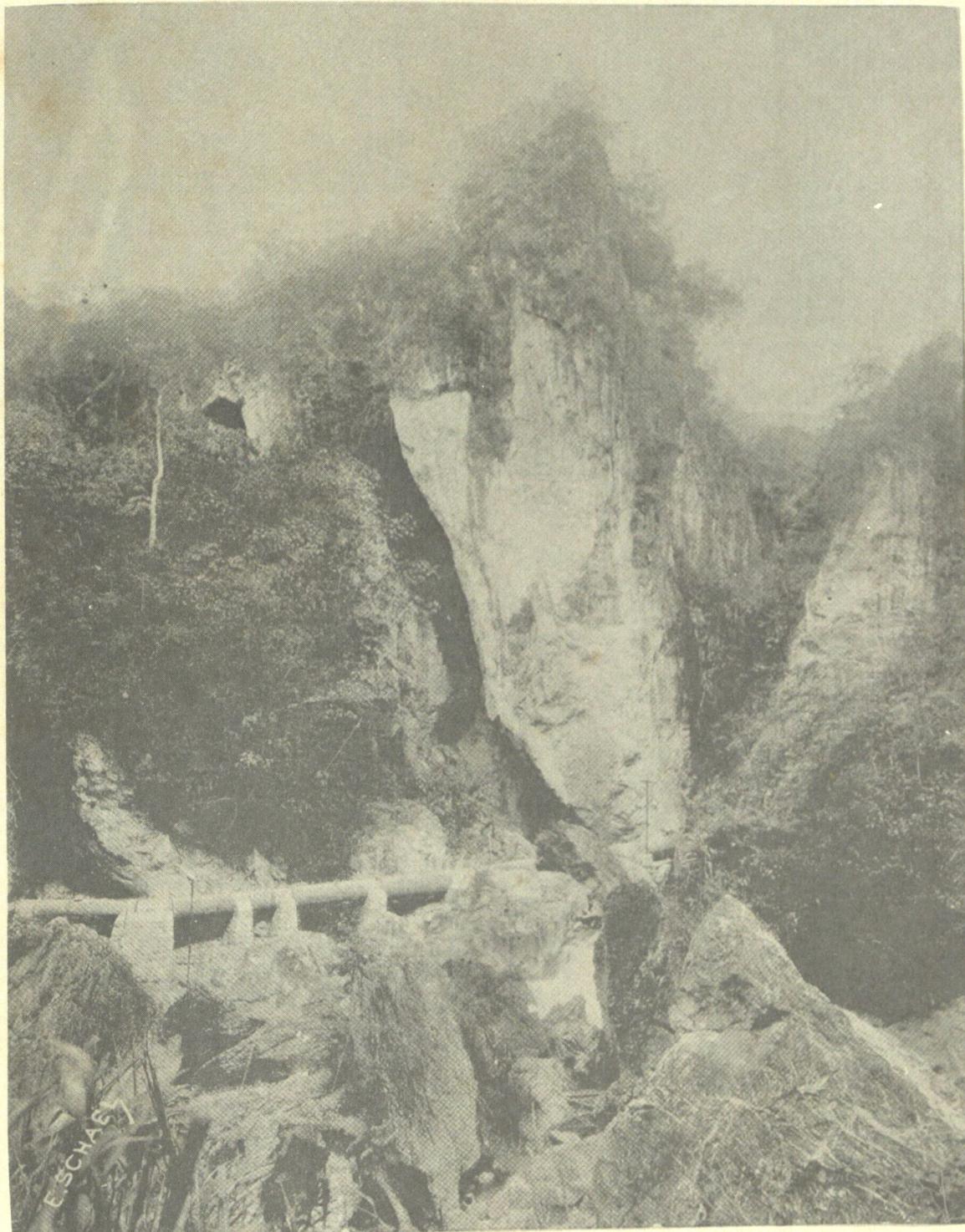
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



EL ENCANTADO. — (Compañía anónima La Electricidad de Caracas.) — Tubería que conduce el agua á las turbinas

jer, que al cabo se puso materialmente en la espina. Todo lo contrario le acontecía al marido, quien engordaba que era un contento, y la color del rostro se le iba encendiendo cada día más; sólo que la gordura no era frondosidad sino hinchazón, y la hermosa rubieundez no era tampoco signo y pregón de rica salud, sino el efecto de la sangre, que atropellada por el mucho licor, se extravasaba de las venillas y formaba, principalmente sobre la nariz, un ingenioso culebrilleo de rayitas coloradas y violáceas.

Juana, que ya no se atrevía á censurarle, de un modo directo y franco el más feo de sus vicios, solía hacerlo por medio de indirectas, como sucedía cuando estando ella, tarde de la noche, remendando y zurciendo á la luz de la lámpara, aparecía él en la casa haciendo eses y otras caprichosas figuras geométricas. Juana, sin levantar la cabeza ni quitar de su costura la vista, cantaba á media voz coplejas inocentes como ésta:

Todo el que bebe agnardiente,
Lo tengo pronosticado,
Que ha de morir de repente
Con el estómago hinchado.

Chabacana, si se quiere, será la forma poética de este rimado pronóstico, pero en cuanto á infalibilidad, pocos le superarán. Dígalo si nó, el hecho que vamos á registrar; y fue que el marido de Juana, el día que menos se lo imaginaba, reventó, quedando ella, por virtud del accidente, tan viuda como de desearse era.

Opinan algunos, que la mujer que enviuda de mal marido no debe volver á casarse, porque para escarmiento con una vez basta; pero otros son de contrario parecer, fundándose en que siempre vence á la suerte quien porfia, siendo así que no habría jamás gananciosos en el juego ni victoriosos en la guerra, si al primer revés renunciase al azar el jugador y á la gloria el soldado.

No pensaba de este último modo Juana. Por nada en el mundo, así se lo rogaran frailecicos descalzos, volvería ella á apuntar en ese peligroso albur, el cual resultaba siempre para la mujer, en aquello de: si ganas pierdes, y si nó perdiste.

—No faltaba más, después de lo que me ha sucedido; se decía Juana.

Y la pobre se pavoneaba gozosa de su cara libertad.

La libertad! No la llamaran, como se la titula: supremo bién de las criaturas, si además de dar satisfacción al espíritu con la conciencia del absoluto señorío de sí mismo, no extiendiese también á la parte física de ellas su influencia regeneradora, cual sucedió en el caso de Juanita, quien á medida que iban pasando los días del luto, se le aparecían, como antiguos amigos alejados en los malos tiempos y vueltos en los de recordada prosperidad, uno á uno aquellos hechizos que la hicieron tan solicitada de amadores en el período de su soltería; con la ventaja de que, debido al más amplio desarrollo con que la vida marital favorece á la mujer, las líneas de su trazo escultural eran ahora más agraciadas, y las redondeces y llenos de todo su cuerpo más opulentos y harmónicos. ¿Y qué decir también de dos hoyuelos preciosos, que al igual de otros encantos, habían desertado, y que tornaron á instalarse como dos huellas de la tentación á cada un lado de su fresca boca? Todo esto, y el bello color de rosa con que la nueva vida iluminó sus mejillas, hicieron de Juana la fruta sazonzada y provocativa que entre los apreciadores del ramo se conoce con el sugestivo nombre de «viudita picante.»

Hiciéronle la rueda al momento los apasionados de este género, y uno de ellos, al

parecer más urgido que los otros, se le declaró en toda forma, ansioso de disfrutar de la rica herencia de hermosura dejada *ab intestato* por el difunto.

¿Por qué razón extraña á los firmes y ciertos fundamentos de la lógica, por qué motivo insólito, que viene á echar por tierra, como si fuera una deleznable fábrica de barajas, la diamantina muralla de noes rotundos que Juana había construido en derredor del codiciable tesoro de su persona, no rechazó ella el asalto de este osado pretendiente?

Verdad es que la joven no echó corbamente el puente levadizo, pero sí izó bandera de parlamento. Es decir, que reflexionó; y reflexionar en casos como éste, es casi como firmar el preámbulo de una capitulación.

Debilidad, dirán los rigurosos moralistas. ¿Qué debilidad ni qué demonches! Lo que sucedió con Juana en aquella ocasión, y lo que sucede siempre, señores, es que la naturaleza no es elemento plegadizo á las leyes ni resoluciones de la conveniencia por más que las dicten en pleno Congreso todos los graves atributos del alma; y cuando menos se piensa, cata ahí que natura se revela y se luce. Juana se enamoró con ese segundo amor, más humano, más sabio y poderoso que el primero, si hemos de creer á los autores que nos ilustran en la materia.

Desgraciadamente florecían en este segundo novio de Juana, todas las máculas y resabios de su ilustre predecesor, y algunas otras más, aunque parezca imposible. Da dolor el decirlo así, porque el hecho de haberse fijado Juanita en tan connotado perdurario no recomienda en lo mínimo ni el buen gusto, ni el buen criterio, ni el buen nada de la simpática joven, sobre todo, lloviendo sobre mojado, como se sabe que llovía; pero es fuerza consignarlo, pues si fuéramos á andar con recortes y disimulos en los hechos principales de esta historia, no aparecerían jamás en ella las peregrinas campanas, de las cuales hemos prometido decir lo que en ocasiones dicen.

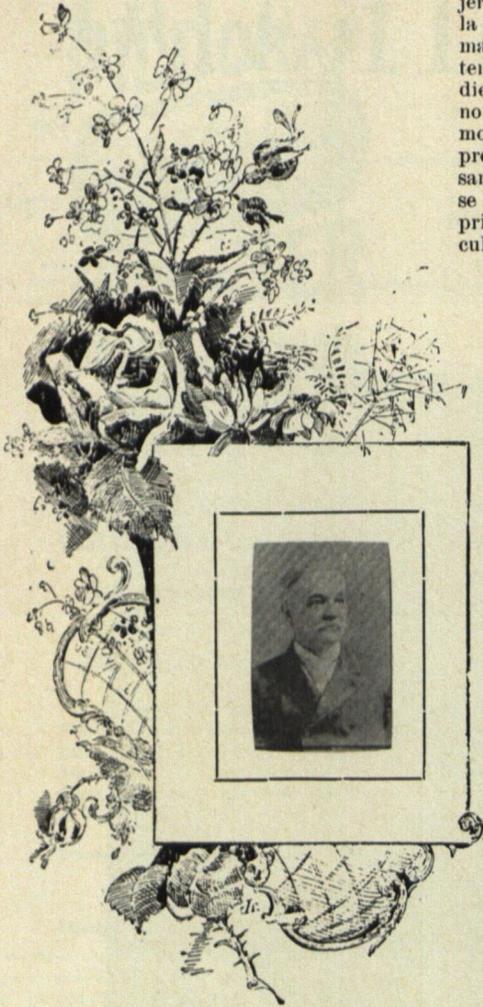
Apenas se trasladó en el pueblo Juana estaba en trance y riesgo de caer en manos de un nuevo verdugo, volvieron, como la vez primera, los cariñosos consejeros á tratar de disuadirla de aquella funesta inclinación, con tan excelentes razones y temerosos argumentos, que la pusieron como cavilosa y perpleja.

—Siembargo; en esto de matrimonio, hay que irse con cautela para oír á los amigos, y con mayor razón á las amigas. El despecho suele inspirar á aquéllos y la envidia á éstas. ¿Quién me asegure á mí que no haya mucho de todo esto en los consejos que se me dan, y en los peros que se le ponen á ese pobre muchacho?

Así se expresaba Juana hablando consigo misma, mientras remaba y remaba en el piélagos de contradicciones á que la habían lanzado; pero á poco le venían á la memoria los negros días de su primer matrimonio, y cambiaban de rumbo sus pensamientos aviando sus temores.

Finalmente vino á iluminarla una idea; la de someter el punto al juicio y decisión de un juez imparcial é insospechable. Lo que este árbitro le dijese, eso sería lo que ella hiciese. ¿Quién era ella, pues, para no acudir á un recurso que las naciones mismas aceptan, sin que se humillen ni prevaiquen por ello?

El busilis estaba en la elección del susodicho árbitro. Fulano, pensaba la viudita, sería muy bueno; pero es tío de fulanita, que fue novia de mi idem; Zutano, magnífico, pero le tiene tierra al candidato; pereñejo, excelente, pero ha emitido ya opinión en el asunto; menganejo, inmejorable, pero lo maneja su mujer, que es una envidiosa de las peores. Y así fue mentando y



LO QUE DICEN LAS CAMPANAS

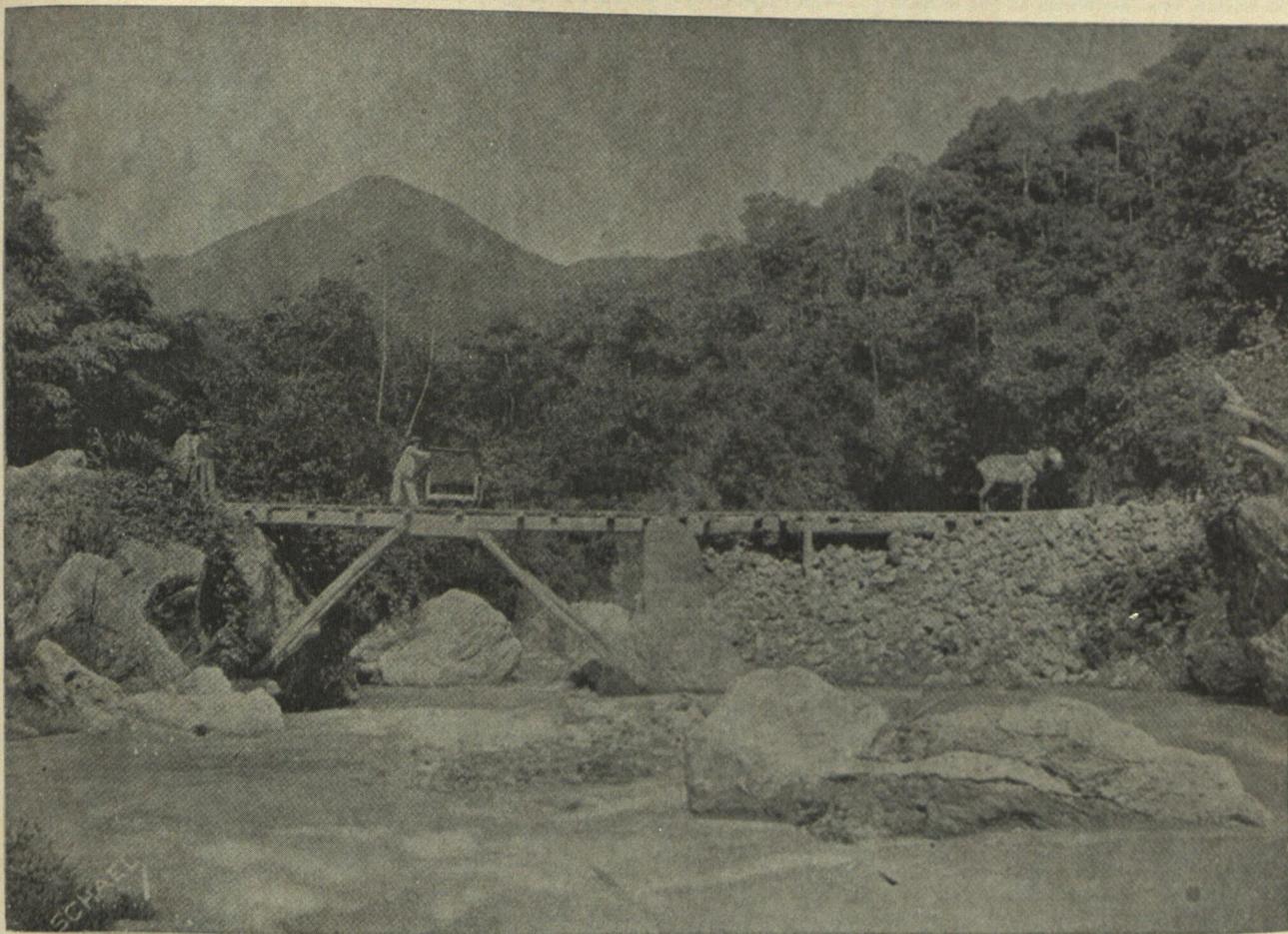
(EXPRESAMENTE PARA «EL COJO ILUSTRADO»)

Juana, la heroína de esta verídica historia, era, á los diez y ocho años, como son por lo general las mozas de esa edad: graciosa, presumida, amiga de que los jóvenes le dijeran pipos, que no la dejasen comer pavo en los bailes, y sobre todo, que no la hiciesen quedar para vestir imágenes.

Con aquellas naturales prendas y estas naturales ganas, no es maravilla que sucediese una cosa también muy natural, y fue que Juana se casó. Pero ¡ay! que la incauta doncella, por la prisa que tenía y por no atender á los paternos consejos y cautelosas advertencias de parientes y amigos interesados en su bién, fue á dar á manos de un perdís, un tarambana, sin otra recomendación que poder presentar á las muchachas casaderas, sino una cara muy despejada, á causa de la poca vergüenza, y en esa cara un mostacho de esos que por donde quiera que van esgrimiendo sus marciales leznas, se llevan ensartados los corazones. En una de las afiladas puntas de aquel alevé ornamento facial quedó prendido el corazoncito de aquesta pobre niña, la Juanita de la presente historia.

A los pocos meses de la boda, comenzó el mozo á hacer de las suyas; y todo á un tiempo, pues se enamoraba, jugaba y se emborrachaba. A los dos años, faltaba en la casa pan y sobraban malas palabras; porque ha de saberse que el marido de Juana no tenía de fino más que la estampa, siendo en maneras y en instintos todo lo que se llama un ordinario.

El mucho llorar y el poco comer fueron encanijando de tal suerte á la infeliz mu-



EL ENCANTADO. — (Compañía anónima La Electricidad de Caracas) — Vista tomada durante los trabajos de transporte de materiales

descartando, á cada cual con su pero, á todos los buenos sujetos del lugar, y acaso hubiera terminado por no encontrar palo en qué ahorcarse, como suele decirse, á no haberse acordado de la única persona que le quedaba por calificar; y esa sí que era irrefragable. Nada menos que el señor cura párroco de la pequeña y modesta localidad en donde estos sucesos pasaban; varón sin mayores luces, pero persona de confiar, y para el caso, como de encargo, por ser ajeno á los intereses y pasiones del mundo.

—Haré lo que el señor cura me ordene que haga, concluyó por decir Juana á su corazón, que muerto de risa la escuchaba dentro del pecho, sabiendo, el muy pícaro, lo que valen ciertas resoluciones en ciertos estados de alma, que es como ahora se les dice.

Y fuese derecho donde el bueno del párroco, y mitad en tono de confesión, mitad en forma de apelación diplomática, le refirió su cuita y le pidió su determinación arbitral, á la cual, dijo ella con énfasis que parecía efecto de la misma sinceridad, se sometiera sin vacilación, cual si fuera sentencia dictada por divina autoridad.

—Caso grave es el que me trae usted, hija, comenzó por decirle el prudente sacerdote; caso muy peliagudo, y de muchísimos bemoles para mí especialmente. ¿Qué puedo yo saber de conveniencias ó inconveniencias matrimoniales, hija mía? En esta materia es usted la doctora y yo el lego. Ya usted fue graduada una vez en esa ciencia, y bien pudiera más bien poner cátedra que pedir consejo.

—Cierto es, padre, muy cierto que la que me pasó con el difunto es para no olvidarlo en toda la vida; pero este otro me parece bueno.

—Ah! ¿con que le parece bueno? Pues ¿qué más quiere? A casarse tocan.

—Es que tal vez.....

—Ola! ¿con que hay tal veces? Pues hija, de los dados lo mejor es no jugarlos. No se case usted.

—Padre, yo vengo resuelta á seguir ciegamente su consejo, segura y muy cierta de que conociendo por lo que yo le diga, las cualidades del joven que me pretende, me dirá usted con franqueza lo que yo deba hacer. Le repito, padre, que mi novio es bueno y que me quiere; pero si á pesar de esto usted me aconseja que le diga que no, renunciaré á mi felicidad. Ya usted ve, padre, que vengo bien determinada.

Quedóse el señor cura un momento como hundido en hondos pensamientos; luego muy parsimoniosamente metió la mano en el bolsín del balandrán, extrajo de allí la caja de rapé de lustroso carey, y casi maquinalmente, pues continuaba sumido en su cavilación, abrió la caja, cogió con el pulgar y el índice una buena porción de tabaco, con que en seguida cargó ambas narices, sorbió con fruición, y como si el sabroso picor del nicotíneo polvo hubiese excitado y despejado el centro celular en donde se elaboran las ideas, le brotó una, luminosa y excelente.

—Mire, hija, dijo á Juana con aire de quien acaba de descubrir la salida de un intrincado laberinto; lo que soy yo, no me atrevo á asumir la responsabilidad de aconsejarla en punto tan decisivo; pero hay un medio infalible para que usted sepa el partido que debe tomar.—¿Hoy es jueves, no es verdad?

—Sí, padre; jueves.

—Mañana viernes; casualmente, tenemos misa solemne, como quiera que es día de

nuestros patronos San Pascual Bailón y Santa Restituta. Pues como iba diciendo, se viene usted á la iglesia antes del primer repique, y mientras estén repicando, fíjese bien, se pone usted á oír con mucha atención lo que dicen las campanas; eso sí, con muchísima atención; y lo que ellas le digan, que ya se lo dirán muy claro, eso haga y nada más.

A Juana le pareció al principio que el señor cura se chanceaba, pues eso de que las campanas hablasen, era cosa que no le entraba por lo serio. Miróle fijamente á la cara por ver si descubría alguna traza de buen humor, pero desgraciadamente, en aquel preciso momento cerraba el padre los ojos, y con la faz levantada, las narices muy abiertas, y el semblante todo contraído, trataba de hacer sonar un estornudo que se le había quedado traspapelado y sin estallar allá en lo recóndito de los nasales revicuetos. Al fin estalló el estampido, acompañándolo Juana con un fervoroso «Jesús, María y José,» al cual el señor cura, después de limpiarse, contestó diciendo:—Dios se lo pague, hija.

Y no se volvió á hablar de matrimonio, ni de campanas ni de más nada, sino de lo saludable y conveniente que es el uso del rapé para descargar el seso, y de lo desagradable de un estornudo que no revienta, y de lo peligroso que es el estornudar cuando no se tiene la precaución de enderezar bien la cabeza, pues lo más fácil es que con el estremezón se rompa algún vaso del cuello ó se tuerza alguna cuerda.

Fuese Juana á su casa, y dándole vueltas á la cosa aquella de las campanas, concluyó por decirse á sí misma que nada se perdía con hacer la prueba al día siguiente, yendo á oír el repique. Si las campanas en realidad le hablaban, como el señor cura aseguraba

que lo harían, ella obedecería lo que le mandasen; pero si le salían con el *tingo tilingo* de costumbre, entonces se quitaba de ruidos y tomaría el partido que le indicara su propio corazón. Qué más podía hacer ella?

Las nueve y media de la mañana del viernes serían, más bien menos que más, cuando Juana apareció en el altosano de la iglesia, puestos todos sus cinco sentidos, y muy especialmente el del oído, al repique solemne, que no tardó en comenzar, llamando á los fieles á la fiesta en honor de San Pascual Bailón y Santa Restituta, patronos de la modesta localidad.

Dos granujas muy bien adestrados agitaban los badajos de las campanas, marcando un alegre compás de seis por ocho, muy picado y con onatos á convertirse en polka; la cosa más festiva y regocijante que se pueda imaginar.

Juana escuchaba aquel repique maravillada y complacida á un mismo tiempo. Maravillada, porque era de todo punto cierto lo que el señor cura le había asegurado sobre que las campanas le hablarían á ella; y complacida porque lo que le decían los parleros broncees era cabalmente lo mismo que su corazón le dictaba hacía algún tiempo.

Clarito, tan claro que cualquiera creería que eran voces de personas, oía Juana las de las campanas decirle, polqueando como unas loquillas:

Que te cases; que te cases;
Te casarás.
Que te cases; que te cases;
Feliz serás.

—Si será esto cierto! Parece mentira. Pero, no es ilusión mía, pensaba la viudita; y poniendo aún mayor interés y atención al repique, se decía:

Claro, clarito, lo están repitiendo:

Que te cases; que te cases;
Te casarás.

¡Y con qué contento le daban las campanas el consejo! Eran tres; una de grave voz, que á Juana se le antojaba la voz de las personas serias; otra de mediano timbre, que parecía hablar por las gentes de menos gravedad; y otra de vocisita chillona, infantil, como el gritar bullanguero de los niños. Oh! aquello era como la expresión de los diversos elementos de la sociedad. Y subiendo aún más alto, ¡por qué no suponer que aquella era la respuesta que á su corazón le daban los mismos santos del cielo, con sus voces de bajo tan hermosas, entre las cuales creía ella reconocer la ronca pero alegre de Pascual Bailón, patrono del lugar; y las de Santa Restituta y su coro de vírgenes, que deben ser todas sopranos; y las de los ángeles y serafines, que por fuerza han de hablar siempre como niños que son, con festiva algarazara y retintín de agudos tipes. Todos se juntaban y concertaban para decirle:

Que te cases; que te cases;
Feliz serás!

Mujer de palabra era Juana, y como había empeñado la suya en hacer lo que las campanas le aconsejasen, así lo hizo, y se casó.

Y parece imposible que aquellas voces tan armoniosas y simpáticas que con tan festivo ritmo le habían aconsejado á esta pobre niña tomar marido por segunda vez, lo hubiesen hecho pérfidamente; pero el caso es que el mismo diablo no habría podido aconsejarle cosa peor. El tal marido resultó, (bien sabía todo el mundo lo que resultaría:) un bribón de siete suelas. Andaba de continuo en jolgorios y devaneos:—lo mismo que el difunto; jugaba el sol antes de nacer, y tomaba sus monas;—lo mismo que el difunto; y cuando se encontraba en este último estado, sacudíale el polvo á la infeliz mujer; cosa que nunca llegó á hacer el difunto, valga la verdad.

—La culpa de que yo sea tan desgraciada, decía Juana zollipando y echándose árnica, la tiene el señor cura, que me hizo creer que las campanas me dirían lo que mejor me convenía.

Y en cierta ocasión en que ya no pudo más, se fué donde el bendito señor, y entre lágrimas y reproches se desahogó la desdichada.

—Cálmese, hija, cálmese, la decía blandamente el sacerdote. Mire que está ofendiendo á Dios con suponer que las pobres campanas, que son lenguas sagradas del templo, fuesen á conchabarse con el demonio (¡Ave María purísima!) para engañarla y perderla á usted. Lo que sucedió fue que usted, probablemente se distrajo, y no puso, como yo se lo advertí, bastante atención á lo que le decían las campanas. Váyase ahora mismo y escúchelas, pues actualmente repican á vísperas; vaya, óigalas muy bien óidas, y vuelva luégo á contarme lo que ellas le digan.

Fuese Juana al altosano, puso atento oído al repique furioso que en aquel momento ejecutaban á cuatro manos los ya conocidos granujas que de campaneros fingían; y ¡cuál no sería la sorpresa, digamos más bien el estupor de Juana, al escuchar que las mismas campanas que ella creía haber oído tan bien la vez anterior, le gritaban ahora, con cierto acento socarrón de lo más impertinente:

Si te casas, si te casas,
Ya lo verás.
No te cases, no te cases;
Te pesará!

Agitada y confusa, corrió Juana á ver al señor cura, para decirle, como le dijo:

— Padre, por vida suya, explíqueme usted por qué esas campanas me aconsejaron primero que me casara, cuando era tiempo de que no lo hiciera, y ahora que la cosa no tiene remedio me dicen que no me case, que no me case, y que si me caso me pesará. Yo le juro, padre, que las oí muy bien, perfectamente bien, la otra vez. Le puedo repetir en este instante lo que entonces me decían. Recuerdo que hasta en verso era.....

—No se caliente los sesos, hija; interrumpió el cura. Ni entonces oyó usted nada, ni ahora tampoco le han dicho cosa alguna las campanas. Lo que usted oyó en aquella vez, fue la voz de su propio deseo, la voz de su resolución, ya tomada, de casarse; y ahora lo que acaba de oír, ó cree que ha oído expresar á esos inocentes broncees, no es más que el reproche de su propia conciencia de usted, que la tiene muy cargada, pues desoyó en tiempo los consejos que le daban quienes podían dárselos desinteresados y prudentes.

—Desengáñese, hija, concluyó por decir el señor cura levantándose para atender á las señas que desde la puerta del comedor le hacía la criada para que fuese á tomar el chocolate, el cual, de puro frío, ya tenía nata; desengáñese, hija; eso de que las campanas hablan no es más que cuento de camino. Ellas no dicen sino lo que uno desea que digan.

Escúchelas ahora que van á dejar. Clarito me están diciendo:

Din don din;
Din don dán!
Señor cura, señor cura,
Que lo espera el Sacristán!

N. BOLET PERAZA.

Nueva York: 1897.



FIAT

FANTASIA

Era la noche universal: el mundo—
Náufrago del abismo de los cielos—
Cruzaba la región del infinito,
En el sudario de la sombra envuelto.

En profundo seno pavoroso
Del negro caos, dormitaba el Tiempo,
Los siglos que en tropel, raudos pasaron,
En la insondable eternidad cayeron.

En torbellino informe, lentamente,
Revolaban los astros en silencio,
Como turbión de pájaros sombríos
Cansados de vagar por el desierto.

Deslizábase el mundo por el éter
Cual fantástica nube de aquel piélago.
Sobre el haz de las aguas se extendía
la mirada de Dios: era el momento.

¡FIAT! entonces, palpitante el labio
Moduló de Jehová con alto acento;
Y el ángel de la luz movió las alas,
De pompa y majestad y gloria lleno.

La noche recogió su manto fúnebre,
Al ensanchar de la palabra el eco,
Y del arpa sublime del espacio
Los ritmos de la luz se desprendieron.

Clareaba el día universal, y el alba
Como una rosa de brillantes pétalos,
Enviaba al mundo su primer sonrisa,
Al despertar de su primer ensueño.

Bajo el dosel de estrellas del Empíreo
Abría el sol su rosetón de fuego,
Y el germen misterioso de la vida
Fecundaba del éter los desiertos.

Sacudían las nubes su plumaje
Para enviar el rocío de los cielos,
Y era el iris la fúlgida diadema
Que ostentaba la frente del Eterno.

Agitando su cauda las estrellas
En la orgía de luz de aquel incendio,
A través del espacio se miraron,
Y el primer beso del amor se dieron.

Preludios de la música divina
Ensayaban los orbes en concierto,
Y lucían su espléndido atavío
En cascadas de ardiente centelleo.

Dejando en pos de sí mágica estela
Cruzaba por el alto firmamento,
Bañada en suave claridad, la luna,
Cual mística paloma de los cielos.

Las sombras presturosas se alejaban
Cual siluetas de lúgubros espectros,
Y átomos de la esencia creadora
Perdíanse flotando allá á lo lejos.

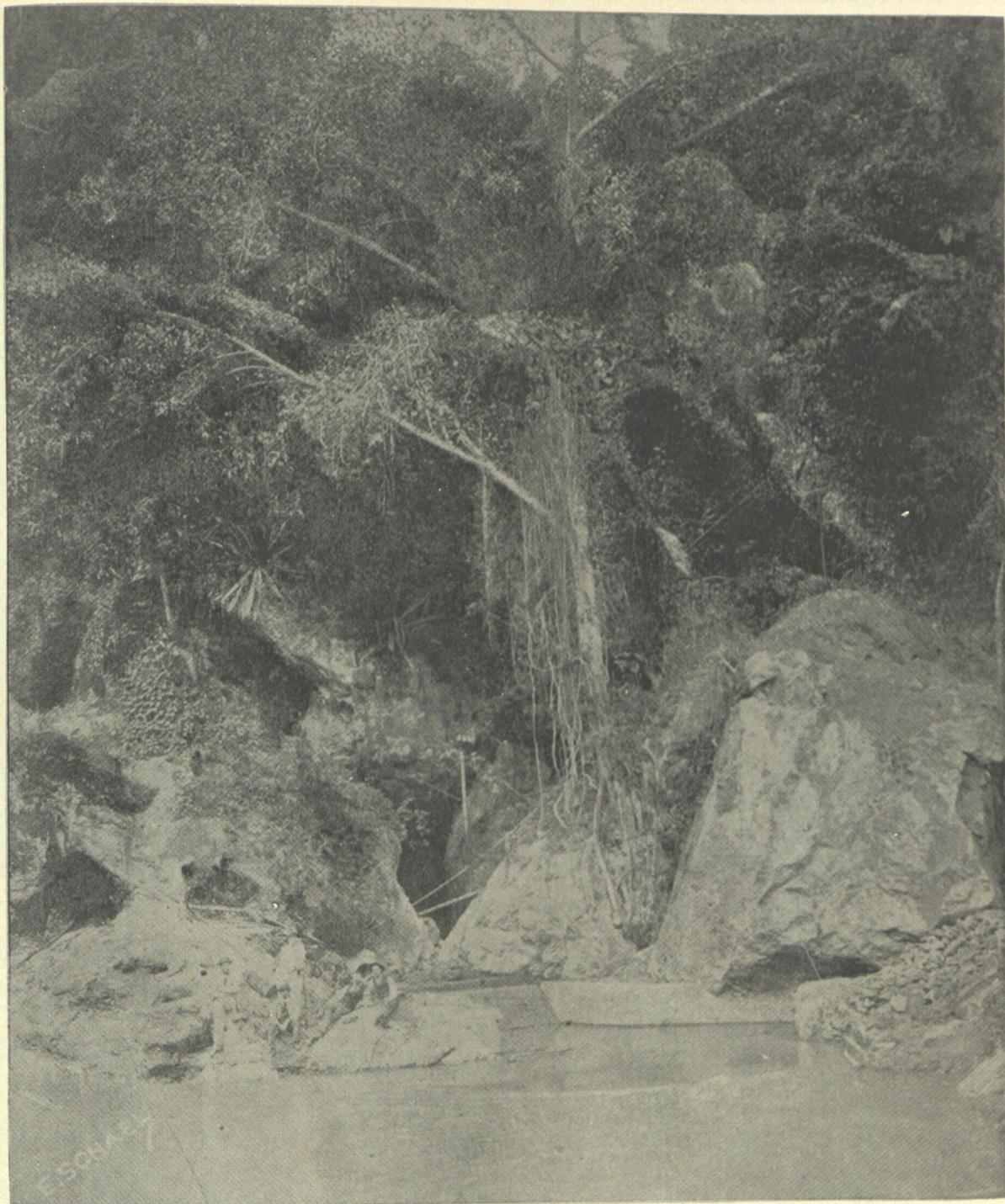
Al tibio resplandor que la inundaba
Se despertó la creación sonriendo,
Como inocente despertara un niño
Al casto beso del albor primero.

¡Hora suprema! En armonioso giro
Los ámbitos remotos encendieron
Las estrellas, cual blancos azahares
Desprendidos del manto de los cielos.

Era la redención y era la vida
Que despertaba los callados ecos
En el fondo del valle, en la espesura,
En la umbría del bosque, y en el viento.

Y era todo un ardiente paraíso
Que ensayaba una música de besos,
El misterioso idioma de los astros,
Cisnes del lago azul del firmamento.

Y cánticos y notas y suspiros
Se volcaban del ánfora del cielo,
Mientras del Sol, la Tierra enamorada,
Emprendía su eterno derrotero!



EL ENCANTADO. — (Compañía anónima La Electricidad de Caracas) — Toma del agua para las turbinas

A UNA "REINA"

Por mucho que deslumbre tu mirada,
no ofuscará su brillo mi retina,
pues la hizo Dios tan firme y diamantina
como en perenne bronce cincelada.

Por tu altivez en reina proclamada,
alma que subyugarte se imagina,
después que tu belleza la fascina,
á tu carro triunfal dejas atada.

Tu afán no engrías con la vana idea
de que á tus piés mi corazón se vea
y que tu amor por escabel lo lleve.

Yo nací para ser ¡fiera Hermosura!
llama en el cráter, casco en la armadura,
en la onda espuma y en la cresta nieve.

LA ESPADA ESPAÑOLA

En los regios troqueles toledanos
el temple recibió su hoja guerrera;
ella es la espada belicosa y fiera
acostumbrada á aniquilar tiranos.

El pueblo que con bríos soberanos
juego de orgullo conquistarla quiera,
al intentar rendirla á su bandera,
tintas en sangre mirará sus manos.

Esa espada española en que se junta
al noble arrojó la virtud más alta,
va con las glorias de la patria adjunta.

Tiene el temple, el valor, nada le falta;
y aunque se junte con su cruz su punta
y se retuerza en espiral, ¡no salta!

LAS ALAS

Si mi cuerpo mortal alas tuviera,
alas sobre los hombros, diosa mía,
con su plumaje pabellón te haría
tendido al viento igual que una bandera.

Para que sólo mi pasión te viera,
en torno de tu sér las plegaría
y te formara leve celosía
porque fueses así mi prisionera.

Cual varillaje deslumbrante y rico,
las entreabriera en forma de abanico
y fresco dieran á tu tez lozana.

Y como velo de tus gracias sumas,
en tu balcón abriéranse sus plumas
brillando al sol como gentil persiana.

PURGATORIO

DE "LA CANCION DEL ODO"

EN las noches negras, densas,
cuando el trueno ronco y rudo repercute en las extensas
soledades de los cielos, de la tierra y de la mar;
de las rotas sepulturas de olvidado cementerio
se alza un ruido sordo y grave,
como el lúgubre retumbo de las notas del psalterio
que murmura el capuchino, de rodillas en la nave
del ruinoso monasterio que parece trepidar
en las noches negras, densas,
cuando el trueno ronco y rudo repercute en las extensas
soledades de los cielos, de la tierra y de la mar!

Ese ruido sordo y grave de las tumbas solitarias
son los tétricos sollozos, las estériles plegarias

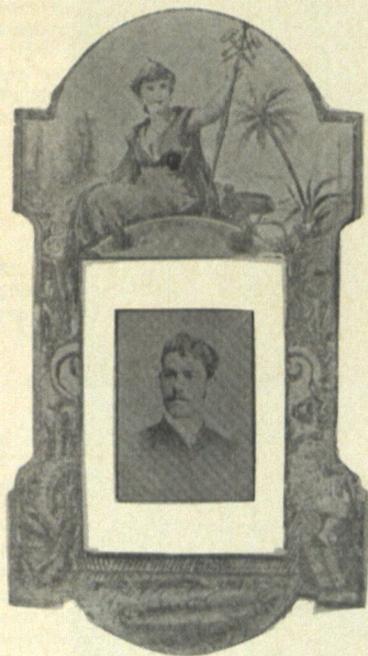
de los réprobos siniestros que intentaron infamar
con el virus de la injuria, con la baba de la envidia,
al que siempre en santa lidia,
como bueno y como noble, su laurel supo ganar!

Ayl de aquellos los malvados, los infames, los protervos,
asquerosos, negros cuervos,
que desgarran cuanto alcanza gloria, honores, premio, altar!
Cuando mueran, cuando caigan en la tumba oscura y honda,
ni en la tierra ni en los cielos hallarán quien les reponda
á su eterno suplicar!

Que disfamen, que calumnien! La conciencia de ellos mismos
al cavarles sepulturas, como trágicos abismos,
los condena y sus blasfemias se rebela á perdonar
en las noches negras, densas,
cuando el trueno ronco y rudo repercute en las extensas
soledades de los cielos, de la tierra y de la mar!

1897.

ANDRÉS A. MATA.



CRONICAS LIGERAS

AZOTES LITERARIOS

Ustedes habrán oído hablar de carbunclos, barros inflamados, *corrimientos*, etc.
Pues todo eso es tortas y pan pintado si se compara con los literatos en estado de canuto, que se hacen ellos mismos la propaganda.

Aquilino, notabilidad del género, lleva siempre en el bolsillo su último articulo. Así como otros llevan un revólver, ó un puñal.

Su fórmula preliminar es siempre la misma:

—¿Desde cuando no escribes?

—Baah: hace tiempo que no me ocupo de eso.

—Pues yo acabo de escribir una cosita, Voy á leértela.

Y lleva la mano al bolsillo, y saca la cosita, la cual oye el paciente quierases que no.

Cuando Aquilino comenzó su carrera, lefa los partos de su ingenio en el seno de la familia, primero, y luego se lanzaba á la calle, armado con la producción, para ir tomando pareceres.

—Si le encuentras algo, solfa decir á la

víctima, me lo dices. Te lo leo porque sé que tú tienes gusto para estas cosas.

—Pues, con franqueza, lo encuentro perfectamente.

—¿Te parece que puede publicarse esto?

—Ya lo creo.

Y siempre encontraba Aquilino un periodista benévolo que le diera *cabida*, y un cronista pródigo que le echara un bombito.

Hoy Aquilino tiene una reputación hecha, su nombre ha traspasado los lindes del Distrito Federal. Y el diablo que le aguanté.

—¿Has visto mi último artículo publicado en "El Cacho."

—Francamente, nunca veo ese periódico.

—Pues me lo han celebrado mucho.

—¿Ajá?

—Te lo mandaré.

—Bueno. Lo agradezco desde luego.

Al día siguiente recibe usted "El Cacho" con una columna marcada con lápiz azul. Allí está el artículo de Aquilino. Y Dios le libre á usted de no leerlo.

Cada vez que Aquilino se le ponga delante su pregunta inevitable será: ¿viste el artículo?

No contento Aquilino con el laurel periodístico, aspiró á la gloria tribunicia. Y la logró. ¡Vaya si la logró!

Comenzó por la tribuna del Concejo Municipal.

Sabedor de que aquel alto Cuerpo se preparaba para celebrar una solemne festividad, intrigó hasta conseguir el discurso de orden.

Ya nombrado orador, le encontré un día.

—¡Caramba! me dijo. En cuanto uno tiene un nombrecito no le dejan vivir.

—Hombre; ¿qué te pasa?

—Pues que estos señores del Concejo se han empeñado en que les pronuncie el discurso del día tal.

—Pero eso siempre es una honra.....

—Qué honra, ni qué calabazas! Tan ocupado que estoy; y tan cansado de esas cosas. Yo me resistí hasta donde pude; pero.....

—Baah; para tí un discurso es cuestión de un momento de humor.

—En fin, veremos. No dejes de asistir. Llegó el día del discurso y no pude concurrir al acto.

El encuentro con mi orador era inminente.

—¿Qué te pareció? me dijo la primera vez que nos vimos.

—Pues, chico, no pude asistir. Y lo sentí bastante porque deseaba oírte.

—Pues leelo.

—¿En qué periódico está?

—Todos lo han publicado, con elogios.

—Ya lo creo.

En las calles, en el teatro, en la iglesia, donde quiera que me topaba el orador municipal me pedía mi juicio sobre el discurso.

Yo, francamente, no me había atrevido con la pieza oratoria.

Pensé en emigrar y luego en suicidarme, pero no me era dable ninguna de las dos cosas.

Un día me topé con mi orador en un entierro. Yo era de los que habían arrimado el hombro al difunto, y marchaba la deado y sudoroso, gracias al peso de los despojos, cuando sentí unas palmaditas en la espalda. Volvíme trabajosamente, á ver quien me llamaba la atención en aquel penoso instante. Era mi orador.

—¿Lo leíste? me dijo.

—Hombre; respete usted las circunstancias. No lo he leído, ni lo leeré. ¿Estamos?

Desde entonces hay entre Aquilino y yo un abismo. Pero sé á qué atenerme con los literatos que se hacen ellos mismos la propaganda.

JABINO.

DE RICHEPIN

SONETO ORGULLOSO

De sus males el hombre es el culpable.
La vida es un combate encarnizado,
y al justo que se encuentra desarmado
suele herir á traición el miserable.

Para esquivar de la calumnia el sable
se debe acorazar el hombre honrado,
ó llevar, cual los santos, resguardado
el cuerpo con cilicio impenetrable.

Por esto, cuando alguno me amenaza,
mi orgullo es el cilicio y la coraza
con que mi pecho á la ruindad se esconde.

No tiene esta coraza un agujero.
¿Queréis herir mi corazón? ¡Primero
es necesario que busquéis por dónde!

RICARDO J. CATARINEU.





EL ENCANTADO. — (Compañía anónima La Electricidad de Caracas) — Grupo de operarios y de ingenieros

UNA REALIDAD FANTÁSTICA



RA un mito El Dorado que con tanto afán perseguían los conquistadores en las zonas que riega el Orinoco?

Ante todo importa saber que El Dorado,

que tanto trastornó los cerebros de Berrío, Raleigh, Drake y Howhins á fines del siglo XVI era, según los historiadores contemporáneos nuestros, "el imperio fabuloso del Gran Patiti; magnífica residencia de Manoa, con sus palacios cubiertos de placas macizas de oro puro y circundada por un lago en cuyas aguas se reflejaba el esplendor de la ciudad famosa."

Esta no era, no podía ser la tradición verdadera recogida, por los aventureros, de los inocentes labios de los guaraunos, habitantes del Delta del Orinoco, con quienes primero se pusieron en comunicación.

La sola frase "palacios con placas macizas de oro" revela que esa tradición fue adulterada por la inventiva europea, ya porque no concibiesen esplendores fabulosos sin el complemento del arte arquitectónico, ora para mejor despertar en el Viejo Mundo, la codicia de los que contribuían con sus recursos á armar las expediciones en busca de ese Dorado; pues an-

te aquellas selvas vírgenes y ante aquellos seres semi-desnudos, era imposible creer en la existencia de tales palacios.

Pero en cambio de esa modificación, ¡cuánto disminuía el verdadero mérito de la tradición indígena!

Creando la fábula de los palacios encantados, los aventureros reducían á uno el lago esplendente donde se reflejaba la mágica ciudad de oro; mientras que la tradición verdadera, con ser mucho más sencilla, era sin embargo mucho más rica, á la par que mucho más probable.

Hé aquí esa tradición primitiva que aun conservan sin alteración los guacaos del "Cuyuni": "En el imperio de nuestro Cacique Patiti había muchos lagos de oro puro, brillantes como el sol, y que hacían cerrar los ojos al mirarlos."

¿No era mucho más halagadora esta sencilla tradición indígena que el *único* lago inventado por los aventureros?

¿No era más probable el yacimiento de esos lagos de oro en el desierto, que la existencia de palacios auríferos en el mismo?

Consideremos que las tradiciones no son sino las verdades de la historia, adornadas por la fantasía popular. Todo sueño de la imaginación se apoya en una base real y positiva; y si se tiene en cuenta que la fantasía de aquellos primitivos habitantes del Delta era demasiado sencilla para la inventiva de la fábula, la posibilidad de la existencia del Dorado, por ellos anunciada, crecía en la misma proporción de lo fantástico de la leyenda, pues lógico era suponer que aquellos entendimientos estrechos no podían crear tan halagadora mentira.

Y en efecto, no la habían creado. Esa tradición nada tenía de fantástica: el Dorado existió con todo el codiciado esplendor con que lo anunciaban los guaraunos del Delta del Orinoco, según la tradición llegada hasta ellos desde sus más remotos antepasados.

¡Lagos de oro puro que ofuscaban la vista al reflejo del menor rayo de sol!

¡Riquezas extraordinarias que sólo bastaba inclinarse para recogerlas!

Decíamos que existió y hemos dicho mal: El Dorado existe hoy, lo mismo que en los tiempos primitivos, con toda su halagadora realidad; sólo que al presente le cubre un velo de que carecía en los tiempos seculares de su aparición.

La acción constantemente niveladora de las aguas de lluvia, empeñadas desde la creación en hacer de la esfera terrestre un cuerpo enteramente redondo, lo que estarían próximas á alcanzar si el fuego central de esa misma esfera no lo impidiese con sus periódicas erupciones; la acción de las aguas, decimos, ha acumulado sobre esos lagos de oro, una considerable cantidad de arena y tierra en el curso de los siglos, que los vela á nuestros ojos como los velaba á los ojos de los conquistadores, quienes no tuvieron en cuenta esa acción del tiempo y de las lluvias cuando perseguían la existencia de la mágica tradición.

Descorramos con la fantasía y con el auxilio de los conocimientos prácticos, el velo que cubre á esos lagos auríferos para presentarlos ante los ojos de nuestros lectores con toda su esplendorosa realidad.

Basta examinar en su propio yacimiento, la

naturaleza de los filones metalíferos para comprender, sin el menor esfuerzo, que los metales, junto con la materia que los contiene, sílice ó cuarzo, han surgido á la superficie de la tierra por erupciones volcánicas que, en vez de salir por un solo cráter, han ensanchado la tierra hasta romper la corteza superior, formando grietas ó aberturas para darle salida á las materias en ebullición por el fuego central.

Entre esas materias en ebullición se encuentra el oro (de él trataremos solamente) en estado líquido, como es natural, y el cuarzo, su compañero inseparable, en estado pastoso.

Para comprender esta verdad basta observar también que lo que se llama *filón* es una materia completamente independiente y distinta de la roca granítica que la contiene: es, como si dijéramos, una cuña que se interpone entre dos rocas.

Ahora bien, esa cuña no ha podido interponerse en medio de esa masa de roca sino por inyección en estado líquido ó pastoso. El fuego central ha roto la corteza terrestre y el cuarzo y el oro hirviendo se han escapado por esas grietas hasta llegar, en parte, á la superficie.

La parte de materias en combustión que se ha desbordado de las grietas se extiende por la superficie; y el oro, que tiene mayor peso específico que el cuarzo, se escapa de éste y entra á rodar solo, solidificándose por el contacto del aire en pepitas de diverso tamaño y depositándose en el fondo del valle que lo recibe.

Hé aquí el oro llamado de aluvi6n, porque las aguas lo arrastran luégo á su cauce natural.

La parte de materia ígnea que no se ha desbordado, queda rellenando las grietas solidificándose también, ó por la acción del aire ó por el contacto de las zonas acuosas que atraves6 en su ascensión. Estos son luégo los filones, donde se encuentra mezclado cuarzo y oro porque su estrecha prisión no les permitió separarse.

Naturalmente que esas grietas, por la propia impulsión del fuego central, al quedar rellenas con el resto de la materia que no vomitaron fuera, se conservan más levantadas que el resto del valle donde se efectuó el cataclismo; por lo menos hasta mucho tiempo después que éste tuvo lugar.

Hecha esta explicación que, si no ilustrada, es, por lo menos, de una rigurosa exactitud, imagínese ahora el benévolo lector, poco después que la catástrofe geológica tuvo lugar en una zona aurífera, colocado sobre una de esas grietas, dirigiendo su mirada hacia el valle, extendido á sus pies, donde esa grieta derramó el sobrante de su contenido ¿qué espectáculo se presentaría á sus ojos?

¡Un lecho de oro, tanto más deslumbrador, cuánto que debía conservar, como salido de un crisol, todo el brillo de sus prístina pureza!

Y como ese sacudimiento fue sin duda alguna simultáneo y uniforme en toda la región de Guayana desde el Delta del Orinoco hasta Demerara y Surinam, resulta que los indígenas contemporáneos de él, que escaparon á sus estragos, debieron contemplar infinitas veces, y en muchos puntos, el maravilloso espectáculo que nosotros sólo podemos ver hoy con los ojos de la imaginación.

¡Después de la erupción, ellos vivieron por mucho tiempo entre áureos esplendores, multiplicados por el sol al quebrar sus rayos en esas masas de oro puro!

¡Aquello debió ser como soles terrestres que devolvía sus caricias al del cielo!

Si fuera aceptable el término diríamos: aquello era una constante aurora boreal del mediodía!

Este era El Dorado que buscaban los conquistadores!

Pero para los aborígenes, ese brillante espectáculo no tenía el menor mérito real: no conocían el valor del oro y probablemente cerraban los ojos ofendidos por el brillo al pasar ante esos lechos auríferos, con la misma indi-

terencia con que nosotros los cerramos hoy al reflejo de un lago cristalino herido por los rayos del sol.

Y sin embargo de esta indiferencia, el espectáculo debió ser para ellos tan maravilloso, tan sorprendente la áurea novedad, que conservaron su recuerdo á través de los siglos de generación en generación, transmitido de padres á hijos á la sombra del árbol silvestre, bajo la choza humilde, para llegar hasta nosotros convertido en una quimera, en el mito que en este momento tratamos de desvanecer, reivindicando para aquellos sencillos seres el honor de la verdad: única virtud á que rindieron (y rinden todavía) reverente culto . . .

En el Yuruary, esos lechos de oro de que hablamos debieron ser numerosos, como lo demuestran los diversos descubrimientos que allí han tenido lugar; descubrimientos que apenas han bastado á anunciar su existencia, esperando una generación más activa y laboriosa que la nuestra para libertarles de la capa de tierra que las lluvias, auxiliando á los siglos, han acumulado sobre ellos.

Quien conozca á Cicapra y se penetre de la teoría que arriba exponemos sobre las causas determinantes de la existencia del oro, comprende perfectamente que existió allí uno de esos lechos auríferos cuya verdad queremos de mostrar.

Cicapra es un valle encerrado entre la grieta que se desbordó hacia él y que hoy llaman *filón de la Cruz*, y la quebrada del mismo nombre (Cicapra) que corre en sentido paralelo de la grieta. Entre una y otra hay un espacio de mil seiscientos metros en un plano inclinado desde la grieta hasta la quebrada.

El viajero que entra á Cicapra por el naciente, remonta, para atravesarla, la grieta ó loma de la cruz coronada en toda su prolongación, (como ochocientos metros) por una fila de cuarzo blanco, y limpio de todo oro porque este se derramó hacia el valle; y tan pronto como ese viajero se encuentra en la cumbre de la grieta, ve el pueblo de frente en el fondo del valle, las oficinas de la compañía hacia la derecha y como último límite, la faja del bosque cuyas raíces lava la quebrada.

Es incalculable la cantidad de oro extraída de este valle desde su descubrimiento, en 1878, hasta los momentos actuales. El oro ha salido de allí por quintales! Minero hubo que en un radio de dos metros extrajo tres mil onzas en pocos días! (*)

Y ¿lo creerán nuestros lectores? ese valle habrá sido explotado, cuando más, en una octava parte!

Ahora, agréguese al oro ya explotado el que aún existe, y además, el que las aguas han arrastrado de allí en el curso de los siglos, desde el remoto período en que tuvo lugar el sacudimiento geológico: y pensemos en el panorama que presentaría ese valle al supuesto viajero que le contemplase en aquellos días, desde el filón de la Cruz.

¡Maravilloso espectáculo!

La vegetación, tostada completamente por el baño de fuego aurífero que se derramó sobre ella, debió ceder el puesto al nuevo y brillante huésped que la aniquilaba para reinar soberano en aquel valle, por lo menos durante su enfriamiento, presentando, á los ojos del supuesto observador asombrado, un lago de oro puro lanzando rayos esplendentes al reflejo del sol!

¿Qué Dorado más rico y más bello que el exhibido por ese valle á los ojos at6nitos de los contemporáneos aborígenes?

¡Y cuántos valles habría entonces semejantes al de Cicapra!

¡Oh! sí! la tradición era una realidad! realidad no menos cierta porque hoy se oculta á nuestros ojos! y los historiadores Caulin, Gummilla, Humboldt y Baralt han calumniado á

los indios al afirmar que ellos ponderaban esas maravillas para deshacerse de los conquistadores atrayéndoles al interior con la mágica mentira.

¡No, no! El Dorado, el precioso Dorado está allí con sus innumerables yacimientos del precioso metal!

¡Cuántas veces pasarían sobre él los que tanto lo buscaron!

Pero los designios de lo Alto no eran, no podían ser prodigar tesoros para que cayesen en manos mercenarias y aventureras.

Aquellas riquezas fabulosas están destinadas desde su creación, á un fin mucho más noble y elevado: están destinadas á premiar al genio que lleve hasta ellas, convertido en realidad tangible, al Drag6n de fuego de los tiempos mitológicos.

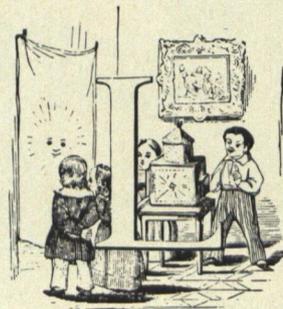
Es decir: al ferrocarril!

Sólo cabalgando sobre el dorso de ese Drag6n sumiso y obediente hoy, puede recogerse el premio destinado por la Providencia á la laboriosidad y al trabajo, porque el trabajo es la inteligencia siempre en marcha, el ritmo del mundo que es lo que quiere Dios!

c. PERAZA.

LA VIDA PARISIENSE

LA EXPOSICION DE BRUSELAS



AS exposiciones universales no pueden tener éxito sino en París.»

Perfectamente —dicen los belgas —pero Bruselas es un pequeño París.

Los pequeños Parises son como las pequeñas Suizas.

Un terreno con cuatro colinas es una pequeña Suiza. Una ciudad con dos boulevares es un pequeño París. Que la nación que no crea tener su pequeño París, tire la primera piedra contra los belgas.

Por mi parte, me contentaré con apuntar rápidamente las sensaciones que ha producido la Exposición de Bruselas en un alma diletante.

**

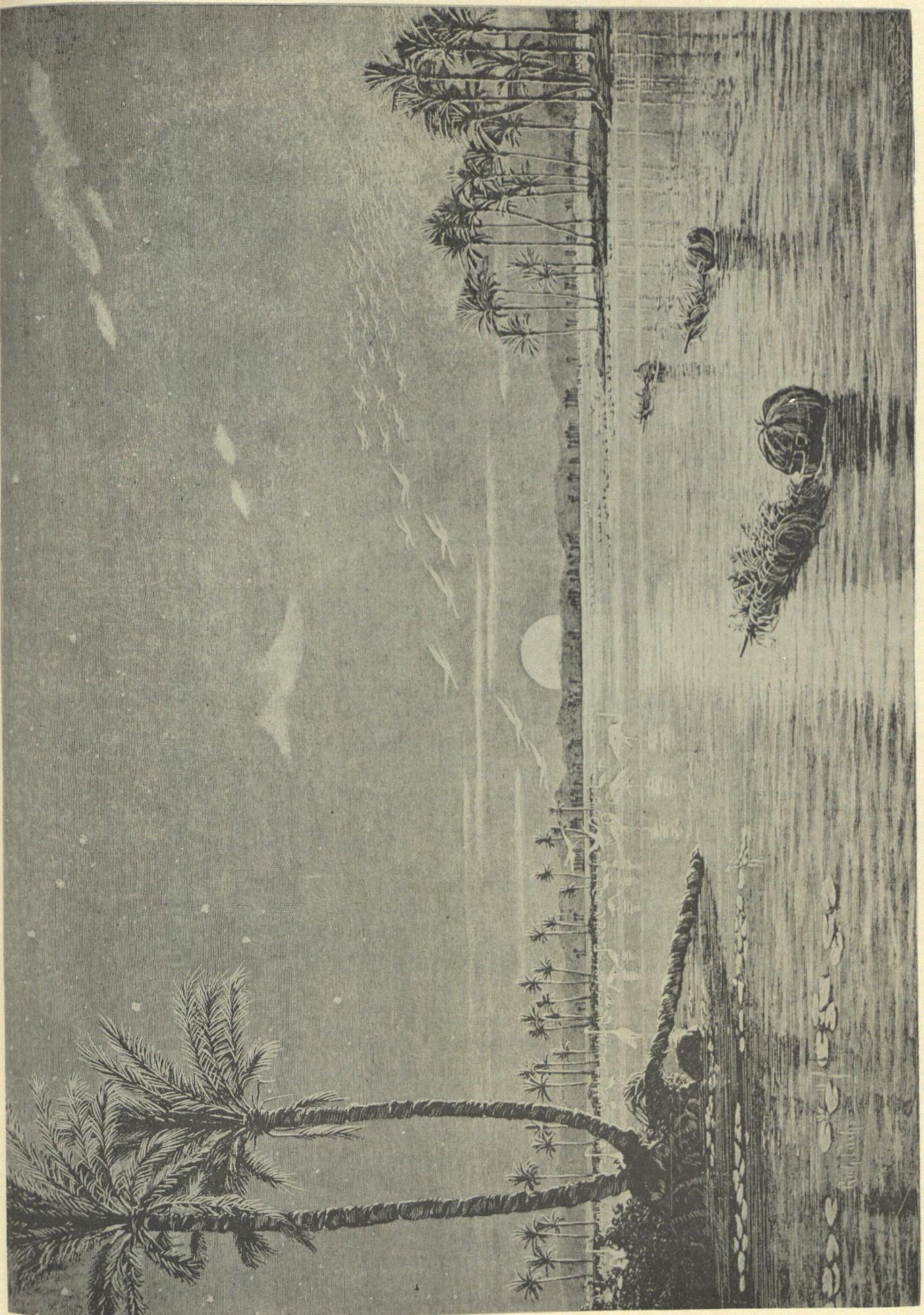
Lo primero que se ve, al llegar á Bruselas, es el boulevard. El boulevard atraviesa la ciudad, va de una estación á otra y pasa por todas las grandes calles. En Madrid es imposible dar cien pasos sin encontrarse con la Puerta del Sol. En Bruselas no se puede discurrir sin pasar varias veces por el boulevard.

No es como el de la Magdalena, ni como el de Capuchinos, el tal boulevard: pero siempre es muy elegante, con una elegancia algo baja, algo pesada y algo lenta, como todas las calles belgas. Casas pequeñas de dos pisos; tranvías diminutos tirados por un solo caballo, tiendas cuyas fachadas tienen cinco metros apenas...Y luégo la gente, los paseantes que caminan sin fiebre, muy despacio, llenando el arroyo y dejando desocupadas las aceras...Un carruaje que atravésara las calles al trote, aplastaría diez mil belgas. Los cocheros van con una lentitud extraordinaria, deteniéndose ante cada grupo que pasa, dando vueltas al rededor de los que charlan en las esquinas. Un automedonte de París que va de la Bastilla á la Opera, gasta más actividad que todos los cocheros de Bélgica en un día de fiesta.

Del Boulevard á la Exposición, hay tres kilómetros lo que en cualquier parte sería un cuarto de hora en carruaje y que aquí representa cincuenta minutos de trote belga.

**

(*) Los mineros Santaella y Bochinchin hicieron célebres en aquellos días, por la riqueza de sus barrancos.



CACERÍA DE FLAMENCOS, EN UNA NOCHE DE LUNA, (NORTE DE AFRICA)

El aspecto de la gran feria, á las tres de la tarde, un día de verano, es encantador. Los senderos floridos que conducen á los panoramas, se extienden como un abanico, ante la entrada. A la derecha una reproducción monumental de las montañas suizas, cuyos picos nevados parecen fundirse bajo los rayos solares, produce una impresión de inmensidad luminosa; á la izquierda las avenidas llenas de oriflomas, pobladas de kioscos de mil estilos diferentes, vibrantes de orquestas de todos los países, hace pensar en una encrucijada fantástica en la cual hubieran plantado sus tiendas de campaña todas las razas nómadas del globo. En el fondo la gran puerta de piedra del palacio central, ostenta con orgullo su cuadriga triunfal.

El espacio está lleno de gente. Las cabelleras rubias de las muchachas del pueblo, lucen á lo lejos como cascos de coraceros. No hay que acercarse, sin embargo, porque, bajo el oro de esas melenas, los rostros desilusionan: todas las belgas son feas, todas; todas.

—Esa chica es guapa—dice uno de repente contemplando una boca fresca y dos grandes ojos azules.

Es una austriaca.

—Esa otra es deliciosa con su talle menudo, sus ojos de violeta y sus labios maliciosos.

Es una parisiense.

En cuanto á las bellas flamencas de que Enrique Conscience habló á nuestra juventud curiosa, todas están en el museo, en los cuadros del divino Jordaens y del buen Teniers.

Atravesemos, pues, la kermese y contentémonos con la buena impresión que deja en el paladar esa cerveza del norte que es ligera y fluida como los vinos del mediodía.

La galería de las máquinas es para la Exposición lo que el Bulevard es para Bruselas: por todas partes los inmensos volantes de acero ruedan sobre sus ejes vertiginosamente: todas las secciones principian ante una bomba de movimientos y todas las puertas de salida de las salas especiales, dan sobre las correas formidables de cien turbinas.

—¿En dónde se encuentra el pabellón francés?

—En el extremo de la galería de las máquinas.

—¿Y el inglés?

—A la derecha de las máquinas.

—¿Y el austriaco, y el alemán y el chileno?

—Junto á las máquinas.

La única sección que está lejos de las máquinas es la turca que ocupa un palacete bizantino, blanco y oro, en el centro de los jardines:—dentro del palacete, tabacos rubios, telas vistosas, pesados tapices, pantuflas bordadas, collares de ámbar, ni más ni menos, en fin, que lo que llevan en sus bazares ambulantes esos soberbios bohemios de oriente que recorren con orgullo peregrino las calles de París, envueltos en sus grandes mantos de púrpura, gritando: "buno," "buno."

Como exposición verdadera, la de Bruselas no tiene más importancia que las de París y Chicago. Tampoco tiene menos.

Para el público en general el *etalage* de los productos de la industria universal no tiene gran interés. La avenida de la Opera, la calle de Alcalá, todas las calles comerciales de las grandes ciudades, en fin, son tan interesantes como la mejor ordenada de las exposiciones.

Lo que atrae y lo que seduce en los certámenes cosmopolitas, es el aspecto de feria, el carácter de domingo internacional con su variedad infinita de perfumes exóticos, de tipos especiales, de acentos variados, de gestos universales.

Vivir en dos horas varias vidas y respirar al mismo tiempo en varias atmósferas, he allí el verdadero placer de los que visitan París en 89, Chicago en 94, Bruselas en 97.

Cada sección tiene su carácter especialísimo: en la francesa todo es ligero, elegante, armonioso, nuevo, perfumado, vistoso, fino, atrayente;—en la inglesa la nota grave y el orden simétrico reinan y son cajas en pirámides y columnas de piezas de telas y paquetes formados como batallones y círculos de tubos de acero, todo grave, todo fuerte, todo honrado y todo orgulloso;—la de Austria—Hnngria tiene algo de la elegancia parisiense y algo del esplendor oriental con sus porcelanas vaporosas como encajes, sus pieles perfumadas y sus tabacos color de Jerez;—la alemana es pesada, robusta, pretenciosa, con imitaciones de París y de Viena que hacen pensar en los elefantes sabios que parodian los movimientos del hombre;—la italiana es insignificante; las de América ingenuas y primitivas con sus sillars de montar en cueros erizados de pelos, con sus hamacas, sus telas sin carácter y sus botellas misteriosas. (En la del Paraguay, sin embargo se exponen encajes de una belleza asombrosa y de una pureza impecable.) Cada país, en fin, aparece allí con sus cualidades y sus defectos, sus tesoros y sus pobreza y sobre todo con su perfume peculiar y su tipo especial formando un conjunto vasto y armónico.

Al volver á Bruselas, por la tarde, las calles están llenas de gente y el boulevard, á lo lejos, parece moverse con una actividad rara en país de Flandes. Allí están las terrazas invadiendo las aceras, los grupos de mujeres cosmopolitas marchando ligeramente, la carabana de curiosos deteniéndose ante la pirámide flamante del viejo Aspach. La kermese de la feria, continúa en la ciudad. El sol no dora ya sino las llanuras lejanas, tras la estación del Mediodía.

Para descansar me detengo en la Gran Plaza que es uno de los rincones más admirables del mundo... Y entre esos muros deliciosos y venerables del ayuntamiento, de la casa del rey y del antiguo Hotel de Ventas, la belleza enorme y delicada de la Edad Media, me consuela melancólicamente de la fealdad vanidosa de las ferias modernas...

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

LA PAGINA ETERNA

Todos los que escribimos, la soñamos magnífica, ideal; la buscan en el libro nuestros ojos, y en el libro no está.

Engendro del placer ó la amargura, del combate ó la paz, vive allí, con el alma del poeta, el alma universal;

la hallaron en la fe Milton y Dante; en la duda, Balzac;

Shakespeare en la miseria; en el regalo Byron y Chateaubriand.

A la mentira la arrancó Cervantes; Tácito á la verdad;

y es, lo mismo plegaria que blasfemia, en todos inmortal.

¡Muchos escriben libros!..... De la gloria muchos corren detrás;

mas, la página eterna..... la soñada..... ¿cuántos la escribirán?

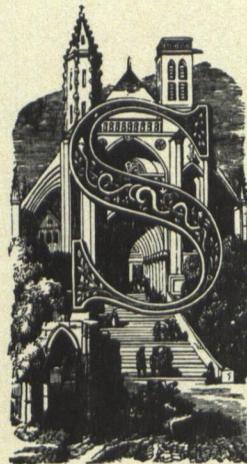
MANUEL DEL PALACIO.



LOS TRES MAXIMOS ORADORES GRIEGOS

POR MARCO-ANTONIO SALUZZO

(Continuación)



EGUN este paralelo ¡atenienses! no "es extraño que "las recompensas "sean ahora más "numerosas, y entonces estuviera "la Patria más "floreciente."

"Tratemos de "explicar la causa."

"¿Crecéis que "para ganar la "corona en Olimpia ó en otros "juegos, desearían "los atletas ejercerse en la lu-

cha y en el pugilato, ó en diferentes peligrasos combates, si se concediese aquélla, no al más digno, sino al más intrigante? Ni uno solo la querría. Pero como el premio es raro, de dificultosa y plausible conquista; como la victoria: inmortaliza al vencedor; existen hombres que exponen la vida, sufren mil trabajos, afrontan se con los peligros."

"¡Pues bien! vosotros sois los jueces del campo en que combate la virtud cívica. Si dais las recompensas á cierto número reducido, á los más dignos, según las leyes, abundarán los émulos del patriotismo; si, por el contrario, premiáis al primer ambicioso, corromperéis los más nobles caracteres."

"¿Quién os parece hombre de mayor alienato: Temístocles, que comandaba vuestra Armada cuando vencisteis á los persas en Salamina, ó Demóstenes el desertor? ¿Milciades, vencedor de los Bárbaros en Maratón, ó ese cobarde?"

"Pero ¡oh Dioses del Olimpo! es profanación el nombrar á estos grandes hombres al lado de ese monstruo. Cítese uno solo de aquellos patriotas á quien se haya coronado. ¿Ha sido ingrata Atenas? Nó: ha sido magnánima; y sus ciudadanos, sin coronas, fueron dignos de ella, porque fundaban la propia gloria, no en la letra muerta de un decreto, sino en el recuerdo imperecedero de la Patria."

"¿Qué recompensas recibieron? Esto merece especial mención."

"Vivían en aquellos tiempos algunos ciudadanos, quienes, después de penosos trabajos, de grandes peligros, debelaron á los medos en las orillas del Estrimón. A su vuelta, cuando, ya vencedores, regresaron á la Patria, pidieron el premio; y el pueblo les concedió uno, magnífico para aquella época:—tres hermes de piedra en el pórtico de los Mercurios; pero con prohibición de poner en ellos ningún nombre, á fin de que la consagración pareciera dirigida al pueblo y no á los generales."

"Juzgad de ello por las inscripciones."

"Grabóse al pie de la primera estatua:

"Grande ánimo alentaba á los generosos guerreros que quebrantaron el imponente furor de los antiguos persas, con el hambre devoradora, con la espada y con el espanto."

"En el de la segunda estatua:

"A sus valientes generales, Atenas reconoció.—Anímeze la futura generación á defen-

"der la Patria cuando contemple esta recom-
"pensa."

"En el de la tercera estatua:

"Menesteo en los campos Frigios, digno
"compañero de los Atridas, educa y adiestra
"á los combatientes, y sus rápidas victorias
"enaltecen á los hijos de Atenas. Tú cantaste,
"Homero, su ingenio y
"su fama, y dotaste á
"tus conciudadanos con
"el arte que eterniza
"el triunfo."

"¿Dónde está aquí
"el nombre de los
"generales? En nin-
"guna parte; y en to-
"das el nombre del
"pueblo."

"Entrad en el pór-
"tico de los Cuadros.
"Porque los monu-
"mentos de nuestras
"altas acciones rodean
"la plaza pública".

"Ahí está pintada
"la batalla de Mara-
"tón. ¿Quién era el
"general? Milcíades.
"Y no obstante, su
"nombre no está allí.
"Pues qué! ¿no pi-
"dió tal honor? Sí;
"pero negóse el pue-
"blo, y tan sólo le
"concedió el de que
"apareciese en primer
"término exhortando
"á sus soldados al
"cumplimiento del
"deber."

"Ved en el templo
"de Cibeles, cerca del
"Consejo, la recom-
"pensa concedida á
"los que devolvieron
"al pueblo sus ho-
"gares."

"Arquinos de Celo,
"uno de los liberta-
"dores, propuso é hi-
"zo sancionar el de-
"creto."

"Concediéronse mil
"dracmas para sacri-
"ficios y ofrendas:
"menos de diez drac-
"mas por cabeza; y
"en vez de la coro-
"na de oro, se les agra-
"ció con una de oli-
"vo. Entonces la co-
"rona de olivo era al-
"tísimo honor; hoy
"la de oro ha caído
"en menosprecio."

"Y la distribución
"no se fió, por cierto,
"á la casualidad. El Consejo inquirió cui-
"dadosamente quiénes combatieron con
"denudedo en File, sosteniendo el sitio
"contra los lacedemonios y los trentinos;
"quiénes no huyeron, como los cobardes
"desertores de Queronea!"

IV

Bastan los pasajes transcritos para se-
ñalar, ya que no para exponerlo en toda
su acción, el poder oratorio de Esquino,
en cuanto la letra por sí sola puede
hacerlo, despojada del timbre de la voz,
de la acción y del gesto, que vienen á
constituir la entidad del discurso, ó sea:
la palabra hecha hombre.

Gracias al PROCESO DE LA CORONA co-

nocemos inequívocamente el origen de la
Guerra Sagrada; guerra que explicarán
después los historiadores, aunque sin el
calor con que pinta Esquino la destruc-
ción del *Puerto de las Imprecaciones* en
la ciudad de Anfisa, y la serie varia y
azarosa de los acontecimientos que sus-

nos, sino sólo para poseer el solar que
sus progenitores consagraran; las víctimas
de la guerra, los que osaron arrostrar, á
sabiendas, estéril sacrificio, desoyendo el
oráculo del Dios; y como profética senten-
cia salida del sepulcro, la voz del can-
tor sereno de *Los trabajos y los Días*, anun-

ciadora de tremendas
catástrofes, por des-
gracia cumplidas;
son rasgos de inmar-
cesible belleza, que
acaso podrán igualar-
se alguna vez, pero
superarse, jamás.

Si cuando se espar-
ce puede compararse
Esquino á dilatado
piélago concitado por
borrascoso viento,
abunda, si se concen-
tra, en energías tan
inesperadas como po-
derosas.

Así: para pintarnos
á Demóstenes en la
tribuna, llámalo *fa-
bricante de palabras*, y
añade que *arrancarlo
la lengua sería tapar
los agujeros á una
flauta*; para retratarlo
en sus inconstancias,
figúralo *más vario en
vueltas y revueltas que
su nativo río, el Eu-
riipo, cuyas orillas ha-
bita*; intenta exponer
cómo *ha abusado* (De-
móstenes) *de su cuerpo
desde la infancia*, pero
renuncia á ello, porque
*se haría odioso hablan-
do con demasiada cla-
ridad de tales torpezas*;
y por último, con-
trapone la corona de
oro con que se in-
tenta premiar á De-
móstenes roto y fugi-
tivo en Queronea, á
los hermes de piedra
conmemorativos de las
victorias alcanzadas
en las orillas del Es-
trimón:—*trofeos que
no ostentan ni el oro
ni el marfil, atributos
de los dioses, ni otra
inscripción sino los
versos del Ciego su-
blime cuyos cantos
crearon el arte único:
el arte que eterniza
la fama de los héroes,
exaltando su nombre
á la par del nombre*



MADONNA. — Cuadro de Pablo Barthel

citaron el poderoso Imperio macedónico.

Trozos tiene la acusación de Esquino
en que la oratoria, sin dejar de ser tal,
reviste, hasta cierto punto, el sagrado hor-
ror de la tragedia esquilica; pareciéndo-
nos que el auditorio, incorporado al ora-
dor, asumiera el carácter del coro antiguo,
y prorumpiese, repitiéndola, en aquella
exclamación solemne como el arrepentimien-
to, que renueva el espanto de pasa-
das calamidades: "—¡ No: no hemos vivi-
do la vida ordinaria de los hombres:—he-
mos nacido para asombro de la posteridad!"

Tebas, barrida del suelo de Grecia por
la cólera de los dioses en castigo de sus
deslealtades; Atenas, que no lucha ya por
el glorioso engrandecimiento de los he-

de los dioses.

Fue Esquino quien produjo la perfecta
alabanza de la clemencia política, cuando
dijo ser la *amnistía la palabra más
hermosa que han pronunciado los hombres*;
y también salió de sus labios aquel após-
trofe terrible, que se cumple aun hoy día
como fatídica ley histórica:—"¿ Habéis ol-
vidado ¡ atenienses! que la opresión de la jus-
ticia ha sido siempre y en todas partes el
preludio de la tiranía?"

Al modo de hábil capitán, prevé Esqui-
no las contingencias todas de la lucha;
estrecha á su adversario; ciérrale las sa-
lidas á fin de no dejarle opción sino entre
el rendimiento ó la muerte; y para ello
trata de imponerle un plan de defensa

subordinado á la acusación, siguiendo el cual, de seguro, todo estará contra Demóstenes, quien no logrará borrar los cargos, antes bien los afianzará, renovando en la memoria de los jueces los afectos diestra y sagazmente movidos por su acusador.

Por donde llega Esquino á estas conclusiones:

“¿Que sucederá si no le escucháis así? “Entrará en la escena, como sutil tramposo, como malvado audaz, como verdugo de la República; porque el miserable llora con mayor facilidad que otros ríen, y comete perjurios sin escrúpulos.” “Ni me sorprendería de que, nó lágrimas, sino injurias derramase sobre los ciudadanos reunidos en este recinto, y exclamara:—Cerca de la tribuna del acusador veis á los partidarios de la oligarquía; á los demócratas cerca del acusado.”

No desdén Esquino lo sarcástico; todo lo contrario: mézclalo con lo ridículo como para ponerlo más de resalto por el contraste entre lo uno y lo otro.

“¿Cuál es el objeto de tantos y tan penosos cuidados? ¡Coronas de oro, proclamaciones en el Teatro, contra lo prescrito por las leyes! Si el pueblo, viejo delirante, olvidando sus infortunios, acordase conceder esa corona; él, Demóstenes, debería presentarse y decir:—¡Atenienses! acepto la corona, pero por lo que hace al modo de la proclamación, lo rechazo. Nó: los mismos sucesos por los cuales la Patria se cubre la frente, llorando, no deben servir para colocar con ostentación una corona en la mía.—Esto diría un hombre sinceramente virtuoso; pero no tú; tú hablarás como el criminal que finge virtudes.”

“¡Por Hércules! No temáis ¡atenienses! que Demóstenes, intrépido guerrero, héroe magnánimo, frustrado el premio del valor, se dé muerte al entrar en su casa (1) Nó. El río de vuestra estimación; con procesos se ha hecho pagar las heridas que merecidamente recibiera; ha valorado en oro las bofetadas que le dio Midias y cuyas marcas muestra aún en las mejillas. Porque ese hombre lleva sobre los hombros, no una cabeza, sino un capital (2)”

Si establece paralelo entre él y Demóstenes, hácelo con tal movimiento de convicción y con tal arte; imita de modo tan magistral las cóleras suscitadas por la injusticia, que nos parece oír el acento de la verdad. Así falsifica el orfebre, hasta igualarlos en brillo y limpidez, el oro y el diamante; y á no ser por la conducta del pueblo de Atenas, que premia al acusado y condena al acusador, suspenso estaría aún el juicio de la historia.

“¡Atenienses! jamás he envidiado las ocupaciones de Demóstenes, y nunca me he avergonzado de las mías. Los discursos que he pronunciado ante vosotros, míos son, no los niego; pero si pudieran parecerse á los de ese hombre, me creería reo de muerte.”

“El silencio ha sido regla de mi modesta vida.”

“Satisfecho con poco, no he deseado enriquecerme á costa de deshonras. Hablo y callo con reflexiva determinación; nun-

(1) Alusión á Ajax, que se dió muerte cuando los griegos adjudicaron á Ulises, su competidor, las armas de Aquiles.

(2) Juego de palabras malignamente donairoso en griego.

“ca impulsado por el capricho de ávidas concupiscencias.”

“Pero tú, si se te paga, enmudeces; una vez disipado el oro, gritas. Hablas, no por propio impulso sino obedeciendo las órdenes de quien te compra. Hé ahí por qué aventuras sin pudor afirmaciones acerca de cuya impostura se te convence en seguida.”

“Así, pues: esta acusación, emprendida en tu sentir por complacer á Alejandro, la suspendí cuando vivía; Filipo antes del advenimiento de Alejandro, antes de tu sueño á propósito de Pausanias, antes de tus coloquios nocturnos con Minerva y con Juno. ¿Cómo había de adular con anticipación á Alejandro, yo que no he soñado como Demóstenes?”

“Me criticas porque ocupo raras veces la tribuna; ¿y crees ignoremos que ese pensamiento te lo ha sugerido, no la libertad popular, sino un gobierno muy diferente? En la oligarquía no acusa quien quiere, sino quien domina; en la democracia acusa aquel que quiere acusar y cuando le place. Porque hablar de tiempo en tiempo caracteriza al ciudadano atento á las circunstancias y amigo del pueblo; al paso que hablar todos los días oficio es y tarea de mercenarios.”

Terminaré estas inserciones con el pasaje en que Esquino, apurando la materia, considera la coronación de Demóstenes como ejemplo corruptor para la juventud.

“Si os piden los jóvenes algún modelo que seguir, ¿cuál le daréis? Porque, ya lo sabéis: palestras, escuelas, ciencias, bellas artes, contribuyen menos á la educación que las proclamaciones públicas. ¿Coronaréis en el Teatro por su virtud á algún malvado? Pues tal espectáculo corromperá á la juventud. ¿Castigáis al infame, al desenfrenado:—á un Tesifonte? Será para ella elocuente lección. Si al volver al hogar el autor de una determinación injusta y vergonzosa trata de aleccionar á su hijo, no será, y con razón, escuchado por éste. Decidid, pues, no tan sólo como jueces, sino como responsables ante todos los ciudadanos ausentes. ¡Verguenza para vosotros si se os compara, no con vuestros heroicos antepasados, sino con Demóstenes el cobarde!”

“Y, ¿cómo escapar á tamaña ignominia? Desconfiando de esos hombres que ocultan la perfidia bajo el nombre de amigos. El título de celoso demócrata es alto premio, que ordinariamente obtienen por medio de palabras aquellos que más lejos están de serlo por las acciones. Así: cuando os encontréis con algún orador ambicioso de brillantes coronas, de proclamaciones hechas ante todos los helenos, aplicada al caso las leyes que exigen pruebas de lícita renta: que os pruebe la regularidad de su vida, la integridad de su carácter. A quien no lo hiciere no le ratificáis los elogios concedidos; y así velaréis sobre la mermada autoridad popular. ¡Ah! ¿no os parece extraño que con desprecio del Consejo y del pueblo, los particulares reciban cartas y embajadas de las primeras potencias de Europa y de Asia? Sí: lejos de negar tal crimen, castigado con la muerte por nuestras leyes, algunos ciudadanos se vanaglorian de cometerlo. Comunícense sus despachos. Los unos os dicen:—fijad sobre nosotros los ojos; somos los guardianes de la democracia. Los otros: recompensadnos, puesto que hemos salvado la República.”

“Entre tanto, encorvado bajo el peso de sus infortunios, el pueblo, viejo delirante,

“conténtase con un poder ficticio, y tras-pasa á otros el ejercicio de su legítima, de su propia autoridad. Así, sin resolver nada, abandona la Asamblea, como se sale del festín costeado por todos, después de haberse repartido los despojos.”

V

Creo firmemente que cada lector de esta pieza oratoria repetirá al terminar la lectura de ella la exclamación de los rodios discípulos de Esquino: ¿Cómo pudiste ser condenado con discurso tan elocuente?

Porque, en efecto: nunca se demostró con lógica más rigurosa la ilegalidad de un asunto, que lo hace Esquino de la proposición de Tesifonte; ni las sanciones prohibitivas de la ley en un caso dado, se comprobaron de modo más tangible.

Como alegato, la primera parte de la acusación es irrefutable; y si en la segunda el arte retórico aparece casi siempre con los atributos de la elocuencia; si el acusador es no pocas veces patético, á menudo grandioso y alternativamente brillante; los argumentos que produce para acusar á Demóstenes carecen de fuerza, y por poco que se contrapesen con la defensa de éste, hállanse viciados de falsedad, como sugeridos, al fin, por el odio y la venganza.

De ahí, acaso, la precisa y gráfica expresión de Quintiliano á propósito de la elocuencia de Esquino, la cual, dice, tiene más carne que músculos.

Orador alguno en ningún género trazó con mayor habilidad el plan de un discurso; pero la falta de trabazón en las partes, que comunica á aquéllos fuerza incontrastable hasta presentarlos en la integridad de un todo incompatible con la menor desmembración; la ausencia del aliento poderoso que ejercido en el campo del arte produce cierta impresión cuanto uniforme irresistible; tachan la obra de incompleta y aíslan, deslustrándolas, las bellezas en ella esparcidas.

Por lo demás: si la elocuencia de Esquino en esta acusación no puede decirse uniforme hasta formar un todo compacto, único como el maderamen de la heráldica galera de Salamina, ¿quién no habrá de admirar en ella el ardor vehemente y la abundancia de expresiones ora sentenciosas, ora sarcásticas, tan atrevidas é inesperadas como las destrezas del atleta?

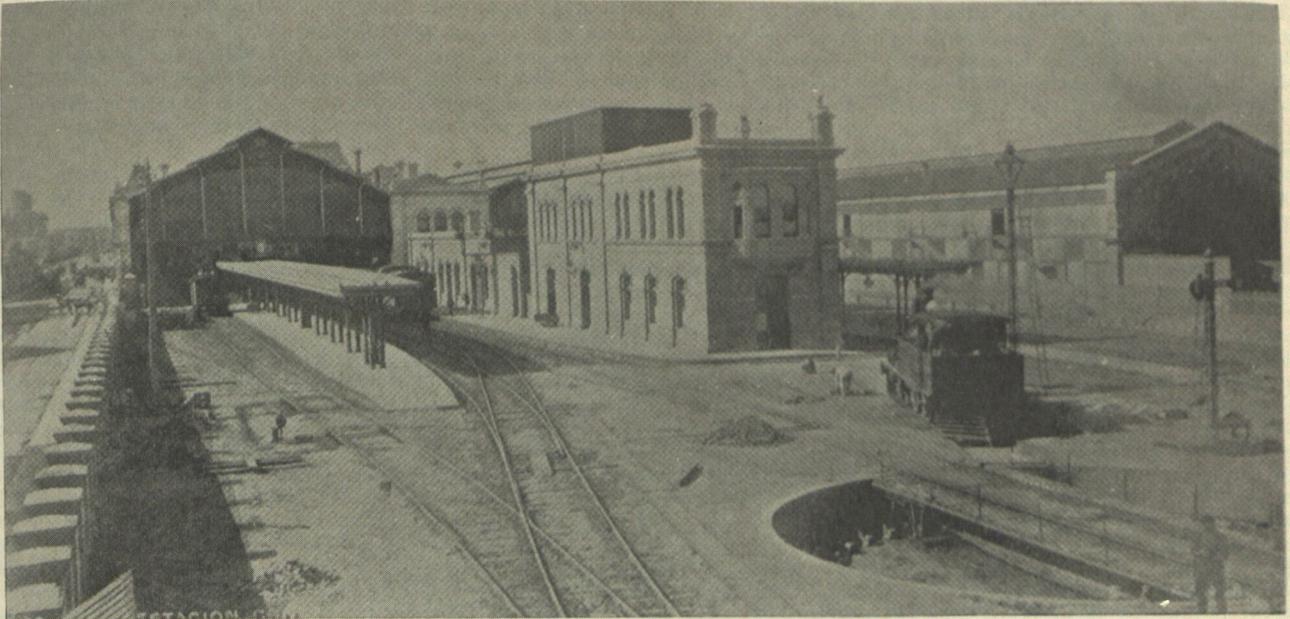
Si la retórica artificiosa hubiera podido triunfar de la elocuencia, Esquino habría vencido en el proceso de LA CORONA.

VI

Pero ello no era dable cuando se trataba de la causa del derecho y de la justicia defendida por Demóstenes y juzgada por la ciudad de Minerva; cuando la verdad, expuesta con hechos patentes, resplandecía en la belleza de las formas; cuando, en fin, la honradez y la elocuencia concurrían en Demóstenes para encarnar en su persona el verdadero, el perfecto orador:—*Vir bonus dicendi peritus*.

Y sin embargo: no se presenta el contendor de Esquino tan confiado en sus propias fuerzas, como para que se deje de adivinar, ó mejor: para que no se eche de ver en el exordio de su discurso la temerosa inquietud que interiormente lo conmueve en casos semejantes, al decir de algunos de sus biógrafos.

Acaso resonaba siniestramente en sus oídos aquella frase terrible por lo verdadera y atrevida por lo enérgica, con que retrata Esquino al pueblo de Atenas cuando lo apoda *Viejo delirante*; y acaso tam-



ESTACIÓN CONSTITUCIÓN. — Buenos Aires

bién más de una víctima de la volubilidad ateniense presentábase á los ojos del acusado.

Ya sabemos por cuáles razones intentara Esquino imponer á Demóstenes el plan que debía seguir en la defensa, y cómo se había esforzado para traer á tal punto los jueces.

Así, pues, á este particular se dirige en primer término la energía de Demóstenes.

No bastaba, empero, la lógica legal para demostrar la malicia que tal imposición envolvía; necesario era poner el derecho del acusado no sólo bajo la protección de los fueros civiles, sino al amparo de lo que es más sagrado, más imponente aún: —bajo el patrocinio de la piedad, atributo supremo de los dioses, y bajo la égida de la justicia, virtud excelsa de los pueblos.

Porque los ingenios máximos son piadosos y justicieros, como mediadores, al fin, entre la conciencia de los hombres y la bondad de lo Alto, para mantener la paz social y el buen orden político, polos simpáticos de toda asociación humana constituida en gobierno.

Admirable es el arte con que armoniza Demóstenes los diversos afectos que trata de mover en el exordio de su discurso; y más admirables aún los medios de que se vale para hacer prevalecer la emoción sobre el raciocinio.

Invoca primero á los dioses inmortales; apela en seguida á la justicia humana; y establece, por último, un paralelo entre él y Esquino, es decir: entre el abogado del invasor extranjero y el defensor de la independencia patria.

Diríase que el orador no perora sino canta, inspirado por algún genio, un himno religioso en el cual alternan y se confunden lo solemne con lo patético; y que Júpiter y Minerva:—la omnipotencia del cielo y la sabiduría de la tierra, concurren como testigos mudos, pero imponentes, á aquel juicio en que contienden la cobarde utilidad y la abnegada justicia.

Comienzo rogando á los Dioses Inmortales que os inspiren para conmigo ¡atenienses! las mismas disposiciones que siempre he sentido por vosotros y por la

“República; y al propio tiempo os persuadan, puesto que así lo pide vuestro interés, vuestra equidad y vuestra gloria, á que no debéis obligarme siga en mi defensa el orden trazado por mi enemigo. “Que nada sería más injusto ni más opuesto al juramento por vosotros prestado de escuchar imparcialmente á las dos partes; “lo cual no sólo significa que debéis ser neutrales en vuestro juicio, sino también “permitir al acusado la elección de los medios discernidos por él más oportunos con “el fin de justificarse.”

“Lleva Esquino en este litigio muchas “ventajas sobre mí, de las cuales dos sobre todo ¡oh atenienses! son harto importantes. Los peligros que corremos no “son iguales; porque si él no gana su “causa, nada pierde; y si yo me enajeno vuestra amistad..... Pero nó: no saldrá de mis labios ninguna palabra aciaga en los momentos en que comienzo “á hablaros.”

“La otra ventaja que lo favorece consiste en que hay natural inclinación á “escuchar con agrado las acusaciones y “las calumnias, y con disgusto la defensa de “los que se ven obligados á hablar bien “de sí propios.”

“Esquino tiene, pues, en su favor cuanto concilia la atención simpática de la “mayor parte de los hombres:—yo sólo “tengo lo que los enoja y ofende.”

“Si guardo silencio sobre los actos de “mi vida pública, incompleta será mi justificación, y podréis creer que os habéis “engañado al considerarme digno de premio. Si me extendo sobre lo que he “hecho en servicio del Estado, tendré necesidad de hablar frecuentemente de mi “persona.”

“Procuraré, pues, hacerlo con la medida que me sea posible; y lo que me “vea obligado á decir respecto de mí mismo, atribúidlo ¡oh atenienses! al que me “ha reducido á tener que defenderme.”

“Creo ¡oh jueces! que todos convendréis en que este debate nos es común “á Tesifonte y á mí, y en que no debo “hacer por conseguir sentencia favorable “menos esfuerzos que él mismo. Triste cosa “es ser despojado de todo, y más aún “por el enemigo; pero perder vuestra

“simpatía y vuestro afecto, desgracia es “tanto más sensible, cuanto nada hay para “mí tan precioso como vuestra estimación. “Y puesto que son tales las contingencias del combate, creo justo, y os lo suplico, escuchéis mi defensa con la imparcialidad impuesta en las leyes que estableció Solón aconsejado de su amor por “vosotros y por la democracia, cuyo imperio “creyó deber perpetuar grabándolas en tablas de piedra y dándoles por guardián “el juramento de vuestros Tribunales.”

“No quiero decir con esto que el Legislador desconfiase de vosotros; pero acaso “preveía que las inculpaciones y las calumnias del acusado alcanzarían irremediablemente al acusado, si vosotros, atentos “siempre á los deberes de jueces, no acogiais “favorablemente al segundo orador; y escuchándolo con ánimo imparcial, llegabais á pronunciar justa sentencia.”

“Debiendo dar en este día cuenta de “mi vida entera como particular y como “hombre público, he invocado é invoco “de nuevo á los Inmortales. Ante vosotros les pido, sí, que os inspiren para “conmigo en los ataques de que soy objeto, “benevolencia tan completa como grande “ha sido en todas ocasiones mi amor á “la Patria y á mis conciudadanos. Y ¡ojalá “os dicten también los Dioses el decreto “que reclaman el honor nacional y la conciencia de los buenos!”

“Si se hubiese limitado Esquino al objeto de su acusación, mi primer cuidado sería justificar el decreto del Consejo; “pero, puesto que la mitad de su discurso consiste en divagaciones y en falsedades contra mí, creo necesario y justo “¡atenienses! responder primero á ellas brevemente, á fin de que ninguno de vosotros, extraviado por tales digresiones, “pueda escucharme con desconfianza sobre la acusación misma.”

“Hé aquí la respuesta que á sus invectivas y calumnias contra mi persona “doy: ved cuán sencilla, pero al propio “tiempo, cuán sólida es.”

“Si vosotros, entre quienes he vivido “siempre, me consideráis tal como me ha “pintado el acusador, imponedme silencio; y no dudéis en condenarme aun cuando los actos de mi gobierno os parecieren

"prodigiosos. Pero si me reputáis más digno y de mejor origen que él; si, dicho sea con modestia, sabéis que mi familia no cede en honradez á ninguna otra; no lo creáis en lo demás que ha manifestado; porque, indudablemente, todo ha sido obra de su invención."

"Sólo os pido, pues, para este proceso la bondad que siempre os dignasteis dispensarme en otros muchos."

Sea que la perspicacia del orador se viese en la fisonomía del concurso señales de asentimiento, lo que era fácil percibir en un pueblo como el ateniense que llevaba la franqueza hasta la imprudencia; sea que, como dice Platón el divino, la elocuencia perfecta obra es de la *razón apasionada*; sea, en fin, que en aquel momento la naturaleza del hombre sobrepujase al arte del orador, acaso para realzarlo; ello es que quien, hace poco, alzaba himno deprecatorio á la bondad de los dioses y á la justicia de los hombres, prorrumpió ahora en este apóstrofe en que hierven la venganza y la ira, entre los estridentes clamores de mal comprimida cólera.

"Insidioso Esquino: ¿has podido incurrir en la candidez de creer que, poniendo á un lado mis actos políticos, atendería sólo á rechazar tus invectivas personales? No: no esperes de mí semejante desvarío. Tus mentiras, tus calumnias sobre mi magistratura serán, por el contrario, el primer objeto de mi examen. Cuanto á las injurias que me has prodigado, más adelante, si se me quiere escuchar, te las tomaré en cuenta."

Nunca se admirará lo bastante el rasgo característico de este apóstrofe; rasgo que pone de manifiesto en Esquino la astuta sutileza del sofista, y en Demóstenes el dominio sobre sí mismo del perfecto orador.

Porque juzgó, y con razón, Esquino, que atacando á su contendor en la vida privada, obedecería éste á los impulsos de la naturaleza y pospondría cualquiera otra materia para dar rienda suelta á la venganza; pero Demóstenes, sujetando esta pasión generalmente indómita, justificase primero como magistrado, para defenderse luego en la vida social. Así lo pedía la gradación del asunto, porque lo que sobre todo importaba al pueblo de Atenas eran sus propios intereses, defraudados, según Esquino, por Demóstenes.

Justificado el hombre público, la defensa del hombre privado era fácil y expedita; que si la gloria alcanzada con acciones heroicas y magnánimas redime hasta del crimen, según el criterio extraviado de las muchedumbres, ¿cuánto más no realzará al ciudadano la vida honesta que tiene por norma el deber y por norte la justicia?

Y Demóstenes podía vanagloriarse de haber sido el defensor constante de la independencia griega; de haber levantado con la palabra y con el ejemplo el decaído ánimo popular; y, por último, de haber permanecido impertérrito entre las ruinas de la patria, faz á faz de enemigas victorias.

Pero antes de exponer sus actos como patriota y como magistrado, y al intento de prevalecer en el ánimo de los jueces, entra á considerar los crímenes que gratuitamente le imputa Esquino; crímenes todos cuyo castigo sancionan las leyes de Atenas, con inflexible, con inexorable rigor.

¿Por qué no se aplicaron oportunamente estas leyes?

Ello equivalía á la complicidad de la República representada en sus magistra-

dos; á la complicidad de toda el Atica, por no decir de Grecia toda, representada, por lo menos, en la ciudad de Atenas; á la complicidad, en fin, del propio Esquino.

Y luego, prosiguiendo el discurso, sella este incidente del proceso con argumentos tan poderosamente lógicos, que lo ponen en posesión de la victoria.

Desde tal punto queda postergada la autoridad moral del acusador, y Demóstenes no tiene ya de frente al ministro de la justicia nacional, sino al enemigo á quien mueven el odio y la venganza.

Había triunfado ya.

"Cuando Esquino me vio cometer los enormes crímenes de Estado que con voz teatral ha expuesto, debió en seguida acusarme legalmente. Si yo merecía, en su concepto, ser perseguido como traidor, ¿por qué no me denunció entonces? ¿Por qué no hizo que se me formase proceso según la norma acostumbrada en nuestros tribunales? Si las leyes quedaban violadas por mis decretos, ¿por qué no me acusó como violador de las leyes? En verdad que el hombre capaz de perseguir á Tesifonte por causarme daño, no habría desperdiciado entonces la ocasión, si hubiese creído le fuera propicia para confundirme. ¿Me tenía por culpable ese calumniador de las prevaricaciones que ha enumerado ó de cualquier otro crimen? Pues bien: para todos los delitos tenemos leyes, procedimientos, justicia y severos castigos: hé ahí las armas que debió esgrimir contra mí. Si este hubiera sido el curso de las cosas, la acusación actual correspondería á la conducta pasada del acusador. Pero no fue así ¡atenienses!—Esquino, lejos de seguir la única senda recta y justa que se le ofreciera, y largo tiempo después de haber callado en faz de los hechos, viene á amontonar cargos, ironías é invectivas; viene á representar una comedia. Además: es á mí á quien acusa, y á Tesifonte á quien denuncia ante el tribunal.—Entre las muchas razones que militan en pro de Tesifonte, constituye ésta la que más lo favorece; porque si Esquino y yo teníamos que ventilar querellas personales, es el colmo de la injusticia comprometer á un tercero."

Plantear el problema en estos términos, era al propio tiempo resolverlo, pero resolverlo en su conjunto; y la naturaleza de la causa pedía ser examinada y juzgada hasta en sus más insignificantes minucias. De ahí el que de lo general pase ahora Demóstenes á exponer y discernir á la luz de la lógica más rigurosa los incidentes de aquél; de ahí que para ello examine la situación de Grecia en la época de los sucesos, á fin de que cada acontecimiento se considere en sus relaciones con las circunstancias de lugar y de tiempo en que forzosamente hubo de verificarse.

Bastará al intento sentar, antes de todo, como verdad previa, que el Orador era absolutamente extraño á los sucesos inmediatos de la guerra cócea, y pintar luego el teatro de ésta, con los riesgos morales y materiales que en él concurrían para poner en peligro la vida de la República, ó cuando nó, deslustrar su honra.

"Encendida la guerra de la Fócida, no por mí, puesto que aun no había tomado parte en el Gobierno, ¿cuáles eran vuestras disposiciones? Deseabais la salud de los cóceos, aunque culpables á vuestros ojos; cualquier revés de los tebanos os hubiera alegrado, pues habian incurrido en vuestro resentimiento por el abuso que brutalmente hicieron de su victoria de

Leuctra; todo el Peloponeso estaba dividido; los enemigos de los lacedemonios eran allí muy débiles para que pudiesen vencerlos; y los caudillos puestos al frente de las ciudades, carecían de autoridad. Aquellos pueblos, como los demás helenos, estaban agitados por interminables discor-

"días."
"Filipo, testigo de estos males, que eran públicos, prodiga el oro á los traidores de cada comarca; fomenta el odio entre los pueblos; lánzalos unos contra otros, para servirse luego de las faltas comunes y de las rivalidades despertadas, á fin de acrecentar el poder macedónico y avasallarlo todo. Debilitados por larguísima guerra, los tebanos, entonces tan altivos cuanto hoy desventurados, íbanse á ver forzosamente en la necesidad de recurrir á vosotros. Filipo, para impedir la alianza, ofrece á los tebanos un refuerzo y á vosotros la paz. ¿Qué lo ayudó á hacerlos caer, casi voluntariamente, en el lazo? ¿La cobardía ó la ignorancia de los demás helenos? Quizá ambas cosas juntas. Os veían sostener la guerra: guerra sin término promovida en beneficio de los intereses de todos, como los hechos lo han demostrado; y sin embargo, ni se acudía con el contingente en hombres, ni con dinero, ni con ninguna clase de socorros."
"Justamente irritados, prestasteis oídos á las proposiciones de Filipo."

"La paz fue, pues, impuesta por las circunstancias y no por mí, como ha dicho ese calumniador. Inquirid la causa verdadera de nuestras desgracias presentes y la hallaréis en las iniquidades de los hombres vendidos para ajustar aquel pacto ignominioso."

"Si entonces se cometieron faltas graves, ¿yo soy completamente extraño á ellas."
"El primero que habló de paz fue el cómico Aristodemo. Apareció en seguida el que redactó el decreto; el hombre que mereció tantas alabanzas por su obra:—y ese hombre fue Filócrates de Agnonto, tu cómplice, Esquino; no el mío."

"¡Ah! ¡Tú debiste ahogarte antes de proferir tamaña mentira! Los que apoyaron la proposición (y cuenta que no examinó aquí el motivo que los indujo á hacerlo) fueron Eúbulo y Cefisonte."
"Demóstenes no intervino en ello absolutamente para nada."

Narrar circunstanciadamente los sucesos ante los mismos que fueron actores en ellos, valía tanto como sellarlos con el timbre de la verdad.

Aprovecha Demóstenes tal circunstancia para confundir á su acusador, lo que hace magistralmente en estos términos:

"No obstante los hechos tan bien establecidos, tan resplandecientes de verdad, lleva Esquino la impudencia hasta atreverse á asegurar que la paz fue obra mía; que yo impedí á la República el ponerse de acuerdo con los demás helenos. ¡Oh el más... pero ¿dónde encontraré palabra bastante expresiva para calificarle? Cuando, presente en Atenas, me veías perjudicarla tanto, apartándola de la alianza cuyas ventajas acabas de ensalzar teatralmente, ¿por qué no estalló tu indignación? ¿Por qué no corriste á ilustrar al pueblo, á denunciarle los crímenes de que hoy me acusas? Si para excluir á Grecia del Tratado me vendí á Filipo, debiste romper el silencio, gritar, protestar y probar mi traición. Nada hiciste, sin embargo; nadie te oyó tartamudear siquiera una palabra. Pero, ¿qué habría dicho ¡atenienses! aunque hubiese hablado? En-

“tonces no mandasteis ninguna embajada á los helenos, quienes hacía mucho tiempo habían manifestado sus intenciones; y, por consiguiente, cuanto el acusador dice sobre este punto es un tejido de mentiras. Y además de mentir, ofende á la República con sus calumnias. Habla de haber llamado á los helenos á la guerra, cuando enviabais comisionados á Filipo para concertar la paz..... ¡Esto habría sido convertiros en Euríbatas, (*) dejando de ser republicanos y hombres de honor! ¿Con qué designio habríais enviado entonces embajadores? ¿Con el de poner la paz? Todo Grecia gozaba de ella. ¿Con el de apellidar guerra? Vosotros mismos deliberabais para terminarla. Es, pues, evidente, que no fui yo el instigador ni la causa de la primera paz, y que las demás imputaciones de Esquino, de ello dependientes, son falsas.”

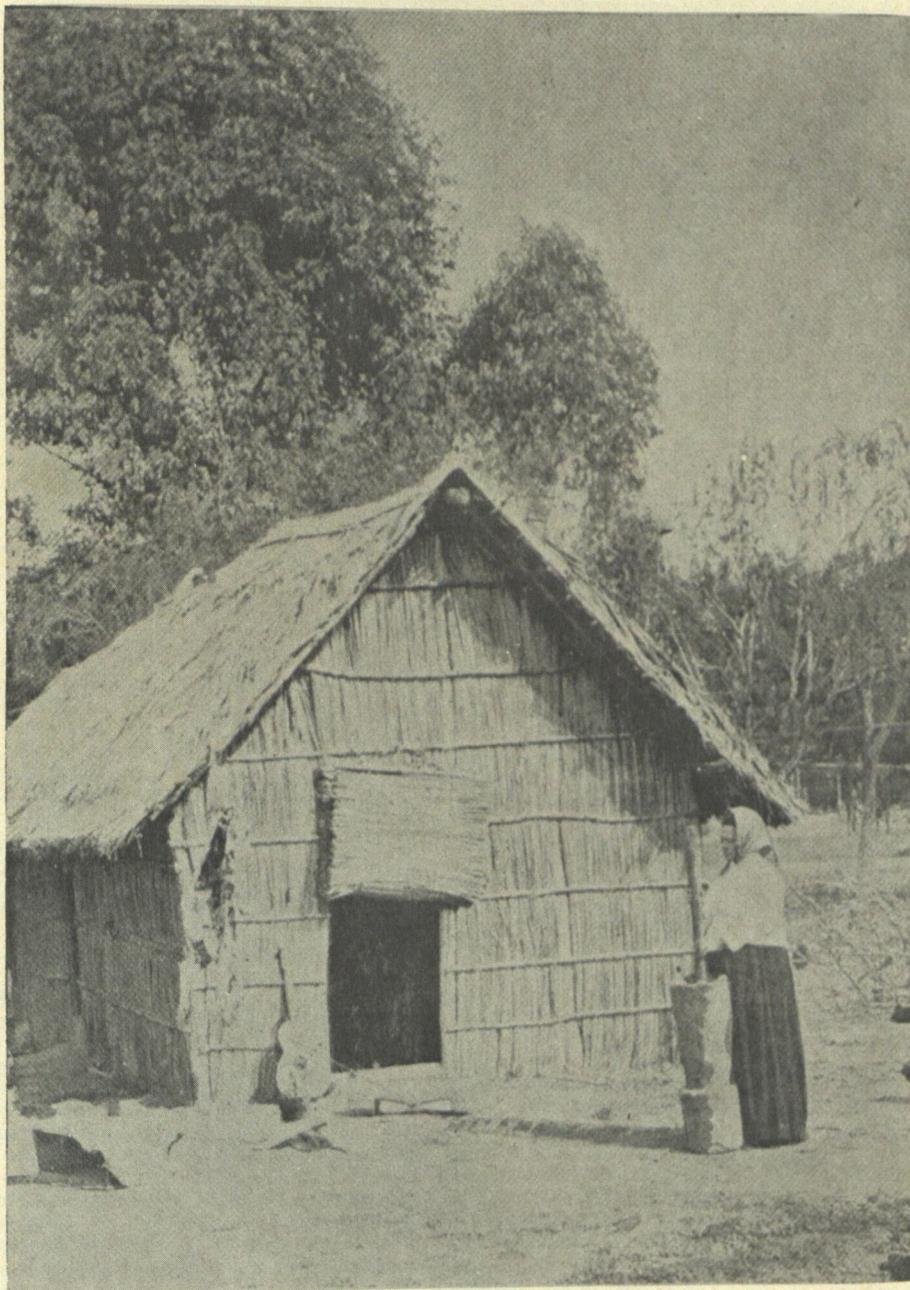
Ajustada la paz en las circunstancias y en los términos expuestos por Demóstenes, importaba sobremanera que Filipo jurase cuanto antes el Tratado para quedar constreñido á cumplirlo; lo cual, señalado por el Orador, hizo que se previese á ello sin pérdida de tiempo. Pero el oro del macedón, que todo lo corrompía ya, impidió el cumplimiento de lo acordado; de manera que cuando Filipo vino á obligarse á los pactos pacíficos, los tracios, aliados de Atenas, habían

perdido sus fortalezas de Serrio, de Miscio y de Egisque; y adueñándose aquél de toda la comarca, aumentando así rentas y ejército para facilidades de sus demás empresas.

No se habría, empero, consumado la ruina de Atenas, y ésta hubiera podido auxiliar oportuna y ventajosamente á los fócios, sin una nueva infidencia de Esquino, quien, calmando el natural alarima producido por la presencia de Filipo en las Termópilas, persuade á sus compatriotas de que el invasor es aliado de la

Fócida y de Atenas, y de que los intereses de estas dos repúblicas y los de Filipo, concurren de consuno á unirlos en perpetua y provechosa paz.

Entre tanto la caída de Tebas, celebrada por el odio ateniense, anunciaba la ruina de la ciudad de Minerva.



EN EL CAMPO. — República Argentina

Ni era, por otra parte, Esquino, el único aliado de Filipo; el único mal ciudadano, para decir lo menos. Otro había más temido; á fuero de anónimo irresponsable, y á fuero de poderoso invencible; á saber: la corrupción general que todo lo había invadido y dominado; que había convertido á Grecia toda en campo de mezquinas rivalidades, si no de odios impíos.

Esquino era el gestor de aquel comercio asqueroso en que se vendía y se compraba honra con oro é infamias con honores.

Describe Demóstenes el cuadro que presenta esta peste moral, con la misma vivacidad de colores con que lo hiciera Tucídides al describir la peste negra que

desoló á Atenas en los principios de la guerra del Peloponeso.

“Pero las Repúblicas estaban invadidas por general pestilencia; y comprábanse y vendíanse ministros y magistrados; y los ciudadanos y los pueblos carecían de previsión ó se dejaban engañar á la luz

“del día, por no sacudir un reposo indolente; y extraño contagio lo penetraba todo; y cada cual imaginaba que por sí solo podría salvarse de la tormenta, y que en el peligro común encontraría puerto de refugio.”

“En castigo de esta profunda é intempestiva incuria, los pueblos han caído en servidumbre; y los caudillos, que creyeron venderlo todo, han conocido al fin que fueron los primeros en venderse á sí propios..... En vez de los títulos de huéspedes y amigos que recibían con el dinero, resuenan hoy en sus oídos los de aduladores é impíos, y otros muchos no menos dignos de sus maldades.”

“Porque nunca se enriquece al traidor sólo por servir sus intereses. Sucede lo contrario: — una vez aprovechada la deslealtad, se le olvida, se le desprecia; y, ciertamente, si las cosas no sucedieran de este modo, nadie sería tan afortunado como los traidores.”

“Pero no: no se hizo para los traidores la estimación; antes bien, el ambicioso que llega á dominar

“apoyado por ellos, conviértese en tirano de los que le prestaron apoyo; y conociendo entonces la perversidad de tales hombres, sólo tiene para ellos odio, desconfianza y castigos.”

“Consultad los hechos que, conservados por el tiempo, pueden siempre ofrecer enseñanza á los sabios.”

“Lastenes fue llamado amigo de Filipo mientras no le entregó á Olinoto; Timolao hasta la ruina de Tebas; Eudicos y Simos de Larisa hasta el sometimiento de Tesalia. Y pronto, muy pronto, perseguidos, infamados, agobiados de males, fuéronse errantes por toda la tierra. ¿Qué ha encontrado Aristo en Siciona? ¿Qué Perilao en Me-

(*) Heraldo de Agamenón, á quien encargó éste ser robado á Briseida, esclava de Aquiles; robo que ocasionó la venganza fatal que á los aqueos Motivo fue de numerosos duelos.

“gara? ¡Sólo aborrecimiento y desprecio!”

“De todo esto se deduce que tú, Esquino, y tus infames cómplices, debéis vuestros suntuosos banquetes al ciudadano celoso por la patria; al más elocuente en combatir la traición; y que si todavía vivís, si todavía se os paga, es á causa del propio pueblo, que lucha contra vuestras maquinaciones. Abandonados á vosotros mismos, estaríais perdidos hace mucho tiempo.”

Sabedor Demóstenes de que la envidia corroe las entrañas de las democracias, porque nada detesta tanto el ciudadano como la inmaculada grandeza de su igual según la ley; grandeza que convierte en superior al que ha sabido conquistarla; apretúrase á justificar el hecho de ser su propio apologista, achacándolo á Esquino:— á Esquino que derrama sobre él la repugnante hez de ajenas traiciones y de ajenos crímenes; á Esquino, quien lo obliga á defenderse ante jueces en su mayor parte más jóvenes que los sucesos motivo de la acusación.

Ello era defenderse sin humillar á nadie, excepto al acusador, contra quien descarga en seguida un sarcasmo más ponderoso que la clava de Hércules.

“Quizá harto os habré fatigado, continúa, puesto que antes de pronunciar una palabra ya conocíais hasta dónde llegó entonces la vanidad de Esquino. ¡El miserable confunde la hospitalidad con la amistad! Y dice que le vitupero el ser huésped de Alejandro.....”

“¡Yo vituperarte la amistad de Alejandro! ¿Cuándo la adquiriste? ¿Con qué títulos? Nó: yo no puedo llamarte ni amigo de Filipo, ni huésped de Alejandro: no soy tan insensato.”

“¿Cuándo has visto que los segadores y las demás gentes que ganan salario se llaman amigos y huéspedes de quienes los pagan? ¡Nó! estos nombres no te convienen, ni pueden convenirte!”

“Mercenario de Filipo antes, mercenario de Alejandro ahora: así es como yo te designo y como te designan todos los que nos escuchan. ¿Lo pones en duda? Pues pregúntales, ó más bien, yo les preguntaré por tí.”

“Decidme, ciudadanos de Atenas: ¿ha sido Esquino el huésped ó el mercenario de Alejandro?..... ¿Oíste la respuesta?” (*)

(Continuará.)

EN UN ALBUM

Una noche, que bendigo,
conseguí verte y oír;
y el cielo, Laura, es testigo
de que no soñé contigo,
porque..... no pude dormir.

Con tu faz, niña hechicera,
las ilusiones restauras.
¡Yo cenobita me hiciera
si el cielo después me diera
lauros, laureles y Lauras!

SAMUEL VELARDE.

DE CARACAS A LAS TRINCHERAS

—
POR EL DOCTOR ANTONIO PAREJO
—

Con frecuencia buscamos fuera de nuestras casas las comodidades que, á poca costa, podemos proporcionarnos en ella. Esto es lo que sucede generalmente á los venezolanos cuando urgidos por motivos de salud van á buscar en climas extranjeros los mismos medios de curación que pueden encontrar en el suyo.

Es verdad que aquí no podemos proporcionarnos ese lujo que no satisface nunca y que es el principal aliciente en las estaciones veraniegas de Europa ó los Estados Unidos; pero en cambio les dejamos la mayor parte de nuestros ahorros ó les sacrificamos nuestras fortunas para sostener una ostentación vanidosa que en nada contribuye al restablecimiento que buscamos.

Convencidos de esta verdad y creyendo en las bondades medicinales de las aguas de las Trincheras, quisimos ensayarlas, dispuestos de antemano á reducir nuestras exigencias á los límites que una prudente reserva nos imponía en proporción de los informes que habíamos obtenido.

En prosecución de nuestro plan salimos de esta ciudad en una mañana lluviosa de los últimos días de julio y tomando el ferrocarril Alemán á las siete y media, rendimos ese día nuestra jornada en Maracay con más felicidad de la que prometía la insistencia de la lluvia. Un amigo nos había dicho: si van á Maracay, suban al calvario para que sientan morir. En efecto, á la mañana siguiente á pesar de la humedad, emprendimos la ascensión que por fortuna es muy suave y á poco andar pudimos contemplar el panorama más hermoso que podía recrear nuestra vista.

El espléndido lago cuyas orillas están cubiertas de variado cultivo y en donde se destaca el rico follaje de las elegantes palmeras: la multitud de islas que parecen adornarlo: los cerros de Yuma y Güigüe en el fondo, y más allá otras cordilleras de montañas casi azules: la planicie inmensa que rodea la población cubierta aquella de haciendas de caña ó de café y esta de jardines y árboles frutales; y luego la exuberancia de aquella vegetación y la variedad en sus matices, todo contribuye al esplendor de aquella escena y á hacerla más variada y pintoresca.

El ardor del sol nos hizo abandonar aquel lugar á nuestro pesar y como debíamos continuar viaje ese mismo día, completamos la mañana visitando la ciudad. Sus calles son anchas y cruzadas en ángulos rectos. Su planta parece destinada á un gran centro de población: si bien hoy mismo no pudimos verla toda sino hasta los extremos del tranvía. La Iglesia es espaciosa y bien tenida, y la plaza una magnífica muestra de la vegetación de los valles. Alrededor hay hermosos edificios. En un extremo se encuentra el Hotel Venezuela, del cual conservamos un recuerdo muy agradable pues su amable patrona se esforzó en complacernos de cuantos modos estuvieron á su alcance, y debido á su buena voluntad debemos confesar que las horas allí pasadas fueron de verdadero solaz. Es un acto de estricta justicia recomendar á los viajeros el Hotel Venezuela en Maracay.

Á la una emprendimos marcha para Valencia acompañados de la impertinente lluvia que no nos permitía gozar de las bellezas del camino. Apenas en el estrecho paso de la Cabrera, aplacada un tanto su violencia, pudimos contemplar aquel espléndido paisaje que sólo imaginado se destaca de repente como si se levantara un telón de teatro que luego se dejara caer con la misma violencia. Por fin, temprano de la tarde y en medio de un aguacero torrencial, dimos fondo en la bella estación de San Blas.

De paso diremos que todas las estaciones del ferrocarril Alemán son bonitas, aseadas, y aun las más insignificantes, están rodeadas de jardines y de arbolados que, pequeños todavía, han de darle más adelante más frescura, más elegancia y más animación. La estación de San Blas es magnífica y nada tiene que envidiarle á una estación europea.

Las estaciones del ferrocarril Inglés entre Puerto Cabello y Valencia, incluyendo en ella la de Camoruco, son simplemente detestables y construidas sin inquietarse mucho de la comodidad de los pasajeros y como para salir más prontamente de ellos.

Ya en Valencia, establecimos nuestros reales en el Hotel Catalá que por su situación, aseo y la esmerada atención que recibimos bien merece un recuerdo de nuestra parte. Valencia es una bella ciudad, y aunque inferior en población á Caracas y con más ardiente clima, tiene sobre ésta ventajas de no poca consideración. La avenida de Camoruco, por ejemplo, es un magnífico paseo que esta capital puede envidiarle porque no podrá nunca hacerle competencia. Aquella hermosa planicie que parece interminable, cubierta de una vegetación lujuriantes; aquellas quintas de formas caprichosas que parecen salir de la tierra entre flores y sombras como palacios encantados; aquellos parques inmensos; aquel edificio de la cervecería con sus kioscos sencillos pero elegante, iluminado por la noche con la más brillante luz eléctrica, propia del establecimiento, que nunca hemos visto; todo nos parecía magnífico y dispuesto al parecer, como dijo el poeta sublime que describió la gruta de Calipso, para el placer de los ojos.

Lástima grande que aquella gran avenida tenga lunares que oscurezcan el cuadro y que la estación Inglesa del ferrocarril de Puerto Cabello á donde ha de llegar forzosamente aquel paseo, no se haya prestado todavía á armonizar sus contornos como lo demandan las exigencias artísticas de la elegancia que la invade.

Otro establecimiento tiene Valencia muy superior á cuanto posee Caracas en ese ramo y es el Colegio de Lourdes para señoritas. Su planta es espaciosa y como ha sido construida expresamente para el santo y noble objeto de la educación de la mujer, se ha procurado hermanar la comodidad con el aseo y la vida del estudio con las necesidades de la expansión y crecimiento de las alumnas. Como resumen de nuestras observaciones podemos decir que el Colegio de Lourdes de Valencia como plantel, es no sólo el primero en su especie, de Venezuela, sino acaso de toda la América del Sur y como tuvimos ocasión de contemplar los trabajos de las alumnas para los exámenes que acababan de tener lugar, podemos agregar que la enseñanza corresponde á los santos propósitos de aquel vasto edificio.

Las reverendas hermanas que lo dirigen, merecen una mención especial por su consagración y competencia, dirigiendo á las alumnas por el amor y desarrollando sus facultades con el estímulo. Esta institución de Lourdes es digna de todo elogio, pues todo allí parece dirigido para la elevación moral del carácter de la mujer y es por tanto un santuario que atrae por el ejemplo de la buena doctrina y abre á la patria horizontes más firmes y seguros para el porvenir. Dice mucho en honor de Valencia haber podido aclimatar en su suelo tan magnífico plantel. Loda sea la mano providente que inspirándose en el santo amor de la humanidad, ha podido levantarlo.

Otros edificios hay en Valencia dignos de la atención del viajero observador; pero como nuestra ruta estaba trazada de antemano, apenas pudimos dedicarles algunos instantes.

La Universidad merece sin embargo un recuerdo de nuestra parte, ya que no des-

Arequipa.

(*) Salta á la vista que este pasaje pide explicación, y como no la trae ninguno de los autores que he consultado, doy la del sabio profesor Herbert, de quien la oyó mi ilustrado amigo el señor doctor Juan Pietri.

Designaban los griegos al mercenario, propiamente hablando, con el vocablo *Mistódotes*, y como Demóstenes, de propósito, pronunciara *Mistódotes*, haciendo grave el énfasis, el pueblo corrigió al Orador. Este entonces, dirigiéndose á Esquino, le dice:—¿Oíste la respuesta?

dice en su comparación con la de Caracas, pues si bien ésta es mucho más extensa, sus vastos corredores no han podido perder el aspecto conventual de su primitivo destino, cuando aquella, aunque más pequeña, está más apropiada al servicio que desempeña. A los dignos directores de aquel plantel se deben en mucho los brillantes resultados que allí se obtienen.

El Capitolio es también un espacioso edificio destinado al servicio de las oficinas públicas cuyas necesidades satisface y el teatro, aunque visto de día soporta muy bien la comparación con el nuestro de Verones. Los templos y plazas públicas están bien tenidas y las calles tiradas á cordel están sucias y mal empedradas.

El alumbrado público que antes era de luz eléctrica, parece que nunca funcionó bien y al fin descompuesta la maquinaria ha dejado de prestar todo servicio, por lo cual el aspecto de la ciudad por la noche es algo triste. Las autoridades se ocupan en proveer á esa necesidad. Otro mal servicio de Valencia es el de los coches, pues estos son malos, y como no hay tarifa á qué someterse, sus conductores piden el precio que les parece.

Por fin satisfecha nuestra principal curiosidad, salimos al tercer día para las Trincheras, objeto principal de nuestro viaje. El camino de hierro que corre por aquella vía está trazado sobre un terreno plano y tan ligeramemente accidentado, que permite una sola recta desde Camaroco hasta el sitio que llaman de la Entrada, más allá de Naguanagua. Aquella extensa planicie está cubierta de gramíneas donde pastan ganados y bestias y limitada en todos sentidos por montañas más ó menos elevadas, desnudas unas, cubiertas otras de bosques como para hacer más variado el paisaje.

El expresado sitio de la Entrada es al parecer un eslabón de la cordillera litoral que viene á formar el *divortia aquarum* de las aguas que van al lago de Valencia y de las que se dirigen al mar. Allí principia el camino á descender á Puerto Cabello y lo hace con tal desnivel hasta las Trincheras como para necesitar la sujeción del freno dentado que es la admiración de los viajeros y obra de ingeniería muy perfecta. Aquella poderosa máquina tiene que subir ó bajar con todos los trenes que atraviesan la línea, de manera que sin ella se suspendería el tráfico.

Como habíamos llegado al término de nuestra excursión y como habíamos de pasar allí

una temporada, nos ocupamos antes que nada en acomodarnos y lo logramos por cierto á nuestra satisfacción. El hotel que sirve á los bañistas es pequeño; pero como estaba casi desierto, pudimos escoger las mejores habitaciones. Fue sin duda un accidente inesperado, pues á poco el modesto Hotel estaba

gozarse en Valencia ó Caracas. Su clima es templado, como que participa del fresco de las montañas que la rodean, cubiertas todas de la más rica vegetación y su posición frente á la estación del ferrocarril y como á cien pasos de ella le permite gozar de las comodidades de las dos ciudades que están por él enlazadas.

A las nueve y media el tren de Puerto Cabello trae la carne, el pan, el pescado y el hielo; Valencia suministra las frutas, hortalizas, vinos y legumbres, fuera de que por ambas líneas puede llegar espumante y fría la popular cerveza que fabrican ambas poblaciones. El lugar, además, ofrece de suyo leche, aves, huevos y menestras. ¿Qué más puede apetecerse?

El Barón de Humboldt cuando visitó aquellos lugares hace cerca de cien años, nos dice con genial franqueza que llevaba la vida de las gentes acomodadas del país, durmiendo tres veces y comiendo cuatro en las veinti y cuatro horas. Nosotros no podemos vanagloriarnos de haber igualado al ilustre viajero, pero sí podemos haberle excedido en la variación de nuestros pasatiempos, pues debido á ello pudimos ahuyentar el fastidio aun del más tétrico inglés.

Y era que los habitantes de aquella pequeña colonia simpatizaron al tratarse y como todos, venezolanos y extranjeros, eran gente culta y bien educada, se estableció pronto una confianza mutua, basada en recíprocas consideraciones.

Por nuestra propia parte y como episodio digno de contarse, hicimos una excursión á Bárbula, llamados allí por la simpática voz de su actual administrador que es á la vez uno de nuestros más afamados literatos y el más popular de nues-

tros escritores de costumbres, cuya modestia no queremos alarmar, nombrándole. Allí encontramos al profundo pensador rodeado de toda su familia, reunida temporalmente por el cariñoso padre en momentos que pudieran ser de peligro para los seres queridos, cobijados allí por su sombra protectora.

La hacienda de Bárbula es afamada desde principios del siglo en que la visitó Humboldt. En la actualidad no se ven allí los algodones y cacaoteros que constituyen la parte principal de su riqueza, ni se divisa tampoco el famoso árbol de la leche que tanto llamó su atención; pero en cambio hay al presente extensas plantaciones de café, mucha caña y prados inmensos en que se cría toda especie de ganado y bestias. La



MONUMENTO Á SAN MARTÍN EN LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES

lleno de gente hasta el punto de no poder recibir más pasajeros y el excedente tenía que derramarse en las casas vecinas.

Esta aglomeración de gente se debe sin duda á algunas mejoras que ha recibido el establecimiento, al merecido crédito que cada día adquieren sus aguas y más que nada á la bondadosa atención y esmerado trato que reciben los viajeros de su complaciente gerente y de su digna esposa. En los veinticinco días que pasamos en aquellas aguas nada nos faltó á pesar de la irrupción inesperada de bañistas que invadía el hotel, que hubiera desconcertado á personas menos competentes.

Es verdad que la estación balnearia está situada admirablemente para satisfacer á todas las necesidades de la vida, como puede

casa de habitación está cerca del trapiche, sin duda porque la elaboración del fruto de la caña necesita una atención preferente.

En la sala llamada de pailas nos llamó la atención un pequeño escritorio de madera del país, apenas desbastadas y como nos sorprendiese la presencia de aquel mueble en tan desusado lugar, supimos que servía al inteligente director de aquel vasto establecimiento para llevar algunas notas relativas á las condiciones del trabajo y producción, al mismo tiempo que para llenar los ocios de aquel espíritu sagaz é investigador. En aquel recinto que nada tiene de poético y en donde la corriente de melaza sustituye á la fuente de Hipocrene, ha encontrado sin embargo inspiración el ilustrado escritor y más de un artículo de su chispeante pluma ha salido de aquel laboratorio singular.

La hacienda de Bárbula tiene también recuerdos históricos. Allí está el cerro en don de las huestes patriotas consiguieron sobre los Españoles la célebre victoria que costó la vida al esforzado Girardot en 1813, y allí están todavía como trofeos del triunfo glorioso de Carabobo en 1821 los cañones de hierro que el heroico Valencey había podido salvar del campo del desastre, pero que tuvo que abandonar al trasmontar la cordillera hacia Puerto Cabello por la persecución incesante de los patriotas. De las honradas al pie de aquella serranía fueron sacados aquellos cañones.

Un *suculento almuerzo digno del anfitrión* nos había dejado en la imposibilidad de todo otro ejercicio y por eso nos dedicamos á esperar con tranquilidad la hora de la partida que estaba medida por el paso del tren. Por fin la aproximación de éste nos hizo abandonar aquel lugar y á las cuatro de la tarde tuvimos la pena de despedirnos de aquella interesante familia, cuyo jefe tuvo la amabilidad de acompañarnos hasta la estación que está algo distante. Es la oportunidad de tributarle nuestro agradecimiento por su obsequio y á su interesante señora é hijos nuestras más respetuosas consideraciones.

Al volver á las Trincheras fuimos recibidos por toda la colonia de bañistas y celebrado nuestro arribo con la popular cerveza. De este modo pasaban las horas y los días *sin otra inquietud que la de ver aproximarse el de la separación que á todos nos amenazaba.*

La excursión había sido fructífera para el fin con que había sido emprendida, pues todos experimentamos los saludables efectos de aquellas aguas medicinales y aun los que no llegaron á usarlas pudieron gozar de su influencia vivificadora, resguardados por un clima delicioso. Aquellas aguas son admirables y nada resiste á su acción poderosa en las afecciones á que la ciencia las aplica. Pensando en esto nos hemos preguntado muchas veces cómo es que aquel lugar esté todavía abandonado y cómo ni la casa de los baños, ni el hotel, corresponden á la excelencia de las aguas. La contestación que hemos encontrado es triste, ya que no lo podemos explicar de otro modo que por nuestra decidia ó nuestra vanidad.

Los alrededores de las Trincheras son muy fértiles y poblados de haciendas, en fundación las más, que prometen una riqueza agrícola considerable. Familias muy respetables viven en sus fundos y es satisfactorio ver allí un espécimen del agricultor venezolano, activo, laborioso é infatigable. Con hombres de esa especie no debe temerse por el porvenir de la patria. Aquel pequeño radio dará dentro de tres años veinte ó veinticinco mil quintales de café.

Como nuestro objeto al escribir estos apuntes no ha sido otro que llamar la atención sobre la bondad de estas aguas para generalizarlas y para ver de mejorar las estrechas condiciones á que hoy está reducido el esta-

blecimiento, los terminaremos por nuestra parte, procurando dejar en el ánimo de los lectores de este periódico un recuerdo más agradable, citando algunas de las observaciones hechas sobre el terreno por el ilustrado viajero que hemos citado antes y que lo visitó á principios del siglo.

“La Trinchera, dice el sabio filósofo, debe su nombre á unas pequeñas fortificaciones de tierra construidas en 1677 por los filibusteros franceses que saquearon y destruyeron la ciudad de Valencia. Estos manantiales que son mucho más abundantes que todos los que habíamos visto hasta entonces, forman un riachuelo que aun en tiempo de la mayor sequedad tiene dos pies de profundidad y diez y ocho de ancho. Fuera de los manantiales de Urijino en el Japón que se asegura ser de agua pura y estar á cien grados de temperatura, las aguas de la Trinchera de Puerto Cabello parecen ser las más cálidas del mundo..... Estas aguas fuertemente cargadas de hidrógeno sulfurado brotan de la cumbre de una colina elevada 150 pies del fondo del barranco y dirigida del sur-sureste al nor-noroeste. La peña donde salen estos manantiales es un verdadero granito con gruesos granos semejante al del Muro del Diablo en las montañas de Mariara. Sorprendiónos el lujo de la vegetación que rodea el estanque. Algunos Mimosas con delgadas y plumosas hojas clurias é Higueras, han echado raíces en el fondo de una balsa cuya temperatura se eleva á 85°. Las ramas de estos árboles se extendían sobre la superficie de las aguas á dos ó tres pulgadas de distancia. La frondosidad de las mimosas aunque constantemente humedecidas por los vapores cálidos, estaban sin embargo hermosamente verdes. Un Arum con tronco leñoso y con grandes hojas en forma de saeta se elevaba también de una charca cuya temperatura estaba á 70°.

Hay más todavía: á cuarenta pies del punto en que brotan los manantiales que tienen noventa grados de temperatura se encuentran también otros enteramente fríos. Siguiendo unos y otros durante algún tiempo una dirección paralela, y los indígenas nos enseñaron cómo, cavando un agujero entre los dos arroyos, se podía, al gusto de cada uno, proporcionarse un baño de una temperatura dada.”

Lo dicho basta al fin que nos hemos propuesto. Ojalá que el recuerdo que hemos evocado despierte las simpatías del público por llenar una necesidad que se impone por su beneficio.

Caracas: 4 de setiembre de 1897.

MARINA

Junto á la base roqueña
de un islote, la ancha playa;
y á la izquierda, en la Atalaya,
una cruz sobre una peña.
Mar adentro, mucha bruma;
hacia tierra, mucha luz,
y en la playa mucha espuma,
y espuma al pie de la cruz.
Del islote á la Atalaya,
dando al mar puerta de roca
que su furor pone á raya,
extiende el puerto su boca;
y entre uno y otro peñón
se columpia el oleaje,
con vaivenes de salvaje
y rugidos de león.

M. MORERA Y GALICIA.



A muerto hace pocos días en Madrid, don José Letamendi, el genial escritor de quien, con motivo de la aparición de algunos de sus libros, he hablado más de una vez en estas crónicas. Toda la prensa española y buena parte de la extranjera, rinde tributo á la memoria de ese pensador original, único entre nosotros. Letamendi era

uno de los cerebros más poderosos que han existido y existen en la España de nuestros días. Talento enciclopédico, sabía de todo, y adivinaba lo que no conocía, y carácter muy expansivo y decidor, encantaba en su conversación, y era imposible hablar ni una vez siquiera con el sabio catedrático, sin sentirse subyugado ante aquella mirada, y sugestionado por aquella especialísima dicción entre fantástica y profunda, exuberante en palabras y concreta en el pensamiento. Era humorista y álegre, pero en el fondo revelaba, en su conversación y en sus escritos, grande y profunda tristeza acerca de la vida, y así en sus lucubraciones científicas, como en su conversación, pocas veces decía, clara y terminantemente, ser sabia la naturaleza. Letamendi era un audaz que aspiraba á corregirla, ó cuando menos á presentárnosla bajo aspectos distintos en que comunmente la vemos.

Era médico de los que no ejercen, quizás por no creer en la eficacia de la medicina en la mayoría de los casos clínicos, pero conocía como nadie la estructura física del hombre, era el primero de nuestros anatómicos y el que, entre nuestro profesorado médico, ha abierto más vastos horizontes á la investigación científica del cuerpo humano. Como Letamendi era pensador, literato y artista, ya lo dije al hablar de alguno de sus libros en estas Revistas. No siendo Letamendi uno de esos sabios cuya fama, como suele decirse, llena el mundo, quizás hubo entonces quien creyó que exageraba al decir lo que de él dije en el proemio con que lo presenté á mis lectores: que no exageré, lo prueba lo que de Letamendi han dicho estos días todos los periódicos de España, sin distinción de partidos y escuelas, y viene también en mi apoyo lo que de él ha escrito el ilustrado doctor Pulido, en un buen artículo neerológico, por nadie impugnado. “Letamendi—dice este escritor—era políglota conocedor de idiomas muertos y vivos, y escribió, entre otros estudios sobre esta materia, un tratado de lexicología griega con aplicación á la medicina. Era gran conocedor de las ciencias metafísicas, de las cuales hizo transportes á doctrinas médicas y biológicas, más ó menos felices; y gran conocedor de ciencias físicas y naturales, en las cuales produjo algún descubrimiento curioso. Era aficionado á la literatura clásica, en la cual, y sobre sentencias de Horacio, por ejemplo, pudo lucir su finísimo y acertado examen crítico; y era vasto sabedor de enseñanzas en historia acerca de la cual escribía últimamente un importante libro. Poeta de vuelos y estilos varios, desde la alta estrofa á la quintilla festiva. Gran prosista y tan fecundo en artes de dicción y de tanta riqueza léxica, que sus obras son manantial de vocablos nuevos, y la más gallarda muestra del bien decir que yo conozco

en escritos de ciencia. Sobre este particular me atrevería á sostener que con él se ha perdido nuestro primer escritor médico, y uno de los más ricos hablistas de la lengua española. Aficionado á la música, tocaba multitud de instrumentos; (piano, violín, flauta y contrabajo.....) y llegó á conocer tanto y tan bien la filosofía de este divino arte, que un juicio crítico suyo sobre la música de Wagner, logró estimación en Alemania, á cuyo idioma se tradujo; y asimismo llegó á penetrar tanto en su composición, que escribió piezas difícilísimas, y una misa de *requiem*, que mereció elogio de técnicos ilustrados, fue cantada á grande orquesta en el monasterio del Escorial y anda impresa por ahí, con un prólogo explicativo que es un conciso tratado de resignación y filosofía para enfermos doloridos, cuya lectura maravilla y conmueve. Aficionado á la pintura, llegó á vencer la dificultad de la línea y á sentir y expresar la belleza y armonía de la mancha, al extremo de pintar cuadros, de los cuales, y para enseñanza de Anatomía, guarda algunos la Universidad de Barcelona, que son dignos de formal aplauso y muestra airosa de sus intuiciones y dominios en este ramo de las Bellas Artes.

Orador óptimo, de rasgos personalísimos, de ideas y exposición extremadamente bizarras, á nada y á nadie comparables, y de una preocupación tan firme con el fin de hacer original la forma y belleza en sus discursos encerrada, que dejaba, en quien le oía alguna conferencia, muy raro sentimiento de estupor y maravilla, jamás tenido, ni escuchado á los más afamados del habla castellana, como Castelar, Cánovas, Moret, Martos, Maura, Pidal, Salmerón y otros; y debíase esto, no solamente á lo singular é inesperado de la idea, y á la estructura y complejidad de su estilo, sino al arte suma, quizás por nadie superada, con que presentaba una relación ideológica, estudiaba un fenómeno y lo deshacía y analizaba en mil fantasías seductoras, á la manera como esos pulverizadores de fuentes deshacen en mil gotas un chorro de agua y lo convierten en lluvia de riquísimos diamantes, perlas, rubíes, zafiros..... por las iluminaciones de un esplendente sol."

Al mostrarme su agradecimiento por lo que de él dije hace un año en EL COJO, Letamendi dióme un ejemplar del folleto que por aquel tiempo publicó titulado: "*Antropología integral, teoría de las relaciones entre lo moral y lo físico aplicado á la práctica médica.*" Es un trabajo admirable, el primero de una serie destinada por el autor á esplanar sus teorías sobre la difícil materia á que el título se refiere. Ha quedado inconcluso, pues la agravación de sus dolencias físicas primero, y, ahora, la muerte han impedido á Letamendi continuarlo. Ideólo movido por el deber de agradecimiento. Letamendi había estudiado en la Escuela de Medicina de Barcelona, y sido profesor de la misma en los mejores años de su vida.

Vino á Madrid, deseoso de encontrar campo más vasto á la acción de su genio; pronto llegó aquí á la cumbre del profesorado, pero la Escuela de Barcelona lo consideró siempre entre los suyos. Esta, á fines de 1895, efectuó en obsequio de su antiguo catedrático una gran solemnidad oficial, é invitó á pasar allí,—en el decanato, explicando, la asignatura que más de su gusto fuera— los últimos años de su vida. Letamendi, que no se sentía con fuerzas para salir, no ya de Madrid sino que ni siquiera de su casa, hubo de declinar esta honra, y, agradecido, se propuso escribir una serie de conferencias destinadas á ser leídas ante los estudiantes de todas las asignaturas de la facultad de Medicina en la Universidad de Barcelona.



ADUANA VIEJA. — Buenos Aires

La introducción á estas conferencias, escrita como dice su mismo autor, en medio de horribles dolores de una enfermedad incurable, es modelo de humorismo placidísimo, y de resignación filosófica á los males de la vida. Es además gallarda muestra del bien decir, no obstante ciertos atrevimientos contra la forma clásica.

Letamendi habla como si estuviera presente ante sus compañeros estudiantes y profesores de la Escuela de Barcelona, y lo hace como él llama por arte de *Espiritismo positivo*, ó sea por la maravillosa industria que el hombre ideó para que su alma vuele libre, libérrima, con real y efectiva espiritualidad, sin reparar en la extensión del espacio ni en la duración del tiempo. "Cuan- to en mí—dice—hay de espiritual actividad, está con vosotros, á tal extremo, que á la hora presente, no queda en mí, en la corte, más que unos doscientos huesos mal contados, algo de carne magra para moverlos en caso de precisión, y un paquete de entrañas que por habérmelas Dios adjudicado encuadradas en rústica, andan ya más ajadas y descosidas que libro de texto á fin de curso." Y luego, en contraposición de estilo y de tendencias, añade: "En trece años

mortales, que llevo de sufrir horriblemente día y noche y de contemplar, con fría mirada de clínico, el definitivo naufragio de mi salud, el de toda esperanza de respiro por razonable mejoría y la aterradora suerte que mi estrella me depara de vivir siempre muriendo sin lograr nunca morir, dos solos recursos, en el orden humano, me están alentando y sosteniendo; uno la imaginación, otro la voluntad; por la primera mantengo joven mi espíritu para inventar recursos que me abstraigan de la realidad de mis males; por la segunda insisto y persisto en tan saludable abstracción. De suerte que, para mí, el mayor servicio de amistad está en que se me ayude á perseverar en esta vía. Merced, pues, al auxilio combinado de la voluntad y la imaginación, he podido, en tantos años de corporal naufragio, navegar sin ir á fondo: quiero decir, sin rendirme espiritualmente en vida á mi adversidad; fracaso millones de veces más aciago que la muerte real y efectiva. Así, precisamente en este período funesto de mi vida ha sido cuando he dado á luz las más acentuadas muestras de actividad espiritual, y con gran fundamento de razón todos mis amigos aseguran que yo, en salud, no hu-

quiera acometido ciertas empresas que, en lucha contra los más acerbos sufrimientos he llevado á cabo. Y ello se explica en quien felizmente conserve íntegra la imaginación y la voluntad; porque habéis de saber, cuantos de ello felizmente no tenéis experiencia, que el luchar con la fatalidad, sin auxilio de milagros, empresa es que vale la pena, puesto que en ella, de resultar vencidos, no quedaréis deshonrados, siendo tan formidable como es el enemigo; mientras que de salir vencedores, os sentís más ufanos de la victoria que el propio mancebo á la vuelta de la suya sobre Goliath el gigante. Y en esto los días pasan muy breves y las penas no pesan tanto; que este es al fin el negocio más seguro que cabe redondear en toda desgracia perpetua ó sin remedio.—Todo el punto del buen ánimo, ante tamaño desahucio, está en hacer de la desesperación un estado normal y el acomodarse, ni más ni menos que todos en salud nos acomodamos al ineludible desahucio natural de haber nacido mortales. Nada más ruinoso, para la fuerza moral de quien ve clara su positiva irremediable pérdida, que cerrar los ojos á la evidencia para creer que “mientras hay vida hay esperanza;” máxima afeminadora, funesta para casos tales, porque conduce á una serie de alternativas de ilusión y desengaño que van zarandeando y rindiendo, de día en día, al espíritu del propio desahucio.—Cierto que, por mi sistema, se sufre tal cual caída, porque nadie tiene la virtud del heroísmo perenne, como no hay máquina capaz de producir el movimiento continuo; empero, cuando, por raro caso me postro de alma, no tardo en rehacerme del desmayo, para reanudar luego, y con mayor denuedo, empuñada la lanza de la voluntad y embrazado el escudo de los ideales, la por momentos interrumpida lucha. Así es que mi pronóstico de mí mismo es terminante: el día en que me veáis viejo de ánimo, dadme por muerto.”

¡Cuán hermosa y profunda filosofía de la vida se desprende de esos párrafos dichos al mismo tiempo con elegante sencillez, no exenta de grandeza! Constituyen un pensamiento digno de Platón, á cuyo pensamiento Miguel Angel dió forma escultural con su cincel prodigioso.

La antropología integral, de que en esta conferencia habla Letamendi, abre vastos horizontes á la ciencia del hombre, de la que dice ser una mitad y la finalidad entera de la filosofía natural. No es una ciencia más: es árbol frondoso de ciencias, y esa misma frondosidad la perjudica, pues los pensadores se pierden en el laberinto del ramaje, y son poquitos los que, como Aristóteles, hayan dominado la enciclopedia antropológica de su tiempo: cada cual entiende por Antropología aquel aspecto de la ciencia del hombre que más cuadra á sus aficiones ó mejor llena las necesidades de su profesión. Así, los médicos, entienden de una manera distinta de los filósofos y de los juristas y moralistas la Antropología. Letamendi califica además de funesto el carácter que esta ciencia tomó bajo la influencia de la filosofía cartesiana. “El célebre: *Cogito ergo sum*, condujo, de consecuencia en consecuencia, á dividir el hombre en dos partes substancialmente separables: una, el cuerpo cual máquina viviente por sí, y otra el alma alojada en la glándula pineal de este cuerpo.”

Por medio de un ingenioso símil acerca la manera de ser de un billete de Banco, del cual billete no se puede separar la cifra demostrativa de su valor, sin que pierda éste, ni se puede presentar la cifra sola porque faltan las firmas que respondan del valor y legitimidad del documento, demuestra que en cada animal, el alma, el principio informador, es lo que señala el rango del mismo, es decir, su valor, y el cuerpo

representa todas aquellas cosas por cuya mediación ese valor se hace efectivo, por donde sólo de todo ello, en conjunto, resulta un animal. Si juristas y médicos no se entienden al hablar de Antropología, es porque cada cual sólo estudia el hombre bajo el punto de vista exclusivo de la ciencia que cultiva.

Descartes según Letamendi, era más matemático y físico que filósofo y metafísico. No vio el alma más que en la conciencia del sér reflexivo, y hubo de alojarla en la cabeza, desde la cual manda al resto del cuerpo por medio de una armonía preestablecida. Letamendi cree que la unidad del compuesto humano es un fenómeno de comprensión más sencilla. El pensar es una función especulativa, pero la función de pensar no es la única en el hombre en cuanto á principio animador del cuerpo, sino una de tantas relaciones con el principio cósmico. El hombre vive desde la concepción hasta la muerte, pero no siempre piensa, pues duerme una tercera ó cuarta parte del día, por lo tanto el pensamiento no es la esencia del alma, pues si lo fuese ésta sería incompleta. A lo más que llega á conceder en este punto es que el pensar, es lo más sublimado que puede hacer el alma incorporada llamado hombre, y, por lo tanto, concluye por reconocer evidente la unidad y ubicuidad de nuestra energía informadora y la asombrosa variedad de sus manifestaciones. Por lo tanto el hombre es un solo sér; su cuerpo un solo órgano; su vida una sola función, y cuanto al método de estudio antropológico, deben armónica ó inseparablemente concurrir á éste, así los sentidos externos, registradores de lo objetivo, como los sentidos internos, mejor llamados íntimos, aprehensores de lo subjetivo. La adopción de este método conduce necesariamente á la demostración del postulado primero, ó sea, de la unidad formal del hombre. Por tal integración de nuestra naturaleza se sorprende en el fondo de las relaciones entre lo consciente y lo inconsciente, ó sea entre lo espiritual y lo somático, un fondo de identidad que todo lo explica abriendo camino á un fin de utilísimas aplicaciones.

Bosqueja en animada descripción el estado actual de la antropología clásica en sus cuatro aspectos, el psíquico, el físico ó anatómico-fisiológico, el étnico y el histórico, y dice encontrar en el más deplorable estado el quinto aspecto, el integral con ser como es tan útil para el perfecto conocimiento del hombre. Cree que desde Aristóteles sólo ha habido cinco pensadores que hayan previsto la Antropología integral, y son: Claudio Galeno, en su opúsculo titulado: “De cómo las tendencias del ánimo concuerdan con los temperamentos;” nuestro Juan Huarte, en su inmortal libro “Examen de ingenios para las ciencias;” el insigne Cabanis, en su opúsculo “Relaciones entre lo físico y lo moral;” el renombrado Lavater, en su grande obra de Fisiognomía, y el no menos famoso Gall, con su resonada novedad de la Cranioscopia, llamada más comunmente: Frenología. Expone concretamente la parte con que cada uno de estos ilustres sabios ha contribuido á la obra de preparación, y al llegar aquí examina las nuevas escuelas antropológicas, muy especialmente la llamada criminalista, de la cual dice que lejos de constituir un adelanto, amenaza ser un retroceso, si bien accidental, porque se empeña en fijar las relaciones entre lo psíquico y lo fisiológico sin contar con lo primero, ni conocerlo, confundiendo los, y huyendo de toda experiencia interna, del estudio de la propia conciencia. Nuestros flamantes criminalistas, estudian los sentimientos impulsivos directamente en los demás, como pudieran estudiar en éstos los cabellos de la coronilla por imposibilidad de verse los de las suyas propias y además yerran por haberse lanzado á aplicar esa extraña Antropología á los casos particulares de la criminalidad y otros

anormales, sin antes haber fijado, por observación, las leyes antropológicas generales ó comunes que en todos los hombres relaciónase lo fisiológico con lo psíquico. Por esta falta de observación interior por la violación del método natural, cree Letamendi que ninguno de los signos externos atribuidos á los llamados criminales natos, ha podido resistir á la crítica. No ahonda en este punto el sabio investigador, ofrece hacerlo en sus sucesivas lecciones, y es lástima que nos veamos privados de sus luces en asunto tan trascendental, y es más sensible por cuanto Letamendi, muestra deseos de encaminar la ciencia antropológica por derroteros más expeditos que por los hasta ahora seguidos y que amenazan conducir á la esterilidad por causa de la exageración de los principios en que se basan. Los criminalistas antropólogos deberían limitar algo más el alcance de sus pretensiones, y deberían, sobre todo, poner coto á la manía de explicar al hombre moral por los signos exteriores, llevándose á menudo los mayores chascos y siendo objeto de burlas de los críticos, con gran contentamiento de los viejos jurisperitos que, en más de una ocasión, han temblado ante la idea de que puede llegar á ser inútil la ciencia del derecho para juzgar de las acciones punibles de los hombres.

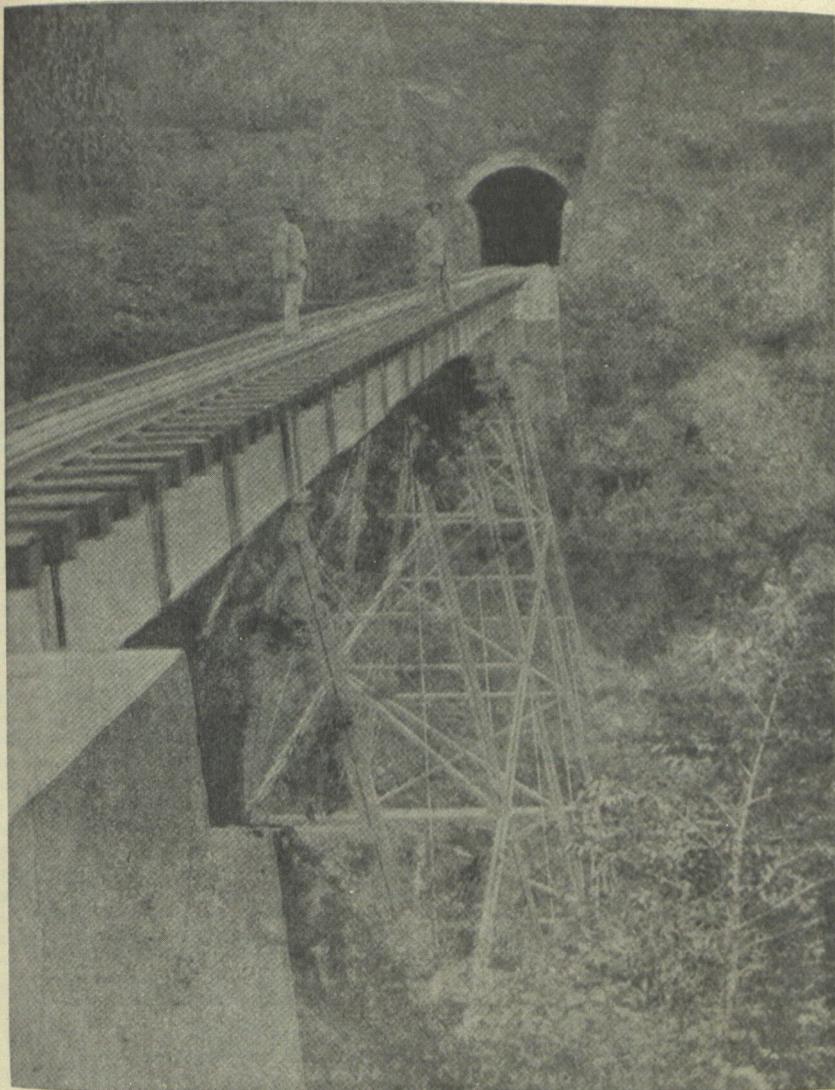
De la enumeración de los títulos que había puesto á sus futuras Conferencias, puede deducirse la importancia que éstas habrían tenido. El Genio; el Carácter individual; la Responsabilidad; El Sentimiento moral; El Vicio; La Pasión; la Vocación; El Extro sexual; El sentimiento artístico; El trabajo social; la Educación, y otros.

Letamendi había sido en su juventud un romántico. Parece verle todavía en Barcelona salir del aula entre dos filas formadas por sus discípulos y admiradores, los cuales saludábanle respetuosamente primero como profesor, y le aclamaban luego viéndolo en él al camarada. Era un hombre alto, delgado, esbelto, de fisonomía expresiva á la que daba carácter una frente ancha, desproporcionada y sus ojos vivos, fascinadores. Usaba largas melenas, bigote y perilla muy poblados, tenía algo del militar de nuestros tercios castellanos del siglo XVII y algo del moderno patriota italiano.

Pero todavía más que la expresión de su rostro y donaire de su cuerpo, encantaba y fascinaba su conversación chispeante y su humorismo filosófico. Con sus frases agudas y sentenciosas podría formarse un libro.

Descanse en paz.

Los aficionados á las vindicaciones de personajes históricos maltratados por la crítica no siempre exacta y justiciera, tienen ocasión de sumar á los de Pedro el Cruel, Felipe II, Calomandes y otros de nuestra España, ya vindicados, el nombre del padre Bernardo Boyl, que es el del primer misionero español en América, y que acompañó á Colón en su segundo viaje de descubrimientos. Nadie ignora que todos los historiadores de Colón, retratan al padre Boyl como personaje siniestro, descontentadizo y revoltoso, que la desconfianza y malevolencia de Fernando el Católico puso al lado del ilustre genovés para fiscalizar los actos del mismo. La moderna crítica histórica ha vindicado á este religioso, y el Ayuntamiento de Barcelona dispuso, hace poco, que el retrato del padre Boyl figure en la galería de hombres ilustres que hay en el palacio municipal de aquella ciudad. Con este motivo el notable escritor señor Colell, Canónigo de la Catedral de Vich, escribió un buen discurso laudatorio que fue leído en la ceremonia oficial de descubrir el retrato, y se ha últimamente publicado. Es un estudio completo con mucha erudición de buena ley y razonadas conclusiones: de ellas no resulta enal-



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA — TUNEL DE SAN ANTONIO. — Fotografía de Schael

LAS AGUILAS

Dejad volar las águilas.—Van ellas
Hacia la luz : dejadlas que se encumbren ;
No importa que del sol ó las estrellas
Con el brillo sus ojos se deslumbren.

Buscando la verdad van á lo ignoto ;
Buscando lo inmortal van á la altura,
Y el velo acaso del misterio roto
A ver alcancen en su noche oscura.

No podréis conseguir que con desmayo
Pleguen el ala en inacción cobarde ;
Nacidas son á desafiar el rayo
Y á hacer de audacia y de valor alarde.

No lograréis que su indomable instinto
A convención vulgar quiebre ó se doble,
Ni que en la lucha de la vida extinto
Manchen las glorias de su estirpe noble.

De un ideal sublime los reflejos
Siguen audaces ostentando galas,
Y nada va más alto ni más lejos
Que el pensamiento al desplegar las alas.

Dejad volar las águilas.—No importa
Que al ver se ocultan en la nube umbría
Juzgue la turba ante su audacia absorta
Locura y sacrilegio su osadía.

No importa que al traer nuevas extrañas
Del país de los sueños no se crean ;
Iras las burlen, y las hieran sañas
Y desdefiadas por los hombres sean ;

Que en vano fue la voz de los profetas,
Al revelar sus sueños, desofda ;
Pues pensadores, genios y poetas
Son astros en las noches de la vida.

Dejad que el polvo terrenal sacuda
El alma altiva á quien lo ignoble hiere ;
Ya que en silencio la materia muda
Sólo le abre su seno cuando muere.

¿ Que nada alcanzarán ?—Basta á su gloria
Lanzarse á los abismos del problema,
Y ser, purificada toda escoria,
Del sacrificio símbolo y emblema.

Que si dejar quisiera bajo el yugo
Que la fuerza brutal su fe le robe,
En explosión de cólera al verdugo
Dirán en su dolor : " E pur si move. "

¿ Para qué más luchar si nada puede
Contra la luz vuestro poder exigir ?
A otro ideal vuestro ideal ya cede,
Y está agrietado el pedestal antiguo.

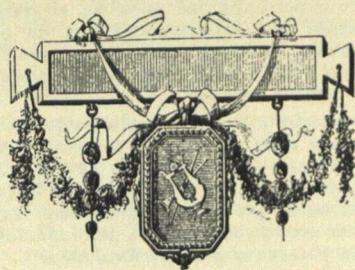
Nuevas progenies traen en sus hombros
El arca de las leyes del futuro ;
Y al eco de sus trompas en escombros
Rodarán rotos los vetustos muros.

Ellas del porvenir el sol anuncian
Y los misterios de la vida inquietan ;
Y ante el severo fallo que pronuncian
Reinar los mitos del error no esperan.

Y aun á pesar de la corriente impura
De tanto vicio que al presente mancha,
Bondades irradiando y hermosura,
Los horizontes la verdad ensancha.

Dejad volar las águilas caudales
Por el campo infinito de la idea :
Que están allí las fuentes inmortales
Y allí está el germen que transforma y crea !

HERACLIO MARTIN DE LA GUARDIA



JULIETA

Noches azules de Verona Errantes
Suspiros de la plácida arboleda,
Temblorosas campánulas de seda
Como besos de labios palpitantes.

Serenatas, arpegios tremulantes,
Que de sonoros bandolines rueda,
Chocar de aceros Y en la brisa leda
Lamentos quejumbrosos y distantes.

Suelto el cabello exangüe, vaporosa,
De Montesco la virgen prometida
Como yacente tumular reposa.

Y al moribundo resplandor de un cirio,
En su blanco sarcófago tendida
Parece un alma errante sobre un lirio.

LEOPOLDO DIAZ.

tecido Colón, como gobernante y colonizador, pero se realza, en cambio, la figura del excedido monje, de quien se investiga la nobleza de su origen, la amistad con el príncipe Fernando y la estima en que éste le tenía, pues le encargó en diversas ocasiones difícilísimas gestiones diplomáticas, entre ellas la realizada cerca de Carlos VIII para tratar de asuntos referentes al Rosellón. Luégo nos presentó al padre Boyl como humilde ermitaño, viviendo entre los riscos de Montserrat y entregado por completo á la paz de la religión y á los estudios literarios. Reseña después su viaje á América, y pone en relieve el verdadero papel que en la misión colonizadora de aquellas tierras representó, misión que se ha querido desvirtuar inventando mil patrañas para hacer antipática la gestión del padre Boyl, varón recto y justiciero, que en más de una ocasión hubo de reprender y llamar al orden al descubridor inmortal, para que basara sus actos en la justicia y en el amor al prójimo.

El padre Boyl acabó sus días en un cenobio del Rosellón del cual fue Abad, puesto allí por el sagaz Fernando, para que le tuviera al corriente de cuanto hacían contra España los rosenalenses instigados por el rey de Francia.

J. GÜELL Y MERCADER.

Madrid—1897.





SEÑOR JUAN BAUTISTA CARREÑO

(INVENTOR DE LA TRILLADORA "CARREÑO")

Ha puesto siempre especial cuidado la Dirección de EL COJO ILUSTRADO en presentar á la recomendación del público las personalidades de dentro y fuera del país que se distinguen por sus esfuerzos en pro de la Patria ó de la Humanidad. Esos homenajes los reclama la justicia, los dicta la honradez. Escuelas, tendencias, doctrinas, cualquiera causa extraña á la honra de la nación ó al beneficio de los pueblos, cualquier criterio que no sea el alto y respetable criterio de la probidad, de la buena fe, de la circunspección, ha estado muy lejos de inspirar cuantas manifestaciones de aplauso y de estímulo hemos consignado. Servidores de permanentes y muy nobles intereses, antes morales que de cualquiera otra índole, no hemos temido que esa línea de conducta pueda ser interrumpida jamás, ni por la mayor importancia que puedan adquirir conveniencias que desaparecen al cesar las circunstancias que las crean, sin dejar nada estable, ni duradero, ni notable; ni siquiera el recurso lisonjero de una derrota gloriosa. Y en política como en ciencias, en letras como en artes é industrias, sólo nos ha reclamado atención el esfuerzo, la constancia, la dignidad de la idea, de la obra y del propósito, el mérito estricto, sin que nos hayamos preguntado, ni nos cuidemos de decirlo, de dónde han venido, á dónde irán los grandes lidiadores de esos afanes. La índole de nuestra Revista, compromisos de no desmentida seriedad durante varios años, deberes que no sólo exige el público de un país, sino también el de un continente y una raza, no nos habrían permitido, ni parcialidades injustificables, ni halagos pueriles. Ha bastado que se levanten, sobre fundamentos de honor, un nombre ó una reputación, que crezcan, se consoliden y reciban la consagración de un pueblo, para que los exhibamos como dignos de ser conservados y recomendados al reconocimiento y al aplauso. Así hemos formado galería lujosa de estadistas, militares, literatos, artistas, empresarios, industriales; prez y orgullo de la República y de los hombres, en América como en Europa, en grandes como en pequeños, pero siempre en dignísimos empeños.

Ayer nos exigió ese deber, desde el fundador de la nacionalidad venezolana hasta el más humilde, pero convencido soldado de nuestras luchas; desde el sabio eminente hasta el honrado aspirante á renombre en la cátedra y en el gabinete; desde el tribuno hasta el

diarista; desde el fundador tenaz de los emporios de la industria, hasta el más modesto de sus colaboradores.

Hoy no es sino otro tan meritorio como aquellos: el señor Carreño, quien á la postre de largo estudio, de paciente meditación, de probada energía, de invencible fe, corona un triunfo tan valerosamente solicitado como mercedamente obtenido.

El señor Carreño ha logrado compendiar en un solo aparato los que se habían venido empleando en la preparación del grano del café, determinando con su máquina una incalculable economía de tiempo, trabajo y gastos, é impulsando ventajosamente este ramo de la industria agrícola con un nuevo elemento de progreso y utilidad práctica.

La "Trilladora" que lleva el nombre del señor Carreño ha sido, que sepamos, anunciada con aplausos para su autor en la prensa de los países productores de América; y como repercusión de aquellos aplausos, el nombre y la obra de un venezolano más, va á confirmar el concepto que en el continente comienza á formarse respecto á las promesas de nuestro carácter: no es el habitual tributo á un caudillo de la política ó de la guerra, á una excelencia del foro ó de la tribuna; no es á la gloria de una colectividad, sino al progreso de todo un pueblo, al que envía laudatorias la unánime voz de las naciones del continente.

Llevemos también nuestro aliento á esas labores que colocan á un hijo de la Patria en puesto de mérito entre los que han honrado el nombre venezolano.

El marido de la señorita Heudier

(POR MARCEL PREVOST)

I

Creo que no molestaré por mucho tiempo más en este valle de lágrimas. En él no me retenía sino una circunstancia, al cabo bastante alegre en mi vida de solterona resignada, á pesar de los años y de la soledad. Esa circunstancia ha desaparecido; ya no existe, jamás ha existido: era un error! No me queda, de ahora en adelante, sino mi perra Moustache, mi armonium y el cuidado de mi salud espiritual..... Poca cosa!..... Si fuese una personita, me quedaría el recurso de escribir mis pesares íntimos en un cuco cuadernillo bellamente empastado; pero á los cuarenta y tres años de edad es imposible adquirir nuevos hábitos!

He amado y he sido amada desde la edad de catorce años, hasta estos cuarenta y tres, hasta el día de ayer, á las dos y media. ¿Hay acaso, en París ó en Londres, otras bellezas profesionales que puedan decir otro tanto? Y jamás una disputa, nunca una infidelidad: ¡veinte y nueve años de perfecto amor!

Véase cómo comenzó la cosa: Mi padre era un modesto empleado de Contribuciones; uno de los que nunca llegan á los puestos superiores, porque, cada vez que hay vacante alguno, otro menos tímido ó mejor protegido, se apresura á ocuparlo; él continúa vegetando en el cantón de la Sarthe, en donde fue nombrado al día siguiente de su matrimonio, en donde nació, y en donde me he educado.

Fue allí, en Givry, en donde conocí á «mi» marido. Desde el principio, mis padres, los de él y yo lo llamamos así, «mi marido»..... á este Luciano humilde que á cada vacación venía á pasar dos meses al lado de su familia, vecina nuestra. Era hijo de un registrador de «Directas» (1), hombre honesto, cargado de una familia que á duras penas sostenía, á costa de su módica asignación: una mujer y cinco hijos. En comparación de

(1) En el régimen feudal, el dominio ejercido directamente sobre una tierra.—N. E.

los Letetres, mis padres, que gozaban de alguna rentecilla y no tenían otro hijo sino yo, aparecían como ricos. De manera que no había interés de ninguna especie en mi consentimiento espontáneo en el «matrimonio» con Luciano. Por otra parte, ambos teníamos catorce años, é dos meses más que yo. A esa edad, el dinero no se toma en cuenta.

Luciano y yo, pues, éramos muy gallardos enamorados. El era extremadamente tímido, muy bueno, aunque un poco «por debajo» de mí, como se dice vulgarmente. Yo lo había convencido de que era mi marido; y él lo aceptaba así. Ser mi marido consistía para él,—á esa edad de catorce á los diez y ocho años,—en vivir entre mis faldas, exactamente como un hermanito en vacaciones, por los meses de agosto y septiembre..... A veces nos abrazábamos y ello nos producía tanta, ó casi tanta emoción, como los papirotazos y los sopapillos que á veces también solíamos darnos.....

Ahora, á esta edad de cuarenta y tres años de tranquilidad, empiezo á creer que soy de un temperamento demasiado frío. En cuanto á Luciano, hasta el momento en que me abandonó, era una perfecta señorita.

A los diez y ocho años fue preciso separarnos. Los Letetres, gracias á la protección de un diputado del lugar, habían encontrado para Luciano una posición inesperada: se había obtenido que fuese compañero de viaje de un inglés muy rico, que después de haber recorrido el mundo por negocios, quería recorrerlo nuevamente por placer. Había deseado un joven francés que le hiciese compañía, estimando que la conversación de los franceses es particularmente viva, espiritual, divertida. Luciano, á pesar de la manifiesta desazón que le ocasionaba el separarse de mí, me pareció encantado con la idea de recorrer tierras.

Pero no olvidó los proyectos del porvenir:

Apenas el curtido comerciante de jabones (era el inglés: *Robinson's Soap*) me haya dado suficiente cantidad de guineas, lo dejaré y vendré á que nos casemos.

¿Y cuánto tiempo era necesario para tener una «cantidad suficiente de guineas»? Ni lo averiguamos; pero evidentemente bastaría poco tiempo y el matrimonio no sería sino cuestión de meses. Yo me contagiaba un poco del entusiasmo de Luciano, y en nuestros adioses hubo risas y lágrimas.

II

Tales cosas pasaban hace..... veinte y cinco años. Veinte y cinco años! Lo suficiente, por regla general, para que una mujer forme una familia y á menudo vea una generación suceder á sus hijos! Yo esperé el matrimonio, la familia, la vida durante veinte y cinco años! Sin embargo, es la verdad. Durante un cuarto de siglo la única razón que tuve para vivir y encontrar la vida casi agradable fue el amar á alguien y que alguien me amase.

Ninguna mella hizo en mí el destino: perdí á mi padre, perdí á mi madre; el poco dinero que me quedaba, lo disminuyó en la mitad la mala fe de un notario; y á pesar de todo, continué vivaz y llena de esperanzas, confiando en la «revancha» que me reservaba el porvenir.

¿Y sin haber visto una sola vez, durante veinte y cinco años, á Luciano?

Sí, sin haberlo visto una vez siquiera!

Yo creí sinceramente todo lo que me escribía, pues durante veinte y cinco años recibí con toda regularidad cartas de Luciano, que no dejaban sospecha alguna respecto al porvenir, y todas me parecían inspiradas en el mismo sentimiento que dictaba las mías. ¡Y él, el pobre Luciano, rodaba por innumerables países durante todo ese tiempo! Egipto, el norte de Africa, la Rusia, la India,



ASUNCIÓN. — Ruinas de antiguos edificios españoles. — (Fotografía de Avril)

las Américas; todo eso era preciso recorrerlo en compañía de *Robinson's Soap*..... De tiempo en tiempo atravesaban la Francia, pero tan rápidamente, tan de prisa, que no podía disponer del tiempo necesario para llegar hasta Givry y ver á «su» mujer.

Su mujer! Así me llamaba en sus cartas. Yo correspondía, llamándole: «mi querido esposo.»

III

Ayer á las dos estudiaba yo un trozo de música al armonium, cuando mi criada vino á anunciarme una señora que preguntaba por mí. Era una antigua amiga de mis padres, que había llegado á ocupar una posición importante en la Universidad: creo que Inspectora general de escuelas primarias. Se detuvo en Givry, muy satisfecha de mostrar su fortuna á los que la habían conocido de joven. Conversamos cerca de una media hora de todas las personas que habíamos conocido. Al fin me dijo:

—Y Letertre? continuáis en relaciones con él?

—Luciano Letertre?

—Sí, aquel que se casó en Inglaterra, en el Derbyshire.

Tuve fuerzas para responder: «No, lo he perdido de vista.....» y pedí algunos detalles.

Me los suministró sin hacerse de rogar. El Ministerio la había enviado en misión á Inglaterra, para estudiar la organización de las escuelas obreras y hacía poco tiempo había pasado algunos días en las manufacturas centrales. ¿Y á quién había encontrado en Derby, en la fábrica de *Robinson's Soap*? Muy sencillamente á mi marido Luciano Letertre, heredero del viejo Robinson, casado, padre de tres niños.....

Cuando me encontré completamente sola, lloré un poco; luego me he burlado de semejante bestialidad, de suponer que un hombre pueda permanecer veinte y cinco años fiel á un recuerdo.

Es verdad que yo le he dado toda mi juventud á ese recuerdo, además de cierta belleza que bien pudo haberme valido un marido.

En tal sentido me puse á escribirle á Luciano, reprobándole, sobre todo, la inútil mentira de sus cargos. Pero después reflexioné. Gracias á esa misma mentira, he podido vivir veinte y cinco años casi feliz; he estado casada durante veinte y cinco años.

Qué hubiese sido ese cuarto de siglo sin la ilusión en que me ha sostenido Luciano? Acaso él lo haya comprendido así. Es eso, sin duda, lo que le impidió decirme, hace nueve años, cuando se casó:

—Mi pobre Adela, es necesario no pensar más en mí!.....

Seamos fuerte y no lloremos más: me imagino que durante veinte y cinco años he estado casada; que hoy soy viuda, ó que estoy divorciada: hé ahí todo..... Después, he pensado en ello..... ¿Si yo le escribiese una buena carta, bien afectuosa, pidiéndole uno, uno que yo educaría aquí, no tan ricamente como allá quizás, pero sí como un francesito, que hablase la misma lengua que hablaba su padre cuando estaba enamorado de mí?... Efectivamente, Luciano no puede rehusarme tal cosa; y educando á ese niño, podría tal vez tomar resignadamente el camino de mi casa al cementerio.....

Y cuánto gozo con semejante idea!

Vamos! Antigua loca de Adela Hendier, toma tus gafas y una buena pluma, escribe al heredero de *Robinson's Soap*. Con un poco de valor y de bondad, puede uno burlarse del perverso destino.

Serás madre como has sido esposa: en imaginación!



CRONICA CIENTIFICA

El histerismo en el arte.—Corea epidémico de la Edad Media.—Poseídos, convulsos, extáticos.—Cuadros de Rubens.

Curioso é interesante estudio el de esta compleja modalidad patológica, el histerismo, á través del arte en la humanidad.

La influencia que el histerismo en diversas épocas de la historia, ha ejercido, determinando en los hombres y en los sucesos extrañas reacciones, que el erróneo criterio de la época atribuía á intervenciones sobrenaturales, dando pábulo á todo género de supercherías, se encuentra realizada en diversas obras de arte que datan de anteriores siglos.

Estudio interesante desde el punto de vista del desarrollo del arte y de las ciencias en esas épocas y que á grandes rasgos nos prometemos bosquejar. Ellos explican de manera razonable acontecimientos y tendencias que supersticiones y fanatismos inconscientes atribuyeran á influencias extra naturales.

Allá en la Edad Media, durante los siglos XIV y XV, las provincias del Rhin se vieron azotadas por una verdadera epidemia del famoso baile de Saint-Guy (corea epidémico), en todo análogo á la histeria que reina en nuestros días; epidemia que sólo lentamente fue extinguiéndose, pues aún á fines del siglo XIV vemos vestigios de ella en aquellas procesiones que en determinadas épocas del año iban danzando, en són de peregrinaje á ciertas iglesias privilegiadas.

Sólo la casualidad ha trasmitido hasta nosotros en un dibujo de Pierre Brengel una de estas extrañas peregrinaciones que se dirigía á la iglesia de Saint Willibrod.

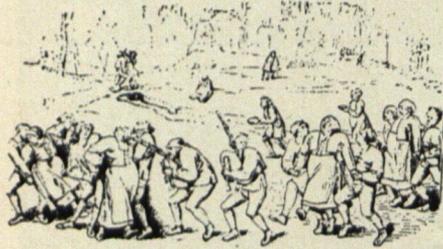
La actitud y posición de las figuras de este dibujo muestran de manera evidente el papel preponderante que el histerismo y la histero-epilepsia desempeñaban allí.

Un grupo de mujeres, cada una sostenida por dos hombres y precedidos de músicos que tocan la gaita á plenos pulmones, se dirigen

danzando en una misma fila, hacia una capilla lejana donde probablemente reposaban los restos de algún santo.

De tiempo en tiempo el orden de la procesión se altera, porque algunos peregrinos, súbitamente presas de ataques, cuya naturaleza no puede desconocerse, gesticulan, se retuercen, entran en convulsión y son librados de rodar por tierra por los esfuerzos que para impedirlo hacen los compañeros que las conducen.

Varios cuadros de la escuela flamenca se han inspirado en este asunto, entre ellos los del citado Brengel y los de Hondius.



Existían también en esas épocas los *poseídos*, que se suponían penetrados ó portadores del demonio; y los dibujos, grabados, pinturas y bajo-relieves que nos han transmitido estas antiguas posesiones demoniacas prueban de manera evidente el papel considerable que en ellas desempeñaba el histerismo.

Las diversas escuelas de Italia y la escuela flamenca presentan ejemplares preciosos de este género; y extraño es que España, en donde existían tantos brujos y endemoniados no nos haya transmitido ninguna obra de arte de esta índole.

En cambio la producción pictórica de España representando los *éxtasis* es muy rica y fecunda.

Los cuadros más antiguos que existen representando poseídos ó endemoniados, datan de los siglos V y VI; y en ellos, según la opinión de Charcot y Richer, puede comprobarse de una manera general, que á medida que el arte, abandonando el lenguaje simbólico, va perfeccionándose por el estudio atento de la naturaleza, la figura del endemoniado despojándose de convenciones y fantasías se va haciendo más y más natural, hasta comprobar en ella la existencia de la gran histeria.

Tal sucede en las más antiguas representaciones de demoniacos, en que estos están figurados de una manera puramente convencional, sin que nada característico se revele ni en su actitud, ni en sus caracteres.

En estos cuadros el poseído del demonio apenas se conoce, por una pequeña figura más ó menos grotesca, alada á veces, que se escapa de la boca ó de la cabeza y que representa al demonio.

Posteriormente esta figura va adquiriendo caracteres más definidos: ya el demonio tiene cuernos, rabo y uñas y reviste á veces forma de animales extraños; hasta que al llegar á los artistas del renacimiento, en que la tradición se presenta bajo la forma de diablillos escondidos en uno de los ángulos del cuadro y entonces el símbolo es lo accesorio, pues la figura misma del poseído posee caracteres propios.

Haciendo abstracción de las obras de imaginación popular y religiosa, que para honrar los santos los representaban en una de las circunstancias de sus vidas que más contribuyeron á consagrar su santidad, como San Benito, San Ignacio, San Didier, exorcisando demonios, consideremos preferentemente las obras de los grandes maestros de la pintura: Rafael de Urbino, Andrea del Sarto, Rubens, inspiradas en este asunto.

Pero ante todo surge la siguiente pregunta: Cuando un artista quería pintar una escena

de posesión, en qué fuente se inspiraba, qué modelos podía tener?

Lo cual equivale á decir que para que el arte plástico pudiera representar un poseído era necesario que existieran estigmas, huellas visibles de posesión demoniaca.

Dejando á un lado los caracteres psíquicos que están fuera de la jurisdicción de la pintura, como el conocimiento de lenguas extrañas, la súbita exaltación de las facultades intelectuales, existen, según el *Ritual de los Exorcismos* signos físicos de la posesión demoniaca, á saber: desarrollo precoz de las fuerzas físicas en relación con la edad y el sexo, y posibilidad del poseído de permanecer suspendido en el aire durante un tiempo considerable. Pero ninguna de las citadas obras representa al endemoniado en posición sobrenatural sino todo lo contrario; por lo tanto la única fuente que quedaba al artista, era observar con propios ojos á los poseídos, ó tomar datos de testigos oculares fidedignos.

Lo cual se comprueba á la sola inspección de los cuadros de Andrea del Sarto y de Rubens, en que el pintor al trasladar al lienzo la imagen ha tenido que verla primero en la naturaleza; pues el conjunto de los signos allí expresados no ha podido reunirlos la sola imaginación y fantasía del artista, y mucho menos inventarlos.

No queda duda de que en los casos particulares de que se trata, el modelo que posó al pintor era un individuo atacado de histerismo.

Es cierto que otros artistas, entre ellos Rafael, pintaron endemoniados que no tienen los caracteres indicados. Pero desde el punto de vista estético es difícil decidir entre los cuadros que llevan impreso el sello de la observación de la naturaleza y aquellos que no corresponden á nada real ni conocido.

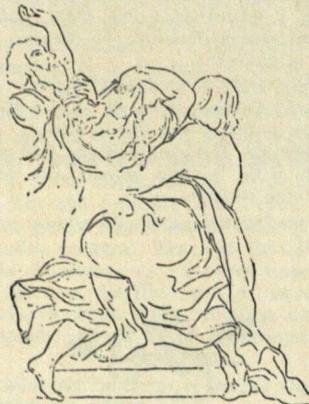
Entre los cuadros más notables de esta índole figuran los de los museos de Gênes y de Viena ejecutados por Rubens en 1.620.

Hay algunos datos curiosos sobre la ejecución de estos cuadros. Rubens había sido educado por los jesuitas de Anvers y sentía placer en complacerles ejecutando algunas obras para ellos; de aquí nació el San Ignacio que se encuentra en Viena.

Pero al mismo tiempo trabajaba también para Gênes, porque en su juventud, durante las fiestas dadas al duque de Mantua, había hecho amistad con varios gentilhombres de la nobleza genovesa, entre ellos con el marqués Nicolas Pallavicini, prometiéndole quizás un cuadro, promesa que no pudo cumplir hasta 1620, pintando entonces el San Ignacio de Gênes, uno de los más bellos cuadros de Rubens que se admira hoy en la Iglesia de San Ambrosio.

Cochin, hace, en los siguientes términos, una entusiasta descripción de este cuadro: "A la izquierda se ve un santo jesuita que cura un poseído y resucita niños."

La parte del cuadro más interesante á nuestro objeto es la derecha. En ella se ve al poseído con la cabeza tirada hacia atrás, incurbado en



arco todo el cuerpo, los globos oculares salientes y la pupila semi oculta bajo el párpado inferior; abierta la boca y todo el miembro superior contracturado.

Las otras figuras del cuadro no corresponden á ésta, llena de naturalismo y de verdad.

La exagerada posición de la cabeza tirada fuertemente hacia atrás es una exacta reproducción de las contorsiones en arco en los histericos.

Y dominando todo el cuadro se destaca San Ignacio, de pie sobre las gradas del altar, extendidas las manos, la mirada en alto, implorando la intercesión divina.

El cuadro análogo del museo de Viena concebido bajo las mismas formas del de Gênes presenta los mismos grupos é idéntica composición: San Ignacio y sus clérigos; el grupo que rodea al poseído; la madre con sus hijos y la misma disposición arquitectónica; con la diferencia de que el número de los personajes es mayor, de manera que este segundo cuadro es una ampliación del de Gênes.

El primero es una escena íntima, sobria, moderada, el de Viena, es un cuadro de gran espectáculo, de composición agitada y tumultuosa.

De este notable cuadro existe una fotografía que permite apreciar todos los detalles de la composición.

De pie sobre las gradas del altar se ve á San Ignacio vistiendo casulla ricamente bordada dirigido con majestuosa actitud hacia los asistentes, con la mirada en alto, la mano derecha levantada y apoyada la izquierda sobre el altar.

Detrás de él y formándole coro están los hermanos de la orden, vestidos simplemente con sayas negras; arden los cirios y el cáliz colocado sobre el altar indica uno de los instantes de la ceremonia divina.

Al pie del altar se mira al pueblo en dos grupos repartido, de los cuales el más importante que hace frente al santo es el de los poseídos.

Este grupo, que en el cuadro de Gênes lo forman cuatro personas, contiene aquí trece.

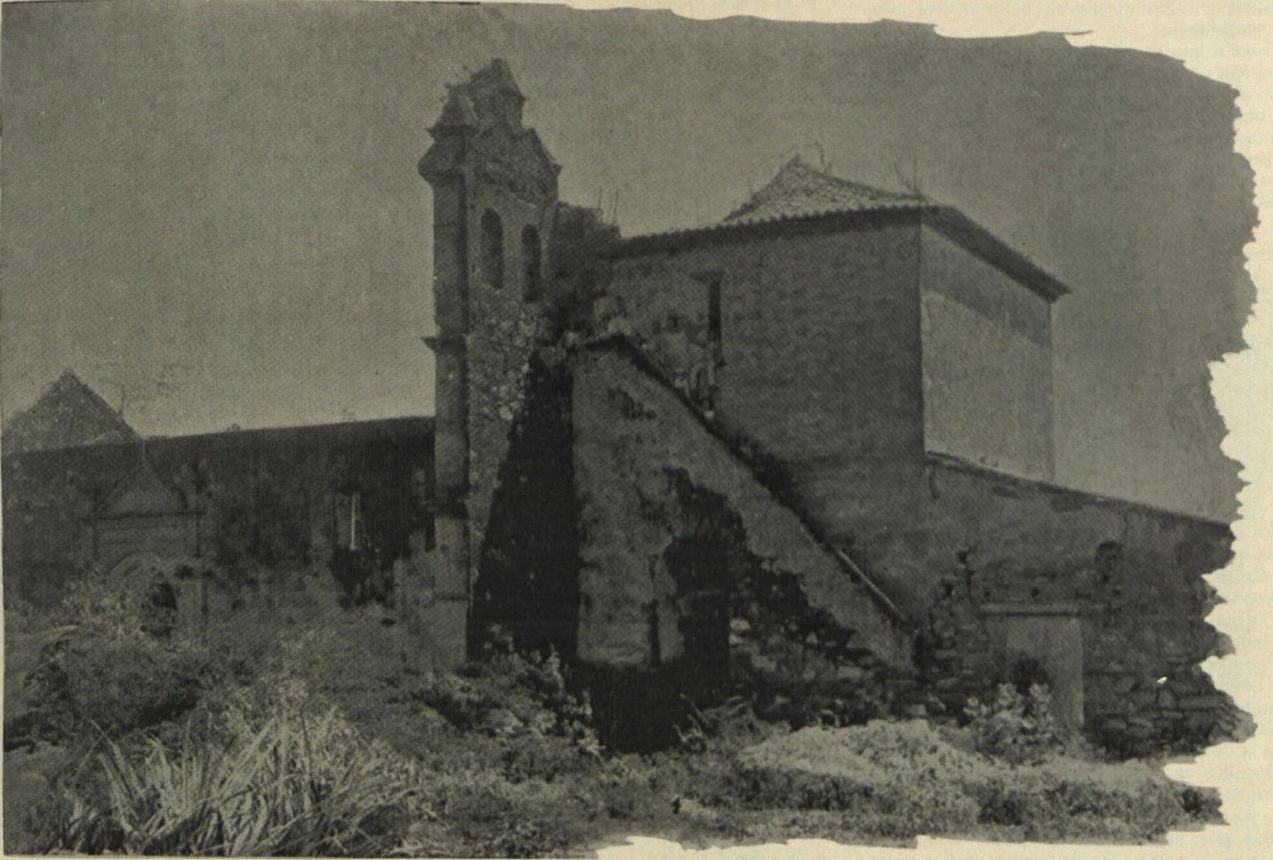
En ambos cuadros Rubens ha representado dos milagros: la curación de los poseídos y la resurrección de los niños muertos. Pero en tanto que en el de Gênes el pintor dio más importancia á la resurrección, en el de Viena la posesión demoniaca ocupa la preferencia.

En el primer término del cuadro, ha colocado Rubens, un hombre poseído del demonio, echado por tierra casi desnudo y que en una espantosa convulsión ha roto las ligaduras que lo ataban. Esta notable figura no existe en el cuadro de Gênes; figura importante y de gran mérito artístico por la violencia del esfuerzo, por la posición de la cabeza echada hacia atrás que permite ver la cara horriblemente convulsa, extraviados los ojos, abierta la boca, y los labios azulados y espumantes. Un hombre también medio desnudo se inclina para suspender al desgraciado, y otros personajes con aire mezclado de curiosidad y compasión se aproximan á él. En el fondo del cuadro un anciano fija los ojos en el santo y con las manos juntas ora.

Podría reprocharse á esta figura el ser un poco teatral, pero de todos modos da una medida exacta del grado de violencia que pueden adquirir las convulsiones hísticas en el hombre.

Analizando científicamente esta gran figura del endemoniado encontramos que ella tiene todos los caracteres del gran ataque hístico: la enorme tumefacción del cuello hasta el punto de borrar todos los relieves musculares; la boca abierta con propulsión de la lengua; dilatadas las narices; convulsos los globos oculares hasta ocultar las pupilas bajo el párpado superior, hé aquí otros tantos signos característicos de la gran histeria, tal como se observa en nuestros días.

El movimiento de los miembros superiores



ASUNCIÓN. — Ruinas de un edificio del tiempo de los españoles. — Fotografía de Avril

completa el cuadro y determina la semejanza: el endemoniado con la mano derecha se tira del pelo y trata de desgarrar con la izquierda la camisa que apenas lo cubre. Es imposible decir más ni reunir en una misma figura mayor número de signos característicos de la gran neurosis.

En último término se ve huir un grupo de demonios en el fondo iluminado de la nave del templo; y sobre la cabeza de San Ignacio, flotando en un rayo de sol, un grupo de cinco ángeles ofrecen al santo palmas y coronas.

:

Hablemos de los convulsos. Existe en la historia un episodio, el de los convulsos de San Medardo, que fue objeto de una intrincada polémica entre jansenistas y jesuitas á cuyo calor la imaginación popular produjo un sin número de estampas y dibujos relativos á esta otra manifestación del histerismo.

La obra más notable de producción artística es la "Peregrinación á la tumba del diácono París" existente en un facsímil en la colección de M. Charcot.

La afluencia de gente es tan grande que la policía ha tenido que intervenir para mantener el orden.

Haciendo abstracción de la fe religiosa que ingenuamente guiara á aquella turba peregrina hacia esa tumba, la crítica científica, altruista siempre, encuentra en la composición de ese cuadro rasgos característicos de la gran neurosis histérica.

La tumba se ve asediada por una multitud suplicante en las más diversas actitudes; unos inclinados, la cara en el polvo, otros de rodillas con las manos juntas.

En el fondo del cuadro se ve un guarda que impide la entrada á una mujer por su aspecto irónico y burlón, temiendo quizás que su actitud provoque desórdenes en el seno de aquella multitud. A la izquierda un abate de aspecto humilde platica con varias mujeres; una de ellas

está en actitud de santo recogimiento, en tanto que otra de aspecto amenazante parece querer saltarle al cuello.

A la derecha varios individuos presas de convulsiones asaltan á un monje que probablemente no participa de sus ideas, y unos le tiran de la barba y otros levantan el brazo para golpearlo.

Entre estos antiguos poseídos que injuriaban y pegaban á los exorcistas y los modernos histéricos que se conducen del mismo modo con el médico que los asiste, no hay diferencia: la exaltación de los sentimientos no ha cambiado y sus manifestaciones han empleado siempre los mismos medios violentos.

:

Terminemos haciendo mención del éxtasis histérico.

La gran histeria, ese Proteo que sabe revestir todas las formas, comprende tres períodos: epileptoide, convulsivo y pasional; y el éxtasis, bien entendido el éxtasis histérico, es uno de los modos ó manifestaciones del tercer período, el de las actitudes pasionales.

Los signos diagnósticos que permiten reconocer la naturaleza histérica del éxtasis, se encuentran en los fenómenos que le preceden ó le siguen y en los diversos síntomas que acusa el paciente en el intervalo de las crisis; sin embargo la fisonomía ó aspecto exterior del éxtasis no basta para caracterizarlo, y no existe, como en las crisis de convulsiones demoniacas, signos que pudieran llamarse patognómicos.

De aquí que las representaciones de extáticos no tengan el interés que ofrecen los cuadros de endemoniados.

Los fenómenos más comunes del éxtasis, rigidez, contractura, son de apariencia eminentemente histérica; basta citar el caso de Leroux, de la obra de Richer, que en sus éxtasis se ponía completamente rígido, extendidos los brazos, en actitud de crucifixión.

Los artistas que nos han legado representa-

ciones de extáticos, han eliminado de ellas todo aspecto de violencia, todo fenómeno convulsivo.

Para ellos el éxtasis es una inmovilidad expresiva, una verdadera actitud pasional; por lo que todas sus tendencias artísticas en este sentido se dirigen á exteriorizar un fenómeno interno, á traducir objetivamente por los rasgos de la fisonomía y la posición del cuerpo, lo que tiene lugar en las invisibles regiones del espíritu.

Así en algunos cuadros reviste el éxtasis la apariencia exterior de una plegaria ferviente; en otros admiración y sorpresa; calma y júbilo interior como en las Concepciones de Murillo y de la escuela española; contemplación como en el San Francisco del mismo autor; aceptación y sumisión como en la "Visita de la Virgen á San Bernardo"; sufrimiento y dolor como en el cuadro de Cegall "San Francisco recibiendo las divinas llagas."

Es indudable que todos estos artistas para objetivar tan variadas expresiones, han encontrado en los individuos histéricos inapreciables modelos para sus obras.

Expresión que no tiene nada de aventurada ni nada de exageración, cuando hemos visto histéricos en cierta faz del ataque y bajo el imperio de ciertas alucinaciones, tomar actitudes verdaderas y de una intensidad tal, que los más consumados actores no podrían hacerlo mejor, ni encontrar los artistas modelos más exactos para sus composiciones.

El artista al represensar una extática, sólo tiene á darle expresión á una idea á un sentimiento; todo debe ser racional en su figura, todo debe tender al mismo fin: la expresión.

Y el juicio que se forme sobre el valor de su obra debe medirse por las cualidades de la expresión; por la mayor suma de vida interna que exteriorice el cuadro.

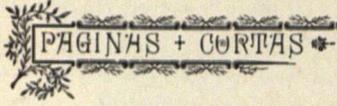
No sucede lo mismo con las representaciones ó figuras de endemoniados. Aquí se trata de posiciones forzadas, de contorsiones, de gestos

fisionómicos que no traducen ninguna idea, ningún sentimiento.

Charcot llamaba éstas, *actitudes ilógicas* por oposición á las primeras, *actitudes pasionales*.

En el fondo de estas aparentes incoherencias hay una razón oculta, la de un proceso mórbido latente; y en todos estos fenómenos, dice el sabio profesor de la Salpêtrière, *hay la huella de un orden preestablecido, de una ley inflexible y constante.*

ELIAS TORO.



Acuarelas venecianas

PALAZZO DARIO

(POR ANICETO VALDIVIA)

Los murciélagos—como almas en penas azotadas por algún anatema resucitando entre las dudosas tinieblas del crepúsculo—azotan fantomáticas, con sus alas velludas el algodón tibio y húmedo del aire, rozando ténues las bases viscosas de piedra, los corbetizos de los techos, los arcos de los puentes; giran como negros torbellinos, persiguiéndose, volando como locos, vertiginosos, amedrentados, alucinantes, sembrando el espejo del agua (donde brilla algún fugitivo reflejo) de rápidos chispeos cenicientos, apariencias súbito desvanecidas, hojas secas que se arrugan y encogen; larvas evadidas de casas visitadas por espectros; mariposas nocturnas análogas á partículas de sombra. Las campanas de las iglesias tañían las horas largas del crepúsculo.

El río solitario, encajonado entre casucas y palacios, tiembla á veces como carne adolorida; dormita, aparece siniestro ó huye en la negrura lejana, como el cómplice de alguna tragedia próxima.

Si no fueran las caídas de hojas perfumadas; las avalanchas de flores maravillosas que amortajan los muros del jardín señorial, extendiendo un dosel de Córpus bajo las viejas ventanas góticas; los escudos roídos; las delgadas columnitas del palacio Dario; las ventanas que se iluminan una á una; los coloquios de enamorados que se detienen en medio de aquel puentecillo propicio á las citas y que se inclinan sobre el agua, riendo y arrullándose, cuchicheadores y tuerños; si no fuera la luz del faro que brilla á lo lejos en lo alto del *campanile* de San Marcos, donde se abren las alas de oro del ángel anunciador, tendríamos miedo y apresuraríamos el paso como en una encrucijada que la difamación estigmatiza.

De pronto, no sé dónde, al mismo tiempo que se encienden las lámparas, manos femeninas, musicales, han rozado las teclas de un viejo piano—piano de vibraciones de *pianino*—y dado á los aires una canción de *lazzarone*—canción bañada de deseo y de sol.

Pero, como hecho á propósito, el ritmo apasionado se cambia en sollozo, arrastrándose como sobre alas rotas—confidencia amarga y angustiada de un alma que el amor crucificó, insistiéndole, á pesar de todo, en creer é implorar; voz dulce, anhelante, voz de mujer que ha sufrido y que no se consuela, invocando y evocando el pasado, suplicante, mendicante, llena de promesas, desesperada, sollozando en aquella noche que no acaba y que la envuelve también con su sudario.

“Oh Caroli!—canta la voz;—lo que quiero es cubrir de besos tus labios y tus grandes y bellos ojos negros. No me arranques toda esperanza, no me arrojes en la tumba! ¡Oh Caroli! oh Caroli! por qué me haces llorar!

Y el triste *ritornello*, el angustioso llamamiento, la pregunta enervante que no ama ni maldice, liminada como el suspiro de un niño enfermo, cada refrán: “Oh Caroli! oh Caroli! por qué me haces llorar?” se cierne sobre el abandono, la soledad del *canalotto* que la oscuridad ha envuelto, sobre el adiós de las parejas que se separan y se alejan, dispersándose en girones de luto sobre las alas velludas de los murciélagos que giran en el aire, en la noche, turbándola de vuelos inquietantes.....

(Cuba.)



El calor ajeno

(POR EUSEBIO BLASCO)

—¡Qué calor! exclamamos todos.
—¡Qué insoportable calor! dicen lo mismo el rico que tiene en su casa todas las comodidades posibles, que el infeliz que se pasa doce horas trabajando en su boharrilla.

—¡Qué calor! repetimos, egoístas, no pensando sino en nosotros, y creyendo que el sol que nos abrasa sólo para nosotros brilla con tal fuerza.

¡Agua fresca, hielo, cerveza! Este toma un baño frío, el otro prepara las maletas para irse á un puerto de mar cualquiera. . . . ¿Quién se acuerda de los que forzosa é inevitablemente tienen que pasar cien veces más calor que ese que tanto nos molesta?

Curioso sería hacer la estadística de las víctimas inocentes de altas temperaturas, y más curioso aún y fatal y lógico sería deducir que todas ellas pasan por ese martirio horroroso para que los demás seamos felices. ¡Oh, qué razón tenía León XIII cuando dijo que en el mundo no había ni demagogos, ni anarquistas, ni enemigos de la sociedad! «No hay más que desgraciados.» dijo el Santo Padre. Y si de tan autorizados labios han salido palabras tales, ¿cómo no repetir las y extenderlas, para que por el mundo corran?

¡Calor! El que nosotros sufrimos es aire fresco comparado con el que estarán pasando en este momento los que trabajan en los hornos donde se fabrica el vidrio. Las penas del infierno de que nos habla la Iglesia deben ser así. Para que tengamos en la mesa la botella que ha de contener el agua *frappée*, el vaso del espumoso champagne, es preciso que durante los meses de junio, julio y agosto, mi-

llares de prójimos soporten una temperatura de cincuenta grados diez horas al día.

¡Qué contentos nos vamos al Norte! ¡Qué baratos son los billetes de ida y vuelta! Aun el más pobre puede pagarse el lujo de ir á San Sebastián, á Fuenterrabía, á Santander, Asturias ó Galicia. . . . ¿Y quién ha de llevarnos? *Dos hombres* que responden de nuestras vidas, que han de pasar veinte horas alimentando el fuego de la locomotora, viviendo en medio de los carbones hechos ascua y de los carbones que reciben la fuerza del sol todo el día. Negros del humo, trasudando sin cesar, el uno ganará cincuenta duros al mes, veinticinco el otro. ¡Qué calor hace en los vagones! Todos nos quejamos; nadie se acuerda de los dos hombres que nos llevan.

El pan que comemos diariamente lo amasan y cuecen hombres que para trabajarlo tienen que despojarse de todo vestido aun en invierno. ¿Qué será en verano? Encerrados en sótanos, pegados al horno, han de resistir al horroroso calor de todo el verano. ¿Qué sería de nosotros si esos nos dijeran un mes seguido que no hacían pan? «Lo harían los soldados,» me respondía ayer alguien á quien hacía yo la pregunta. ¡Ah! ¡los soldados! ¡De esos sí que nos acordamos poco en los grandes calores!

En campaña están, allá en Cuba y en Filipinas, cerca de trescientos mil compatriotas bajo los climas más ardorosos posibles. ¡Allí sí que hace calor! Y el soldado ha de soportarlo, cargado de cosas de matar, hoy batiéndose y muriendo de sed, mañana en marcha, al otro día en el hospital improvisado. Con recordar esto se olvida la temperatura de cuarenta y seis grados que en Madrid nos acabaría y nos defallece. Todas las guerras son horribles, pero la que se hace en pleno calor sofocante es la peor de todas.

En aquel tremendo invierno del año 70, que fue uno de los más fríos del siglo, prusianos y franceses quemaban las puertas, las ventanas, los carros, los muebles; tenían capotones y mantas, se defendían. Del calor no puede defenderse el que batalla, porque ya el batallar es calor de pelea, como suele decirse; y si á él se añade el de las *sábanas* de Cuba ó el de los bosques filipinos, entonces la vida del soldado es espantosa. . . .

¡Qué calor!

No, no repetamos la palabra.

Consolémonos pensando en el prójimo; pensemos que ahora mismo en fábricas y talleres, cuarteles y minas, en los desiertos de Africa donde el misionero expone su vida por propagar la doctrina del Cristo, ó en los campos de nuestras colonias por mantener la integridad de la patria, sufren muchísimo más, con resignación heroica, de ese calor que tanto nos espanta, todo género de seres humanos. . . .

Se dan cruces, encomiendas, títulos á los particulares; se dan títulos de ilustrísimas, de heroicas á las ciudades. El premio para la multitud callada y sufrida no se ha inventado aún, y no hay nadie más heroico que los héroes en masa, los ignorados, los olvidados, los grandes desconocidos.

La mujer del siglo XX

Interrogado Marcel Prevost por un periódico europeo sobre, *cómo será la mujer á principios del siglo futuro*, se expresa así, después de emitir algunas excelentes opiniones:

«Tomemos esos movimientos (los congresos y propagandas feministas) por lo que son: por indicaciones de una tendencia. Si; la mujer en general protesta contra la inferioridad que la sociedad le impone. Ella tiende ciertamente hacia la similitud de instrucción, hacia la paridad de ejercicios corporales, hacia la igualdad ante el trabajo; élla tiende, en una palabra, á ser igual al hombre en todo lo que pertenece al orden intelectual y económico. Podemos prever, sin imprudencia, que la aurora del siglo veinte verá mujeres abogados, médicos, periodistas y tal



IGLESIA DE ASUNCIÓN. — Fotografía de Avril

vez' diputados, aun en la vieja Europa. Los continentes más jóvenes nos dan ya este ejemplo, y como la experiencia no ha fracasado allí es justo deducir que triunfará también entre nosotros si el progreso de las costumbres ambientes lo permite. ¿Será ese un bien ó un mal para la sociedad? Hé aquí otra cuestión. El viejo continente sufre ya de la excesiva concurrencia de los hombres en las profesiones liberales. A cada mujer ejerciendo una profesión de hombre corresponderá un hombre sin trabajo. Las mujeres responden que no les importa: es natural.

Si la transformación intelectual y económica de la mujer de mañana es fácil de prever, no lo es su porvenir sentimental; y esto que provoca la risa de los pedantes, tiene gran importancia. Suponer el mundo futuro como una especie de colegio ó de vasto taller, es un hermoso sueño, pero es un sueño. Habrá siempre lucha entre los hombres por conquistar la mujer: si los papeles deben invertirse un día, como en una célebre opereta, ese día, está algo más lejos que el siglo veinte, y para eso habrá necesidad que las costumbres nuevas venzan una ley de la naturaleza, una ley universal que regla las relaciones entre los sexos. Podemos preguntarnos ahora, ¿cuáles serán las relaciones sentimentales de los hombres y las mujeres á comienzos del próximo siglo?

Primeramente (á menos de una reacción temporal y pasajera) la galantería, en el antiguo sentido de la palabra, disminuirá hasta desaparecer. Hoy en día mismo está pasada de moda; las mujeres proclaman que no la necesitan y los hombres no se lo hacen repetir dos veces. Creo, pues, que la mujer se mostrará indiferente á los homenajes galantes; gustarán más bien que se les alabe su intelectualidad, como un día gustaron pasar por almas bellas y corazones sensibles. El amor será más hipócrita y se avergonzará más de sí mismo. Los enamorados serán ligeramente burlados; el temperamento amoroso se desacreditará. Se tenderá hacia el ideal anglosajón: hacer todo y no decir nada.

Teniendo las mujeres y los hombres las mismas costumbres, es probable que se harán reuniones en que el «sentimiento» tendrá poca parte y que podrán ser sin embargo muy cordiales y durables. El papel de la pasión disminuirá en la vida de la mujer, ésta será más avisada y egoísta: la pasión necesita de la ceguera y de la abnegación.

Me atrevería á opinar que la mujer del siglo veinte será menos, y menos una madre locamente tierna. Observamos el hecho en Inglaterra, ciertamente más próxima que las razas latinas al estado social de

mañana. El hogar será menos tibio y menos cerrado; el hijo se alejará de él en cuanto pueda buscar en otra parte la libertad y el dinero, y la madre se acostumbrará á querer más razonablemente, es decir, con menos ardiente y nerviosa elección.

El sentido de la palabra «honor» aplicado á la mujer se modificará poco á poco. En el ejercicio de las profesiones liberales, las mujeres desarrollarán en ellas el sentido de la responsabilidad, tomarán (al fin) en serio sus palabras y adquirirán escrúpulos en materia de dinero. Ser «apasionado» será un tanto ridículo, pero á la mujer inteligente y laboriosa le serán excusadas las fantasías pasajeras.....

En resumen: más intelectualidad y un gusto más vivo por la independencia; menos pasión y menos pudor; un sabio egoísmo que no excluirá la simpatía duradera por el hombre; menos encanto y más seguridad, menos ternura y más razón. En tal sentido creo que se efectúa la transformación de la mujer contemporánea.....»

La rosa blanca

(BALADA)

EN UN ALBUM

[POR ISMAEL PEREIRA ALVAREZ]

Era la hora del crepúsculo y el sol se hundía con poético desmayo en las primeras sombras del horizonte.

La Naturaleza parecía gemir, envuelta en ese manto de infinita melancolía que ciñe la tarde en la estación de los amores, y creíase escuchar algo amoroso y solemne como la plegaria de la luz moribunda.

Las aves revoloteaban al rededor de sus nidos y dejaban escapar, fatigadas, el quejumbroso arrullo del cansancio.

La cigarra, esa lira alada y llorosa de los bosques, aumentaba con su lastimero canto la honda tristeza que sentía mi corazón como el eco de una revelación lejana.

La imaginación contemplativa de mi alma, se extasiaba timorata ante el prisma de un secreto presentimiento.

**

No lejos del sitio en que me hallaba alzabase un pequeño jardín, y en él las flores ostentaban, en desordenada tonalidad, los colores del iris, cual signo de alianza con los altos y cerúleos colores del firmamento.

En medio de aquella exquisita variedad, aumentada en matiz por el inquieto revolotar de las pintadas mariposas, una rosa blanca lucía su corola pálida, su angélica tristeza y su modestia encantadora.

¡Cuánta dicha sentí al contemplarla!

¡Y cómo llegué á figurarme que en sus apocelanados pétalos había algo escrito de lo que pasa en todos los corazones enfermos!

Entonces contemplé con más cariño sus contornos y me sentí inclinado más favorablemente hacia la triste y abandonada flor.

Creo en el alma multiforme de la Naturaleza como el espíritu alentador de cada existencia, y creo también en la generalidad de las almas como la tendencia del bien y del dolor hacia el dolor y el bien, agentes infatigables de la humana perfectibilidad, y sentí que el alma de la rosa blanca se unía con la mía por magnética corriente de ternura, que ella lleva esparcida en su esencia y yo oculta en mi corazón.

**

—Pobre y querida rosa blanca—le dije;— ¿por qué estás triste? ¿Por qué tan lánguida y tan pálida?

Sopló mansamente el aura de la primavera, y ella, irguiéndose modesta y púdica sobre el flexible tallo, exclamó:

—Ah! porque soy el ángel del dolor de los jardines, como el poeta es entre los hombres el genio de las proféticas querellas.

—Sufres entonces?

—Nó; mi tarea es esa y la cumplo con tranquilidad y resignación; las gotas de rocío que me acarician durante el relente, son

crystalizaciones de mi llanto, con el cual me desahogo y me siento feliz, porque con ellas llevo la alegría y el encanto a los ojos que me contemplan junto con los primeros besos del sol naciente; al través de la tristeza de mis pétalos, las matizadas nubes blancas y azules me sonríen con delicia; sobre mi mudo cáliz vienen á posar sus alas de oro en forma de mariposas los ángeles del cielo; el dolor que suspira entre mis hojas, como el aliento de una existencia desconocida y superior, me levanta á tal grado de grandeza y de dulzura, que embellezco el silencio de los jardines, magnifico la majestad de los sepulcros y sublime la soledad de los corazones heridos por el desengaño; persona alguna viene sin dedicarme respetuosa caricia; á todos inspiro espontánea y noble simpatía; y cuando algún ángel de la tierra me lleva sobre su seno de blanco jazmín, es menos como símbolo de coquetería, que como la expresión suprema de esos incógnitos pesares que oprimen las almas buenas..... Mira! yo soy la única flor de los jardines de la tierra, comparable á la prístina flor de la esperanza, que nace y crece en los divinos pensiles del cielo.....

* * *

La flor se inclinó, triste como siempre, sobre su tallo, y guardó silencio.

Nuestra entrevista había concluido y me retiré del jardín con el alma presa de la interesante languidez de la rosa blanca.

Ella tenía razón: también yo, que hasta aquel instante había sido indiferente á sus mágicos perfiles, sentí hacia ella profundas simpatías, y le consagré los más tiernos recuerdos en la vigilia de aquella noche inolvidable, aclamándola en mi sincera adoración la reina de las flores, no tanto por la pureza de su vestimenta, como por la significación moral que encierra en su pálida faz, en su encantadora modestia, en su tristeza angélica.

* * *

A la tarde siguiente fui de nuevo á visitar á mi querida flor, y vi cerniéndose sobre ella esa moribunda á turnos del pétalo enfermo, que le hace caer al pie del tallo como remotas lágrimas de una existencia que se evapora gradualmente.

Alecé la abatida corola, descogí los místicos pétalos, llevélos á los labios y traté de comunicarles calor y vida con un aliento.

Me acordé de la corta duración de las rosas, bellos espejismos de un día, y lancé un suspiro.

¿Qué modo mejor de acariciar la pobre rosa blanca, moribunda entre mis manos? La flor contestó mi suspiro con el último efluvio de su casto aroma, y espiró.

Hay seres que al morir requieren lágrimas como demostración del cariño que inspiraron, así como otras sonrisas, y otra veneración. En las evoluciones de la Naturaleza sólo admiración hacia el eterno principio reclaman la cesación temporaria de la materia y el retoño prometedor de la nueva vida.

Faces, paradojas, arcanos?

Al cabo me retiré llevando sobre los últimos despojos de mi corazón la rosa blanca. ¿Acaso era un sepulcro mi corazón?

¿Quién sabe!

Bajo el túnel

(POR GUSTAVE GEFRUY)

No sé si lo que voy á contar es una historia ó un sueño que he tenido viajando. Quizás me lo haya contado algún imaginativo; pero lo conservo tan vivamente impreso en la memoria que no titubeo en transcribirlo aquí en la forma con que lo recuerdo, á la vez

vaga y precisa, como de algo que hace largo tiempo se nos ha referido.

Había tomado el tren; no en la tarde, la hora de la somnolencia y de la pesadilla, sino en pleno día, bajo un sol reverberante.

Esta circunstancia parece excluir á primera vista toda idea, toda posibilidad de alucinación; pero esto es una idea preconcebida de la cual es necesario desembarazarse.

El día, como la noche y como el crepúsculo, tiene también sus misterios; en la atmósfera brillante y luminosa se esfuman fantasmas temblorosos que se consumen y se evaporan; puede entonces turbarse la vista, é invadir el pensamiento la fiebre y el marasmo, bajo el brillo pesado de esos días tórridos, en que la tierra arde y se consume en el espacio.

De lo que nunca he podido darme cuenta es del punto de mi partida y del objeto de mi viaje. Creo que salía de París; pero por cuál de las estaciones? Me parece estarla viendo, pero no la reconozco; porque ella no me ofrece ningún carácter particular.

Veo una sala de espera casi vacía, taquillas donde se agrupan los viajeros, carretellos cargando equipajes y sudando de fatiga. Oigo el ruido de los wagones al girar en las plataformas, los silbatos y el ruido del vapor al salir, vibrando y resonando en las vidrieras.

Pero me consta que estoy en París? No podría estar lo mismo en Burdeos, que en Nantes, Londres, Bâle ó Amberes, ó en cualquier otro sitio á donde mi humor, inquieto y vagabundo, me arrastrara; quizás á alguna ciudad adonde jamás hubiese ido? . . . No lo sé. . . De una manera muy confusa es que recuerdo esta vasta estación desierta, donde los ruidos se propagaban indefinidamente.

El tren partió, y aún conservo patentemente la sensación de haberme quedado solo. Los demás viajeros que había visto en las taquillas partieron en otras direcciones, á distintas horas. Aun me parece verlos cansados de esperar en el andén, contemplando las sacudidas de la perezosa locomotora y la inercia de los wagones vacíos. La dirección y el nombre del sitio hacia donde me dirigía se escapaban á mi memoria.

Por más que busco con ansiedad, casi con desesperación, no encuentro nada, absolutamente nada. . . Los paisajes que atravieso los distingo, no obstante, sumergidos en el pesado vapor exhalado del astro inmenso, suspendido en pleno cenit. De esta tórrida bruma, agitada por largas ondulaciones, emergen perezosos, los bosques, los campos, las colinas; y los objetos presentan tonos azulados, róseos, fosforescentes. Así atravesé por arroyos de aguas humorosas, por aldeas centelleantes de luz, por villorrios adormecidos en el cálido ambiente.

El tren se detuvo en una pequeña estación. Aquí también escucho el ruido de los timbres; alcanzo á ver un nombre que no puedo leer; pero logré siquiera ver la hora en un cuadrante: las doce en punto.

Esperando la llegada del tren divisó algunos pasajeros, y entre ellos un hombre que mira á todas partes, buscando lugar; su mirada fiscaliza todos los wagones y al fin me toca en la portezuela; estupefacto quedo al ver que se dirige hacia mí y que escoge un sitio en mi compartimiento.

Oculté lo más posible mi mal humor; diagonalmente á mí sentóse; y á través de mis adormecidos párpados vi que el tren partía de nuevo.

Me pareció notar en su fisonomía algo de bestial é inteligente á la vez; facciones rudas, orejas grandes, mandíbulas feroces, boca prominente, como hocico de lobo; pero los ojos penetrantes, pérfidos y perspicaces, no estaban en relación con los demás; muy distantes entre sí, tenían un mirar solapado.

En fin, una fisonomía ordinaria que al principio me interesó y luego me produjo inquietudes, al observar que también me miraba,

aunque con cierto recelo. En un momento vi pasar por su semblante una expresión de mal humor: su boca se contrajo, frotóse las manos una contra otra, sus dedos crujieron y súbitamente no vi más nada, porque la imagen desapareció en la obscuridad de un túnel donde entramos.

Este túnel era de una longitud inusitada, y al hundirnos en las tinieblas noté, no sin gran contrariedad, que la lámpara del vagón no estaba encendida.

Poco á poco asaltaron mi mente, durante un tiempo que no podría calcular, todas las historias de ataques y crímenes que habían tenido lugar en los wagones de ferrocarril. Luego me entretuve recordando una pintura que representaba dos viajeros, que en el mismo vagón, durante la noche, se expiaban mutuamente, con una misma expresión de horrible furor. Y llegué hasta figurarme que los mismos quiméricos pensamientos ocupaban la mente del desconocido.

Luego experimenté la sensación de que viajaba con una bestia feroz, que abiertas las fauces, iba á atacarme y á estrangularme entre sus garras.

Cuidadosamente busqué mi revólver, y al recordar que estaba en la maleta parecíame que no tenía tiempo de buscarlo; traté entonces de fijar el punto en que se hallaba colocada la campana de alarma, y todavía me río al temor que experimenté de tropezarme con la mano febril del hombre.

Súbitamente apareció la luz, y fue en ese momento cuando un terror indecible me dominó, al ver que el hombre había desaparecido! . . .

Pasado el primer estupor, me puse de pie agitado, espantado, precisamente cuando la ausencia misma del hombre debía tranquilizarme.

Cómo ha podido pasar ésto? me preguntaba. Sacudí las portezuelas y estaban herméticamente cerradas; recorrida, como antes, estaba la cortinilla azul; los cristales corridos.

Miré al exterior, y los picaportes estaban pasados. Sería posible que el hombre hubiera salido sin ruido; que hubiera vuelto á ponerlo todo en su lugar, evadiéndose así de un tren á toda marcha?

Registré los asientos; á través de las ventanillas inspeccioné los compartimientos vecinos, y en fin, no pudiendo ya dominar mi inquietud y mi curiosidad ansiosa, tiré, hasta romperla, de la campanilla de alarma.

El tren se detuvo.

Con voz rápida y febril referí al empleado que se presentó, mi extraordinaria aventura. Este me miró friamente, me intimó á no usar más de bromas y llegó hasta amenazarme con un proceso verbal. Sin embargo insistí; apelelé á su memoria preguntándole si no recordaba haber visto entrar un hombre de tal aspecto y de tal fisonomía. Nada recordaba.

Bajé entonces del vagón y lo hice caminar á lo largo de la vía, buscando por todas partes, con febril ansiedad al desconocido.

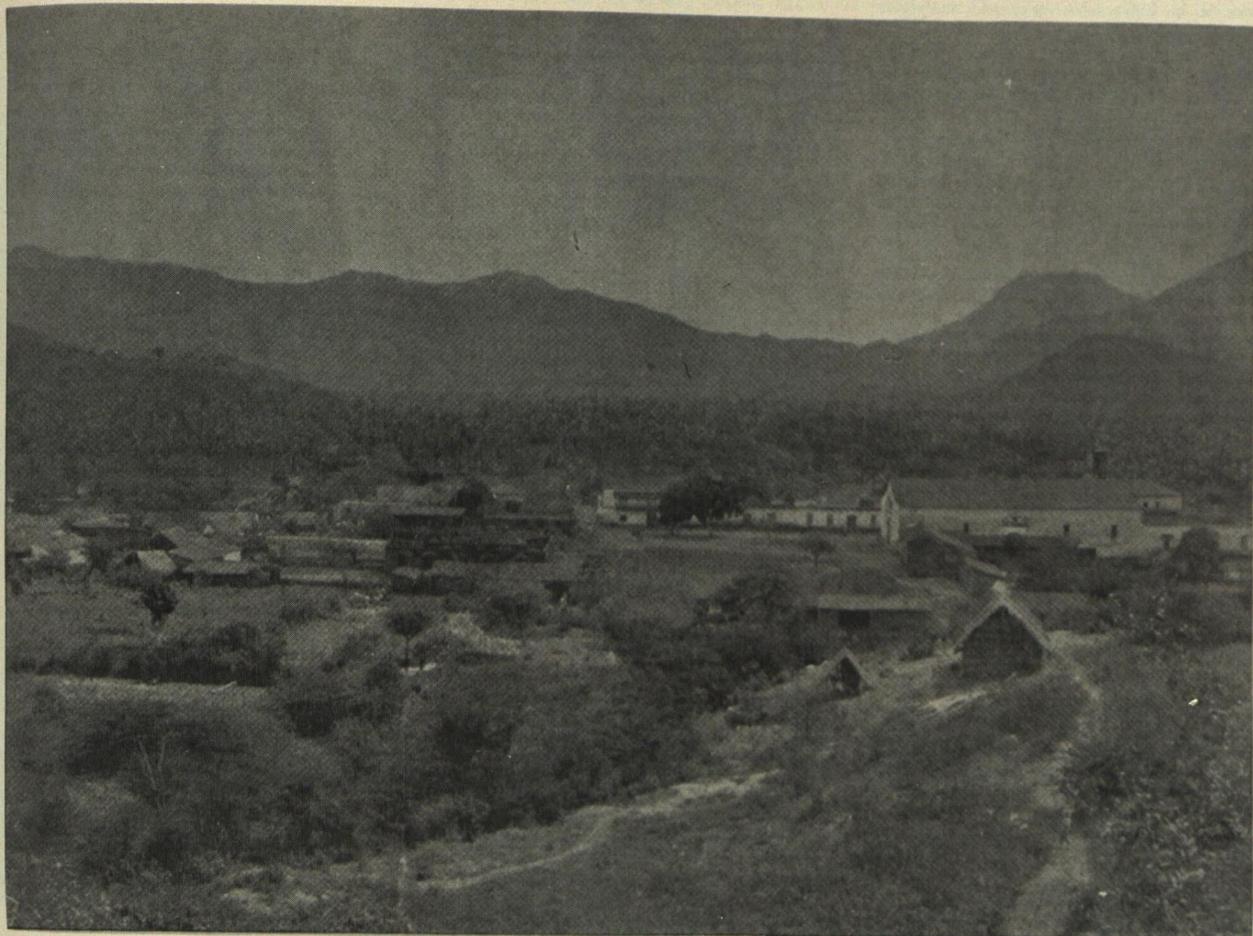
El mecánico, el fogonero y algunos viajeros asomaban impacientes la cabeza. El empleado al fin me hizo subir con muchas precauciones y condescendencia, asegurándome que al llegar á la estación próxima se harían las pesquisas necesarias.

Pude entonces convencerme de que me tomaban por loco.

III

Apesar de esto al llegar á la estación salté hacia afuera; conté de nuevo al jefe de estación lo ocurrido y dejé ir el tren, tratando de conservar la mayor serenidad de espíritu.

Confiados en la seguridad que daba á mis palabras me permitieron explorar la vía, y lo hice así, acompañado de un hombre que llevaba una linterna para explorar el túnel. Nada encontramos; ni la más leve huella, por eso es que no alcanzo á darme cuenta de lo sucedido.



PARTE DE LA CIUDAD DE LA ASUNCIÓN. — Vista tomada desde el Castillo. — (Fotografía de Avril)

Polémica tontísima

(CUENTO)

(POR MARIANO ZARZA)

Viajaban á bordo de un buque por el Océano Pacífico, tres individuos, que casi siempre se les veía solos como si á propósito huyesen del trato social de la tripulación y pasajeros. Por sus trajes y ademanes veníase en conocimiento, á primera vista, de que los tres pertenecían á la clase sacerdotal. Así era en efecto, pues, el uno indicaba claramente, por su destartado traje, ser un Faquir de la India, creyente de Brahma. En el segundo no había que discurrir gran cosa para ver en él un Rabí, hijo del pueblo de Israel; y en el último, se adivinaba desde luégo su procedencia pérsica.

Admirando estaban aquellos sacerdotes la inmensidad de las aguas que servían de sostén al buque; pues se hallaban sobre cubierta y por donde quiera que se mirase no se distinguía otra cosa que el agitado líquido verde esmeralda y la azulada bóveda, cuando exclamó el Faquir. ¡Oh, Gran Brahma, cuán sublime y grandioso es tu poder! Si estas aguas encauzadas por tu sabiduría son aún tan potentes ¿cuál sería su movimiento y pujanza en el diluvio cuando el virtuoso y sabio *Vaiwasvata* y su mujer *Saras Vadé* marchaban en la nave por medio de los elementos desencadenados á parar á la cima del Himalaya? De esa bendita pareja procede la raza humana post-diluviana.

El hebreo y el persa quedáronse mirando el uno al otro, como asombrados de las frases del Faquir.

—Perdonad, amigo mío, pero os engaíais, dijo el Rabí. Durante el diluvio universal no se salvó más familia que la de Noé, cuya arca

salvadora fué á parar á la tierra de Armenia: de esta familia procedemos todos.

El Faquir y el persa echáronse una mirada de desconfianza y duda, y tomando el segundo la palabra, se expresó en estos términos: Señores, si damos fe á lo que cada uno de vosotros acabáis de asegurar, en el diluvio debieron salvarse varias familias en distintos países, porque el pueblo caldeo tiene también sobre él su historietita. Dicese en ella que «*Xixuthros*, advertido por *Nuha*, Dios de las aguas, se previno contra una próxima inundación y se encierra en un arca con su familia y los animales más útiles: que después de haber abordado en una alta montaña, un ave trae en su pico una rama verde anunciando el fin del cataclismo. Entonces *Xixuthros* dio gracias á Dios por haber llegado con toda felicidad á puerto de salvación.»

De modo, añadió el persa, que ya tenemos aquí tres arcos con tres familias que se salvaron del diluvio. ¿De cuál de ellas procedemos?

—De *Vaiwasvata*, responde el Faquir.

—De Noé, dice el Rabí.

—Y ¿por qué no de *Xixuthros*? añade el terco.

Después de un corto silencio por parte de los tres, prosiguió el persa. Amigos míos, conve ngamos en que esto de las arcas es un enredo espantoso, en que el diluvio no fue universal y en que debieron salvarse varias personas en distintos países.

Protesto de esta apreciación, dice el brahman; expondré las razones que me asisten para ello. Sabido es que la antigua India fue la cuna de todas las teogonías, de las religiones todas; de ella vino la luz hacia Occidente, y los pueblos de esta parte del continente aprovecharon de nuestra ilustración y de lo que consignado está en los sagrados libros de los Vedas, plagiaron muchos pasajes de nuestra

historia religiosa. De aquí el Adán y Eva del Paraíso, el diluvio, la virgen madre, el bautismo, la confesión, la comunión y otra porción de sacramentos. Brahma creó á Adima y Heva de su pura esencia en la isla de Ceilán . . .

Perdonad, amigo mío, le dice el Rabí, cortándole la palabra; en el planeta que habitamos el primer hombre fue Adán, formado por Jehová en el Paraíso terrenal; le forzó á caer en sueño y arrancóle una costilla de la que hizo á Eva su compañera.

¡Qué atrocidad! exclamaron á la vez el persa y el Faquir, como movidos por el mismo resorte. ¡Arrancar una costilla á un hombre inocente que acabara de recibir soplo de vida! ¡Cuánto sufriría el infeliz, por la imprevisión de Jehová! Esto es horrible . . .

Amostazado el Rabí, por la apreciación anterior, cada vez levantaba más su diapason, habíase puesto furioso y le descomponía sobre todo las carcajadas burlonas de sus dos compañeros, comentando lo de la *costilla*.

La discusión se fue acalorando por momentos, los gritos fueron más agudos, y por último, los tres hablaban al mismo tiempo sin poderse entender.

El Capitán del vapor, que desde su camarote había oído parte de la controversia, con el laudable fin de cortarla de una vez, dirigióse al grupo sacerdotal y con la sequedad y laconismo propios del marino, les dice: Señores, vénganse ustedes conmigo. Aquellos infelices creyeron por el pronto que les iba á meter en la barra ó cepo; pero afortunadamente para ellos no fue así: los condujo á la biblioteca del buque en donde les invitó galantemente á tomar asiento.

Hecho esto, el Capitán les dijo: Señores, he navegado por todos los mares del planeta, he visitado sus cinco partes, no es jactancia, y el país que más me ha llamado la atención por sus antiquísimos escritos y tra-

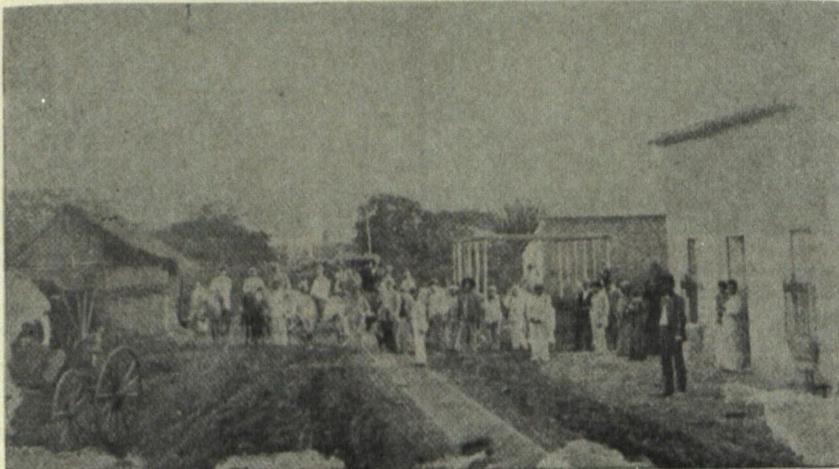
diciones, es la India; he recorrido sus principales poblaciones y especialmente el Tibet, residencia del gran Lama. En la India estudié el *Sanscrito*, que poseo con alguna perfección; conseguí tener amistad íntima con Yosquis y Faquires, los que me abrieron las bibliotecas de sus pagodas: en ellas he leído detenidamente los libros de los Vedas, en donde se encuentra el relato de la creación por Brahma de Adima y Heva, el del diluvio, el de la Virgen de Devanaguy, madre de Jezeus Cristina, y otras mil historietas llamadas sagradas. He visto bautizar en el río Ganges, en los lados sagrados y pilas bautismales de las pagodas en nombre de Brahma, Vishnú y Siva. El sacerdote oficiante en la misa (sarmavada) come el pan ázimo, bendice los pindas (panecillos) y da la comunión á los asistentes. (El Faquir estaba verdaderamente gozando y creía haber triunfado de sus dos colegas con el relato del Capitán); éste continuó: pero todo aquello, señores, son fábulas mejor ó peor escritas sin átomo de verdad; y al plagiarlas en Occidente hemos sido víctimas de la imaginación calenturienta de los sacerdotes orientales, y tendencia dominadora que les subyuga.

¿Quieren ustedes saber de dónde procede la raza humana?

Aquí les presento este libro del sabio naturalista DARWIN; en él encontrarán el origen del hombre.



TRANVÍAS DE BARQUISIMETO. — Vista tomada en la Estación del Ferrocarril del S. O. á la llegada de los coches

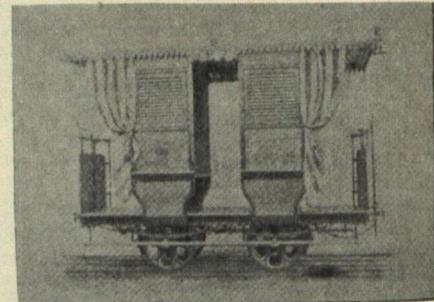


TRANVÍAS DE BARQUISIMETO. — Vista tomada en una recta de 700 metros hacia la calle Norte 10

pore, 117.014; Hourac, 116.606; Baroda, 116.420; Surat, 109.229; Kurachi, 105.199; Gwalior, 104.083.

La décima parte de la población de las Indias habita en las ciudades y 2.033 representan una población total de más de 27 millones de habitantes. Estas ciudades están distribuidas de esta manera:

Ciudades de 100.000 habitantes y más	28
" " 75.000.....	13
" " 50.000 á 75.000.....	35
" " 35.000 " 50.000.....	40
" " 20.000 " 35.000.....	109
" " 10.000 " 20.000.....	407
" " 5.000 " 10.000.....	896
" " 3.000 " 5.000.....	301
" de menos de 3.000 habitantes	204



TRANVÍAS DE BARQUISIMETO. — Coche de 12 asientos

SECCION RECREATIVA

La prensa en el Japón

El Japón, que en menos de medio siglo, ha pasado del estado que llamamos bárbaro, al que calificamos de civilizado, ha cambiado en el periodismo tanto como en las instituciones políticas. Hace treinta años, no existía en el Japón ningún periódico nacional.

El primero de todos fue fundado en aquella época, y costó mucho trabajo que los japoneses compraran más de un solo número; pues toda su curiosidad se limitaba á saber lo que era un periódico, y una vez visto, ya se consideraban satisfechos. Sin embargo poco á poco se desarrolló el gusto de las noticias y de los informes; y se desarrolló tan bien que hoy no se encuentra en ninguna ciudad japonesa ni una persona que no lea su periódico. Los criados que arrastran los djinrikchas leen diariamente la gaceta, y las sirvientas también. El periodismo japonés hasta se está convirtiendo en artículo de exportación. Formosa, que apenas empieza á formar parte del imperio del Sol-Naciente, tiene ya dos periódicos, uno de ellos, el *Taiwan Shimbun*, está redactado en la lengua nipona, y el otro, titulado, *Taiwan Nippo*, está escrito en tres lenguas: japonés, chino é inglés; se dice que el estilo de esta última parte deja á veces que desear. De todos modos, estas dos hojas tienen ya numerosos lectores..... Y sin embargo, según los mismos publicistas japoneses, el periodismo no tiene éxito en Extremo oriente. El número de gacetas que llegan á "hacer sus gastos" es sumamente pequeño y el oficio de folletista es poco remunerador.

Grandes ciudades de las Indias

Hay 28 ciudades en las Indias que tienen más de 100.000 habitantes. Hé aquí la lista:

Bombay, 821.764 habitantes; Calcuta, 771.144; Madras, 452.518; Hyderabad, 415.039; Lucknow, 273.028; Benares, 219.467; Delhi, 192.579; Mandalay, 188.815; Caconpore, 188.712; Bangalore, 180.366; Rangoon,.....

183.234; Lahore, 176.854; Allahabad, 175.246; Agra, 158.905; Patna, 165.192; Poonah, 161.390; Jeypoor, 158.905; Ahmedabad, 148.412; Amritsir, 136.766; Barrili, 121.039; Meerat, 119.390; Srinagar, 118.960; Nag-



VISTA TOMADA Á LA SALIDA DE LOS COCHES

El hielo á través de las edades

La necesidad de beber frío ha sido siempre una seria preocupación, puesto que los ancianos conocían ya el medio de conservar el hielo durante los tiempos de calor; la Ciudad Eterna tenía almacenes de nieve, y Séneca nos enseña que ésta conservada en la paja perdía el gusto y se desnaturalizaba.

En 1701, Luis XIV dio á Luis de Beaumont una patente para la venta de la nieve y del hielo en todo el reino, á la tasa de diez y ocho denarios la libra.

Bajo la regencia, este precio habia aumentado mucho, cuando un tal Bonfond obtuvo por decreto del Consejo el 20 de mayo de 1719, el privilegio de vender el hielo y la nieve del Monte Dore á ocho sueldos la libra.

A fines del reinado de Luis XV, se acordó por treinta años, la provisión del hielo para la ciudad de París, mediante 40.000 libras dadas á los ciegos del hospicio fundado por san Luis y una renta anual de 18.000 libras.

Tudor, de Boston, emprendió el comercio del hielo de América, en 1802. Más tarde, los inventores buscaron los medios de crear el hielo artificial, se sucedieron los descubrimientos y la ciencia creó los maravillosos aparatos que permiten beber frío á poco costo.

Comercio de China con el extranjero

El movimiento comercial de China no se conoce todavía bien. Por eso creemos interesante indicar las cifras que M. Dujardin Beaumetz ha podido extraer de los documentos oficiales publicados por la Aduana imperial de China, en el curso de un reciente viaje á aquel país, y que ha comunicado últimamente á la Sociedad de estadística de París.

Según este autor, el comercio de China con el extranjero se elevó en el año 1895, á 315 millones de tael, ó sea más ó menos 1.260 millones de bolívars, pues en aquel año el valor de un tael fue de 4 bs 11. La importación fue de 127 millones de tael y la exportación de 143 millones.

En 1890, las cifras fueron 214 millones para el comercio exterior total, ó sea 127 de importación y 87 de exportación.

En estas cantidades, la importación del opio entra por 29 millones de tael, la del algodón por 53 millones y la del arroz por 15.

Hé aquí el número de buques extranjeros que han hecho movimiento en los puertos de China.

Números de buques Toneladas.

Ingleses	19.579	20.525.798
Alemanes	2.684	2.444.185
Suecos y Noruegos.....	595	429.485
Daneses	495	224.090
Franceses	266	341.345
Japoneses	108	121.691
Austriacos.....	101	106.531
Americanos	92	86.427
Rusos.....	90	130.218
Holandeses.....	85	89.399

En China hay 22 puertos abiertos, pero tienen muy poca población europea, pues no contienen sino:

4.084 ingleses, 1.325 americanos, 875 franceses, 812 alemanes, 805 portugueses, 461 españoles, 375 suecos-noruegos, 125 daneses, 116 rusos, 108 italianos, 75 austriacos, 71 belgas y 43 holandeses.

Las profundidades del mar

(POR HENRI DE PARVILLE)

¿Cuál es la mayor profundidad de los océanos y en qué región se encuentra? Los últimos sondeos han permitido descubrir una profundidad de la cual no se tenía idea, en las cercanías de las islas de los Amigos, en el Pacífico Austral. Se dice que la sonda bajó á 8.935 metros, sin haber llegado al fondo. Si en esto no hay error, tal profundidad pasaría los mayores fondos que ya se han encontrado en el Pacífico y el Atlántico: 8.485 y 8.335 metros, respectivamente.

La mayor altura del globo es la del Gaurisanzar, en el Himalaya, en Asia. Mide 8.840 metros. El nivel del océano forma, pues, un plano que divide sensiblemente en partes iguales los fondos y las alturas del planeta. Existen bajo el agua profundidades equivalentes á las cimas que se levantan sobre el nivel del mar. Suprimid las aguas con el pensamiento y tendréis montañas de doble altura.

En la luna, los picos más elevados llegan á 8.000 metros, poco más ó menos; altura considerable, se observa, comparada con el radio de nuestro satélite, puesto que son tan elevadas como en la tierra. Hay en ello, sin embargo, un error de apreciación. Para las montañas lunares se cuenta, en efecto, la altura

absoluta, puesto que allí no hay océanos que cubran las profundidades; mientras que para la tierra, solamente se toma la altura á partir del nivel del mar. Si se unifica la manera de contar, se encuentra para la luna 8.000 metros; para la tierra, 18.000 próximamente, un poco más del doble. Hasta ahora parecía enorme é inexplicable esta diferencia.

A nosotros no nos parece tan extraña, pues es claro que si se debe ser proporcional á las dimensiones de ambos astros, debe ser también inversamente proporcional á sus densidades. Se sigue de ello que el trabajo de levantamiento de la corteza del astro, es más fácil mientras más reducida sea la masa de sus materiales.

Ahora bien, el radio de la luna es de 1.742 kilómetros, en tanto que el de la tierra es de 6.366 kilómetros. Pero la densidad de la tierra es de 5,5, y la de la luna es solamente de 3,4. Efectuando el cálculo según los radios y las densidades, se encuentra que la altura de las montañas terrestres puede ser 2,3 veces la de las montañas lunares, resultado que concuerda aproximadamente con las alturas de los picos más elevados de la tierra y de la luna.

A Fabio

POR EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE

Salud, ¡oh, Fabio!
yo te venero,
tú eres el símbolo de las virtudes
de nuestro tiempo:
buen ciudadano,
creyente fervido,
padre solícito,
y espo tierno,
la ley acatas
que otros urdieron,
la fe respetas
de tus abuelos,
das á la patria
vástagos nuevos,
dócil del tálamo
guardas los fueros.....
por eso al verte, juez hay que dice:
"bello sujeto";
y el cura añade cuando te nombran:
"ese va al cielo",
y conmovida la patria exclama:
"¡padre modelo!"
y tu consorte piensa en tu ausencia:
"¡si es un cordero!....."
Tú no meditas
nunca si hicieron
la ley los pillos
para los buenos;
ni si los santos
de tus abuelos
supieron nunca
lo que creyeron;
ni si tus hijos
llegará un tiempo
en que renieguen
de tu recuerdo;
ni si tu esposa, por eso mismo
de que eres manso, de que eres tierno,
podrá morirte
de aburrimiento.....
¡No! tú no piensas
en nada de esto,
y haces bien. Fabio,
yo lo celebro,
que así eres flúcido,
y así eres bueno,
y así eres símbolo de las virtudes
de nuestro tiempo.....
¡Lástima grande
que para eso,
tengas, ¡oh, Fabio!, que ser imbécil
de nacimiento!.....

La despoblación en Francia

Las estadísticas demuestran que cada año es menor en Francia el número de nacimientos, constituyendo esa circunstancia una grave preocupación para los sociólogos de la vecina República.

Entre los diversos medios que á diario se proponen desde la prensa para conjurar el mal, merece señalarse, por lo curioso, el que da á conocer M. Blowitz en *Le Figaro*.

Según el mencionado escritor, bastaría para estimular los matrimonios y favorecer el desarrollo de las familias la creación de un impuesto especial consistente en un 10 p^o de la suma que satisface cada francés por el concepto de contribuciones.

Dicho impuesto, que debería ser satisfecho por todo

individuo al contraer matrimonio, no gravaría extraordinariamente su presupuesto, y en cambio le daría derecho á disfrutar de las siguientes ventajas:

En caso de que el nuevo jefe de familia se viera favorecido por hijos gemelos, tendría derecho á una pensión, satisfecha por el Estado, consistente en cien veces las cantidades devengadas por éste como contribución anual, desde que se verificó el matrimonio.

Así, por ejemplo, si un individuo habia pagado cinco anualidades á 30 francos, ó sea un total de 150 francos, recibiría, al nacer los gemelos, cien veces 150 francos, esto es, 15.000 francos, cantidad con la que, ó se constituiría á los recién nacidos una renta anual de 600 francos hasta llegar á la edad de veintidós años, ó percibiría cada uno, por una sola vez, 7.500 francos.

La segunda aplicación de las teorías de M. Blowitz, no es menos ingeniosa.

Sobre la misma base del impuesto en cuestión, todo padre de familia que llegara á tener seis hijos, disfrutaría una renta, durante la menor edad de éstos, disminuyendo la pensión, conforme cada uno de los hijos fuera cumpliendo los veintidós años.

El total de la renta se calcularía como en el caso anterior.

Al cumplir la mujer los cuarenta y cinco años cesaría el pago de la contribución, puesto que á esa edad disminuyen las probabilidades de tener familia.

Lo propuesto por el escritor francés está basado, como él mismo confiesa, en una especie de seguro puesto en práctica, desde hace muchos años, por algunas sociedades norteamericanas: el seguro contra los hijos gemelos.

Los recién casados que desean ponerse á cubierto del terrible riesgo satisfacen desde el día de la boda, á la sociedad aseguradora, una pequeña prima. Si llega la eventualidad temida, reciben los padres un capital importante—puesto que ninguno baja de 10.000 duros,—compensándose el excesivo aumento de familia con los suficientes medios de sostenerla.

¿Dónde murió María?

Entre las cuestiones de historia y de arqueología religiosas, hay una que desde hace muchos siglos, ha preocupado á los escritores y ha provocado repetidas discusiones entre los doctos, los obispos y los Padres de la Iglesia; y los mismos Papas no han desafiado tomar parte en ellas. Es la de saber dónde murió María y en que casa habitaba cuando su muerte. ¿Fue en Jerusalem? ¿Fue en Efeso? Las opiniones están muy divididas. A principios de este siglo, una vidente italiana, la célebre Hermana Catalina Emmerich, campesina iliterata de Dulmen, en Westphalia, aseguró en *Revelaciones* dictadas por ella y redactadas por Clemente Brentano, que la casa mortuoria de María estaba en Efeso; ella decía que la veía distintamente, y daba una minuciosa descripción del exterior, del interior y aun del plano de las fundaciones.

Hé aquí, pues, que la *Revue des Revues*, nos dice que un ex-politécnico, después de haber leído los libros de la Hermana Emmerich, se fue á Efeso y en los alrededores de la ciudad á la distancia exacta indicada por la vidente y en el lugar determinado por ella, ha descubierto una casa enteramente igual á la que ella habia descrito. Esta casa tiene en el país el nombre de *Panagia Capouli*, que quiere decir *casa de la Santísima*. Después de este descubrimiento el arzobispo de Smyrna Monseñor André Timoni, hizo el mismo viaje; examinó la narración del explorador francés y de la Hermana de Dulmen, y declara que por la posición y el plano interior la *Panagia Capouli* corresponde enteramente á la visión de Catalina Emmerich.

M. Boyer d'Agen, comunica estos documentos á la *Revue des Revues*, y señala como muy curiosa particularidad, que Catalina Emmerich escribió: "La casa era redonda ó octógona por detrás," lo que deja comprender que el círculo podría ser cuadrado. Así pues, desde que se redactaron los informes de Monseñor Timoni, se ha continuado el examen y se ha encontrado que el basamento de esta casa redonda era realmente un octógono.

Este descubrimiento ha ocasionado ya en el mundo católico acaloradas discusiones.

Nombres y títulos del Rey de Siam

El Soberano del reino siamés lleva los siguientes nombres, apellidos y títulos:

Fra-Bat-Somdeth-Fra-Paramidri-Maha-Chulalongkorn-Fra-Chula-Chom-Kiao-Chow-Iu-Hua... todo lo cual quiere decir: la excelencia de los pies divinos, el eminente, el perfecto, la gran corona, el descendiente de los ángeles, el héroe de la dinastía, el eminentísimo, la augusta cumbre que domina, etc.

Verdi

Se ha anunciado en Europa que Verdi ha remitido en estos últimos días a su amigo el poeta y músico Camilo Boito, una ópera enteramente terminada. La partitura, según se dice, será encerrada en una caja y el depositario se ocupa actualmente de imponerse de la obra ni de hacerla ejecutar hasta después de la muerte del autor. Verdi á pesar de esta singular disposición, no ha dicho su última frase musical.

Siempre infatigable, el robusto decano de los compositores se ocupa actualmente en la música religiosa. Ha terminado recientemente un *Te Deum* y acaba de empezar un *Requiem* el cual, según la voluntad de Verdi, será ejecutado en sus funerales.

Producción de la cerveza

Una estadística dirigida recientemente por un inglés, da á conocer que todos los años se consumen en la superficie del globo más de 17.000 millones de litros de cerveza de diferente origen. Entre los países productores, Alemania ocupa el primer rango, pues ella sola *bravea* más de 5 mil millones de litros; vienen en seguida la Gran Bretaña é Irlanda que producen más de 4.790 millones; después los Estados Unidos con 3.260 millones, Austria Hungría con 1.350 millones. Bélgica sola produce y consume más de mil millones de litros y por consiguiente más que Francia cuya producción no llega á 840 millones. En este cuadro, Rusia ocupa el último lugar pues su producción anual es inferior á 400 millones de litros.

Academia Goncourt

El tribunal ha declarado en toda su fuerza y vigor el testamento de Goncourt.

A este respecto, M. Alfonso Daudet ha dicho lo siguiente:

"Mi deseo es reunir á mis colegas lo más pronto posible. No en casa, pues no quiero que esa primera reunión tenga un carácter personal y que se preste á la menor sospecha. No quiero ser sino uno de los miembros de la Academia, uno de los más devotos, y nada más. Aun tengo la intención de pedir, en esa primera reunión, que no haya presidente.

"Para el caso en que lleguemos á reunirnos este verano, ya tengo en vista un cabaret, en plena campaña; un cabaret rústico, no distante de París, en que podríamos,—almorzando al aire,—hablar de nuestros asuntos, con campechana franqueza, apoyados los codos en la mesa. En esa primera reunión probablemente elegiremos los dos miembros que, según la voluntad de Goncourt, deban llevar hasta diez el número de los académicos.

"Sus nombres? Diab! acaso puedo yo darlos? Comprendieréis que á este respecto yo debo guardar absoluta reserva. Seguramente se han pronunciado los nombres de Paul Alexis, Rodenbach, Descaves y otros más. La academia decidirá á su tiempo y en su oportunidad.

"Pero nuestro primer cuidado será instituir el premio Goncourt. Se sabe que de acuerdo con el testamento, ese premio ha de ser de 5.000 francos y discernido al mejor libro en prosa publicado. Porsupuesto que todo escritor postulante á alguno de los premios de la Academia francesa, se considera como que ha renunciado al premio de la Academia Goncourt.

"Sólo al final se considerará la cuestión de "asistencias" á la Academia Goncourt.

"Estas reuniones espero que acabarán por llamarse "las cenas de Goncourt," pues *Academia* es muy gordo, muy oficial y muy solemne....."

Lo que vale París

Un funcionario de la prefectura del Sena ha formado, tras de pacientes investigaciones, una curiosa estadística, de la cual no existía precedente hasta ahora.

Según dicho documento, París, sin comprender las propiedades del Estado [palacios, ministerios, cuarteles, etc.] los inmuebles llamados departamentales, el Palacio de Justicia, Tribunal de Comercio y Prefectura de Policía, ni los edificios destinados á la beneficencia, vale, aproximadamente, diez y seis mil millones de bolívares.

Las 82.000 fincas particulares están valuadas en 10.395 millones; los dominios municipales, compuestos por el Hotel de Ville, las alcaldías, iglesias, parques, squares, canales, etc., en 1.150 millones; las propiedades temporales, en 60 millones, y los valores mobiliarios en 430.

Item más. La canalización y fábricas de la Compañía del gas están apreciadas en 153 millones y en 250 los ferrocarriles de circunvalación y las estaciones.

París—Puerto de mar

Acaba de someterse á la Cámara el informe sobre una proposición de ley relativa á la construcción de un canal marítimo de París al mar.

Según este proyecto, el canal tiene que seguir el curso del Sena desde Rouen hasta París, excepto en dos puntos en los cuales cortarás las bocas del río, entre Oissel y Pont-de-l'Arché y entre Sartrouville y Bezons.

El trayecto por el Sena será 33 kilómetros más corto.

El largo total del canal será de 185 kilómetros, el ancho de 35 en la parte derecha y de 45 en las curvas. La profundidad de 6.m20 permitirá el paso de los buques de 5.m90 á 6 metros de calado.

Este canal terminará en Clichy, abriéndose en una hoya de 40 hectáreas de superficie, con un largo de muelle de 6,340 metros.

El costo de esta obra se ha estimado en 150 millones de bolívares. Fijándose para 1900 la inauguración de este canal, se tendría el famoso *clou* pedido para la Exposición.

En tierra santa

TRABAJOS DE RESTAURACIÓN

Los frailes franciscanos, á cargo de los cuales están todos los trabajos apostólicos de Tierra Santa, han realizado en los tres últimos años, merced á las limosnas que reciben, muchas é importantes obras de edificación y restauración en aquellos Santos Lugares.

Entre los trabajos llevados á cabo, merecen citarse la restauración de la iglesia de la Flagelación y la construcción de una capilla en el lugar de la V Estación, embelleciendo además la VII en la Vía Dolorosa. En el Valle de Josafat se han hecho importantes progresos; se ha cubierto el ábside del santuario de Bétfage; se ha añadido un tercer piso á la hospedería de peregrinos en Jerusalén; se ha rodeado de un fuerte muro el Collado de los Pastores, en las cercanías de Belén, donde se ha construido una nueva escuela de niñas.

En San Juan in Montana, se ha restaurado la Iglesia, añadiéndola un hermoso coro, una majestuosa torre con cuatro campanas y un órgano; y en el umbral de la puerta mayor se ha construido una cripta para conservar el resto de un bellissimo mosaico antiguo; el convento, además se ha ampliado con una grandiosa ala de dos pisos.

En el Santuario de Nazareth, en las dos capillas que están sobre los cimientos de la Santa Casa de Loerto, se han colocado dos altares de mármol y dos magníficos cuadros, representando al Arcángel San Gabriel y á Santa Ana.

Allí mismo se ha terminado la nueva hospedería para peregrinos, cuya construcción ha estado en suspenso durante veinte años.

En el Santuario de Caná de Galilea se ha puesto el pavimento de mármol y se ha ampliado considerablemente la residencia de los religiosos.

A costa de grandes sacrificios se ha podido asegurar la propiedad de Cafarnadn, y se han protegido las preciosas ruinas que guarda con un muro, agrandando la casa con una capilla provisional.

En Bulaco, Mansura, Trípoli, Tiro, Saída, Damasco, Sárnaca y Limasol, se han hecho restauraciones en las iglesias, en los cementerios y en las casas que son propiedad de la Misión.

Producción del queso en los Estados Unidos

La América del Norte envía cada vez más á Europa los productos de su agricultura.

La confederación americana fabrica actualmente una enorme cantidad de queso, algo así como 280 millones de libras, ó sea 116 millones de kilogramos, que representan un valor de 130 millones de bolívares.

Esta industria, que en 1849 no producía sino ciento cinco millones de libras, se ejerce sobre todo en los Estados de New-York, Wisconsin, Ohio, Illinois, Vermont, Iowa, Pensilvania y Michigán. Los dos primeros producen las dos terceras partes del total.

Conveniente innovación

Los teatros imperiales de San Petersburgo acaban de adoptar un modelo de concha para el apuntador y se esperan de él maravillas. El nuevo aparato, inventado por un cómico de un teatro de Moscu, tiene la apariencia de una enorme concha introducida en una caja. Las paredes están construidas de madera muy seca un tada de un barniz especial y cubierta de dos capas de fieltro y papel comprimido. El apuntador, instalado en su concha, se encuentra escondido á una profundidad mucho más considerable que en los teatros ordinarios y no molesta la vista de los espectadores.

En cuanto á las ventajas del nuevo aparato, parece que son incontestables; el público no oye ni una sola palabra de lo que dice el apuntador y los actores no pierden ni una sílaba de lo que apunta aquel. Y ya se sabe que hasta hoy lo contrario ha sido la regla general.

Carros automoviles

Ultimamente se han puesto á la disposición del público en Londres, catorce faeres movidos por electricidad y hay en construcción una centena más, que próximamente empezarán á circular.

Este primer ensayo, pues apenas se trata de un experimento que durará tres meses, parece que tendrá un éxito completo. Los nuevos carruajes son confortables, aun lujosos; las ruedas, guarnecidas de caucho suprimen ó disminuyen mucho la trepidación; hay un lugar suficiente para los bultos pequeños; y en fin, lo más importante: el carruaje evoluciona con gran rapidez, con una facilidad y una docilidad no conocidas en los ordinarios de su especie. El público de Londres, que sigue con curiosidad estos estrenos de los nuevos cabriolés, está maravillado de la seguridad y destreza con que se dirigen en medio de los innumerables vehículos que obstruyen las calles estrechas y populosas de la Cité.

Los carruajes de la London Electrical Cab Company son movidos por acumuladores que se cargan por medio de tomas de corriente establecidos en diversos puntos de la ciudad, sobre los cables de distribución eléctrica. Estos acumuladores almacenan la cantidad de electricidad necesaria para un trayecto de 10 kilómetros; como la marcha mínima es de 14 kilómetros por hora, el vehículo puede marchar cerca de seis horas sin detenerse. El gasto de electricidad por todo un día de trabajo no pasa de dos chelines. El único inconveniente del sistema está en el peso considerable de los acumuladores y del aparato motor, los cuales suman la cifra de 700 kilos; es decir, casi la mitad del peso total del vehículo, comprendidos los pasajeros.

La compañía no duda, sin embargo, de la superioridad de la tracción mecánica; se propone, si continúa satisfactorio el ensayo, dar á la circulación un número considerable de carruajes. La cuestión del personal no la preocupa. El manejo de los nuevos carros es tan sencillo que cualquier cochera, al cabo de dos días de ejercicio, se encuentra apto para su oficio de conductor mecánico.

Como se enriquecen los idiomas

Hé aquí un ejemplo más de que las pequeñas causas producen grandes efectos.

"Durante la guerra grego-turca, los correos navales y agencias telegráficas han hecho uso frecuente de la palabra *diadoco* para designar al Príncipe Constantino, hallándose dicha palabra admitida ya en todas las lenguas europeas.

Cualquiera creería que tal práctica ha sido inspirada por el afán de introducir locuciones nuevas. Nada, sin embargo, más lejos de lo cierto. La razón es puramente económica.

En Grecia se llama el Príncipe Constantino "diadoco," esto es, *el heredero*.

Los periodistas extranjeros aceptaron la palabra griega en vez de la designación "Príncipe Real" ó "Príncipe heredero," porque sencillamente se ahorran una palabra en el texto de los despachos.

Costando, según tarifa, 53 céntimos cada una de éstas, y dado el número de veces que ha sido preciso nombrar, durante la campaña de Tesalia, al futuro Soberano de Grecia, se comprende el acuerdo de los correspondientes.

Combustión espontánea de los cargamentos de carbón

Una comisión nombrada por el gobierno de la Nueva-Galia del sur para estudiar las causas de la combustión espontánea de las buques, acaba de presentar su informe.

Está fuera de duda que las causas de esta inflamación deben buscarse en la absorción del oxígeno por el carbón, como también por las maderas, los aceites, ó los trapos que pueden formar el cargamento de los buques; absorción que aumenta con la temperatura ambiente, con la pureza del carbón, la profundidad del cargamento y la duración del viaje.

Se han propuesto numerosos procedimientos para impedir esta causa de incendio. Uno de ellos ideado por M. Kraus y señalado en el *Engineering and Mining Journal*, consiste en impedir la absorción del oxígeno por el carbón, extrayendo en el curso del trayecto, el gas carbónico almacenado en cilindros, en estado líquido.

MISCELANEA

Los efluvios digitales

Después del descubrimiento de los rayos X, estamos acostumbrados á todas las sorpresas en materia de fotografía; y si los descubrimientos sucesivos nos interesan, no nos admiran nada de lo que de misterioso ó maravilloso encierren.

En el curso de una de las últimas sesiones de la Sociedad de biología, de París, uno de los más sabios experimentadores franceses, el doctor Luys, miembro de la Academia de medicina, expuso los resultados de nuevas investigaciones relativas al registro fotográfico de los efluvios humanos.

En colaboración con M. David, el doctor ha llegado á fijar de la manera más clara, sobre una prueba fotográfica, los efluvios que se desprenden de un adulto bien constituido que goce de perfecta salud.

Para obtener este resultado, los dos sabios se encerraron con un sujeto en un laboratorio perfectamente privado de luz. Colocaron la mano que debía servir para el experimento, en un baño de hidroquina, con la faz palmaria aplicada sobre una placa al gelatino-bromuro de plata. Esta posición duró de 15 á 20 minutos.

La placa de gelatino-bromuro, trasada por los procedimientos usuales, dio una prueba tan curiosa como instructiva.



FOTOGRAFÍA DIRECTA DE LOS EFLUVIOS DIGITALES

Se ve en ella el cuadrículado de la pulpa de los dedos, con los efluvios que se desprenden en torno como un penacho.

En el extremo de la plancha, al lado superior izquierdo, se observa un fragmento de epidermis desprendido, flotando en el baño y que emite directamente efluvios, en forma de filamentos verticales en haces. Todos los puntitos blancos que se observan en el fondo negro de la prueba, representan polvo de efluvios flotantes en el baño de hidroquina.

El doctor Luys no se contentó con esto, como que quiso registrar también los efluvios desprendidos de los ojos y de las orejas. A este respecto, nuevos experimentos dieron excelentes resultados y las placas impresionadas á distancia registraron fielmente las impresiones recibidas.

Se comprende, dice el eminente experimentador en su informe á la sociedad de biología, se comprende que estos nuevos estudios vienen á dar cuerpo á una serie de fenómenos antiguos, conocidos desde hace tiempo, en forma de concepciones sugestivas, á falta de una demostración objetiva de su realidad.

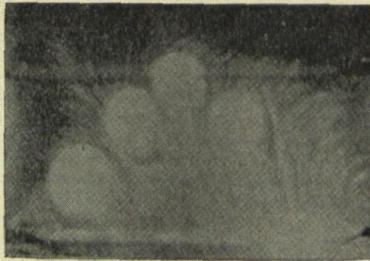
El fluido de los magnetismos, el fluido designado por Reichembach con el nombre de *Old*, la fuerza de Baréty, tendrán no tarde su certificado de realidad científica.

Así, puede decirse que del cuerpo humano se desprende normalmente, de una manera continua, un fluido especial que parece ser una manifestación esencial de la vida y que se exterioriza, como ha tratado de demostrarlo recientemente, con un celo y una perseverancia loables, el coronel de Rochas, bajo el nombre de exteriorización de la sensibilidad.

A las primeras pruebas se opusieron algunas objeciones: ciertos incrédulos se preguntaban si la impresión producida sobre la placa de gelatino-bromuro no era sencillamente el resultado de la aproximación directa de los dedos.

Para contestar á aquellas críticas, el doctor Luys empezó por aislar dos dedos, suprimiendo su contacto directo con la placa. Resultó de ello una prueba que presentaba impresiones semejantes á las primeras, y dos más menos definidas pero siempre convincentes. Animado por este nuevo éxito, el sabio hizo voltear la placa de gelatino-bromuro y es así, á través del vidrio, como se ve el segundo grabado.

Se concibe, — dice para terminar el Doctor, — que este nuevo método de fotografía por inmersión es



FOTOGRAFÍA DE LOS EFLUVIOS DIGITALES Á TRAVÉS DE UNA PLACA DE VIDRIO

susceptible de dar resultados fecundos, tanto en fisiología como en patología. Es de una aplicación fácil, no exige grandes aparatos y está al alcance de toda persona que tenga conocimientos sumarios de fotografía.

La inmersión puede operarse prácticamente en una cubeta ordinaria de 9-12.

Así podrán dosarse las variaciones de esta fuerza nerviosa que se desprende incesantemente de las extremidades digitales, variable según las edades, los sexos, las diferentes fases del día, el estado de emociones que ponen en vibración el sér humano.

Así, pues, el estudio de los efluvios, su intensidad, su disminución, permitirán obrar en el dominio de los fenómenos de la sensibilidad y acaso en el de la motricidad, pues todavía ignoramos sus caracteres fisiológicos intrínsecos.

El Doctor piensa que ciertos temperamentos, aun ciertas profesiones, pueden presentar fenómenos particulares. Ha obtenido, para comprobarlo, fotografías de los dedos de un amasador y de un pianista, absolutamente curiosas.

Los efluvios del amasador han salido profundamente pronunciados; de ellos se desprenden glóbulos de grosores variables y muy característicos. Entre los dedos del pianista se arrollan especies de filamentos que describen curvas caprichosas y diversamente acentuadas. Diríase fotografías de ondas sonoras.

Pero la ventaja sería, capital, que resulta de estas investigaciones del doctor Luys, es que en ellas tiene la ciencia un nuevo medio para probar la muerte real.

Si se exceptúan las personas atacadas de anestesia bilateral y que están privadas de toda sensibilidad, todo sujeto en estado de vigilia ó bajo la influencia de sueños hipnóticos y catalépticos, desprende efluvios digitales; inmediatamente que se manifiesta la muerte real, los efluvios cesan como por encanto.

Bastará, pues, colocar los dedos de una persona, en la que se tema confundir la muerte aparente con la muerte real, en un baño de hidroquinina, sobre una placa de gelatino-bromuro de plata. Si la muerte es real, la placa permanecerá intacta.

Sólo este resultado hace que se considere al doctor Luys como uno de los bienhechores de la humanidad.

Singular caso de obsesión

Un profesor de nombre Lépine ha tenido recientemente á su servicio una mujer de 30 años, que presentaba accidentes neuropáticos. Durante varias semanas esta enferma oía sin cesar una serie de palabras en número de 25, las cuales se sucedían regularmente sin ningún sentido aparente. Ella comprendía perfectamente que nadie las pronunciaba y sin embargo las oía; y lo más extraordinario es, que no las oía propiamente en el oído sino que las sentía en la mejilla izquierda, en la cual había un punto neurálgico. Lépine ha podido mejorarla pero no curarla del todo. La sugestión sola, fue impotente, pero el médico ha sido más feliz sugestionándola después de un sueño anestésico.

La luz y la vida vegetal

Según el *Natural Science*, M. John Clayton escogió doce plantas de carotas de la misma variedad, lo más semejantes posible, de la misma edad, del mismo vigor y las sembró una al lado de otra, de modo que seis estaban abundantemente iluminadas por el sol, y las otras seis al abrigo, por planchas que excluían toda iluminación. Estas doce plantas vegetaron hasta octubre, en que se recogió la cosecha. Se pesaron por separado las vainas de las seis plantas que no estaban iluminadas, y de las seis iluminadas y el peso de las vainas frescas fue respectivamente de 29 para las primeras contra 99 para las últimas. Se pe-

saron también los granos secos: los de las plantas iluminadas pesaban tres veces más que las otras. Nada menos inesperado que esta acción de la diferencia de medios. El siguiente año se sembraron dos grupos de granos, pero quedaron todos en plena luz. La acción nuisible de las condiciones en que se formaron los granos de las plantas mantenidas en la sombra, se ha manifestado porque han dado la mitad de la cosecha que dieron las formadas con el sol. Se continuó la experiencia, y al cuarto año, las plantas nacidas de granos formados en la sombra, á través de tres generaciones, pudieron dar flores pero no frutos. La raza estaba extinguida.

La pesca de sardinas y esponjas en Tunisia

Entre las numerosas pescas de las costas de Tunisia, la de sardinas y la de esponjas son las más interesantes respecto á la importancia de la producción.

En 1896, 229 buques tripulados por 1.548 hombres, en Tabourka, Soussa y Mehdiá, pescaron 615.864 kilos de sardinas, que representan un valor de 995.000 bolívares. En conjunto, comprendidas las sardinas, anchoas y otros pescados, Tunisia produjo en el año pasado 2.113.000 kilos por valor de 812.000 bolívares, á los cuales hay que agregar 83.000 kilos de esponja lavada, sean 995.000 bolívares; 17.000 kilos de esponjas bruta por valor de 54.000 bolívares y 286.000 kilos de pulpos, 285.000 bolívares.

El motor Diesel

Según dice *die Zeit*, revista científica de Viena, acaba de hacerse un descubrimiento que está llamado á realizar una revolución en la industria mecánica. Se trata de M. Rodolphe Diesel, que no es un desconocido entre los tecnólogos. En 1893 publicó una obra *Theorie and construction eines rationellen Wärmemotors*, en la cual emitía muy originales ideas sobre la combustión. Ahora, abandonando las brumosas regiones del ensueño, aquel investigador ha llegado á construir una máquina que utiliza de 28 á 30 p_g de calor.

Según las últimas comunicaciones de M. Diesel á la asamblea anual de ingenieros alemanes, sólo se ha guiado por los principios que ha concebido acerca de la combustión. En ésta es preciso distinguir la temperatura de *inflamación* del calor de combustión. Un ejemplo banal bastará para hacerlo notar:

Si se enciende un fósforo frotándolo, se desarrolla un calor de 18 á 20 grados, en tanto que la reacción química de la combustión eleva en 1.000 grados la temperatura. Además, es más ventajoso producir esa temperatura antes de la combustión é independientemente de ella. Para llegar á este resultado, el constructor bávaro, comprime mecánicamente el aire, á la presión de 45 atmósferas en un cilindro; luego inyecta, de una manera regular, la materia combustible [petróleo, gas ó carbón pulverizado] en la masa gaseosa sobrecalentada.

El motor comprenderá generalmente tres cilindros: uno de expansión y dos de combustión, colocados á derecha é izquierda de aquél. El primero lleva en la parte inferior una bomba de aire. En cuanto á los otros dos, reciben la sustancia que hay que quemar en un recipiente que encierra aire, necesariamente comprimido á una presión superior y, gracias á un dispositivo especial, la combustión es *isotérmica*.

Sin embargo, el tipo realizado es una máquina vertical de una potencia de 20 caballos y con un sólo cilindro que comunica con un recipiente de acero en el que se encuentra el aire á 45 atmósferas. Ese recipiente permite inyectar el petróleo en el cilindro de trabajo, alimentado por una bomba de compresión. El consumo sería de 250 gramos de petróleo, por hora y por caballo. La densidad del petróleo empleado es de 0,795 y su poder calorífico de 10.206 calorías. Para ponerlo en movimiento basta abrir una llave colocada entre el acumulador de gas y el cilindro. Ventaja ésta que será muy apreciable para los tramvays y los automóviles.

M. Diesel se ocupa actualmente en ensayar, en Augsburg, una máquina de 150 caballos, cuyas cualidades han de ser maravillosas.

Fotografía del canto

En los Estados se ha ideado fotografiar el canto. Holbrook Curtis ha realizado un aparato que se llama "Tonógrafo" y con el cual es muy fácil traducir por una imagen un sonido, una nota cualquiera. No se habrán olvidado, sin duda, las antiguas experiencias que se hacen en los cursos de física poniendo en vibración con un arco, placas cubiertas de arena. En la placa se forman líneas nodales, dibujos, muy visibles por la distribución de la arena y que varían según la nota, es decir, según la placa. M. Curtis tuvo la idea de reemplazar el arco por la emisión de una nota. Ha construido

un tubo curvo, con una gran pipa; en la extremidad horizontal tiene una embocadura y en la vertical una placa de vidrio colocada horizontalmente. Se cubre la superficie de la placa con una mezcla de sal de mesa y de esmeril muy fino. En seguida se hace cantar en el tubo. Para cada nota se obtiene una distribución particular del polvo, una imagen invariable muy fácil de fotografiar.

Las líneas obtenidas son idénticas para el mismo instrumento y para la misma placa, cualesquiera que sean las voces que dan las mismas notas.

M. Curtis ha comparado las imágenes producidas por un soprano ligero y por una primadona cuyo instrumento vocal tiene excesivas sonoridades, y resulta que la fotografía de los dibujos es idéntica, con la única diferencia de que la voz de la primadona dio las líneas más acentuadas.

De este modo el inventor ha fotografiado toda la serie de notas, y también las intermedias, como las que están comprendidas entre el *do* y el *do sostenido* y que no son normalmente indicadas en los *sofegos*, porque nuestro oído es muy imperfecto para apreciar su diferencia. Estas fotografías del *Tonógrafo* son muy interesantes.

Claro es que con esa aplicación se puede dar á los discípulos, modelos de cantos exactos. Para emitir la nota conveniente se necesita que el discípulo obtenga el dibujo tonográfico característico de la nota que tiene á la vista. Hay que indicar todavía una aplicación, que es la notación del sonido de las campanas, por el *Tonógrafo*. Parece que no se está de acuerdo sobre las verdaderas notas dadas por ciertas campanas célebres, entre ellas la famosa *Savoyarde*. Por el *Tonógrafo* se podría experimentalmente salir de dudas. Este instrumento prestará además muchos otros servicios, sobre todo á los físicos.

El trabajador submarino

Acaba de ensayarse en el Sena, antes de llegar á Choisy-le-Roi, cerca de París, un aparato inventado por M. Piatti dal Pozzo y construido por M. Delisle, que permite trabajar bajo el agua á grandes profundidades.

Ya se tenía la escafandra, la campana de inmersión, el hidróstato del doctor Payern; con los dos primeros podía trabajarse á 40 metros bajo el agua; el último permitía descender 70 metros. Pero estos sistemas son peligrosos y más de un buzo ha pagado su audacia con la vida al emplear aquellos aparatos.

Con el *Trabajador submarino* puede descenderse hasta 500 metros bajo el mar; á lo menos, así lo espera su inventor, quien ya ha hecho experimentos bajo el puente de Palaiseau, sin ninguna dificultad.

Pero de su utilidad no puede juzgarse sino después de estudios en el mar. Por consiguiente, el *Trabajador*, según se dice, va á operar en la Mancha, en el Havre; luego irá á Brest, á tantear los fondos del Atlántico.

En tanto tenemos noticias de esos resultados, digámonos á grandes rasgos en lo que consiste el nuevo sistema.

Imagínese una grande esfera metálica de 3 metros de diámetro al exterior y de 2,92 metros al interior; esto es, de paredes sólidas de 0,008 metros de espesor. La esfera pesa 10 toneladas. Al interior se descende por una ventanilla y una escala de servicio; en aquel se halla una instalación de sibarita; luego, acumuladores eléctricos para producir la luz y hacer funcionar tres hélices exteriores, destinados á hacer andar el bote bajo el agua. En fin, los órganos esenciales del *Trabajador*, son: tubos cónicos provistos de poderosos lentes para alumbrar los fondos y permitir explorarlos, pinzas poderosas de acero para desprender y manejar los materiales y los desperdicios. Estos instrumentos son exteriores, no rezumantes, para que el agua no pueda penetrar al interior; pueden moverse con un motor eléctrico. El motor y las lámparas se ponen en acción con una corriente transmitida desde la superficie del agua por un cable. Si el cable se rompiera, los acumuladores asegurarían el alumbrado, durante el tiempo necesario para subir á la superficie del agua. Por el mismo cable se efectúan también las comunicaciones telefónicas. Por último, el *Trabajador submarino* está normalmente suspendido bajo un buque portador, por un cable con el cual se le puede subir á la menor señal telefónica. Si este otro cable se rompiera también, el aparato volvería por sí mismo á la superficie, puesto que lleva dos cajas de lastre, de reversión, colocadas de manera que pueda caer el lastre sin que penetre el agua al interior de la esfera. Inmediatamente deslustrada, subiría como un corcho hasta el aire libre.

La esfera está llena de aire comprimido á varias atmósferas, de manera que los hombres que vayan dentro puedan vivir allí varias horas, encontrando una cantidad suficiente de oxígeno para respirar. Un lecho de cal viva absorbe el ácido carbónico desprendido.

Es claro que la presión á la cual están sometidos los obreros en el interior es independiente de la profundidad y que se puede, por tanto, llegar más abajo con un cable más largo y más resistente. Sólo los experimentos que se hagan podrán decir de la utilidad práctica del nuevo invento.

El recuerda al *Explorador submarino*, combinado en 1862 y descrito en revistas de aquella época, en términos un tanto fantásticos. Sólo difería de éste en que el descenso y la ascensión se efectuaban por medio de dos cilindros simétricos que entraban y salían de manera que aumentaban ó disminuían la capacidad flotante.

Fenómenos de los cometas

Según una comunicación del observatorio real de Berlín, el profesor Goldstein, especialista de los rayos catódicos, parece que ha logrado reproducir prácticamente, por medio de los rayos X, fenómenos esenciales y característicos de los cometas, como las radiaciones luminosas de su cabeza y el desarrollo de su cola.

Estos resultados explican las particularidades notadas desde hace algunos años en la aparición de estos astros errantes.

Pérdida de fuerza en las transmisiones

No se conoce generalmente la enorme pérdida de potencia en las transmisiones por medio de árboles y de correas, el profesor C. H. Benjamín de la Escuela de ciencias aplicadas, de Cleveland, ha hecho interesantes observaciones en diez fábricas, de trabajos muy variados. En un taller de construcción de máquinas y de calderas, ha comprobado una pérdida de potencia de 65 por 100, 77 en una fábrica de máquinas de coser, 75 en una de aplanar, 77 en una de triturar y en fin 80 en los talleres donde se fabrican piezas de puentes.

Los microbios del aire

Según el cuadro comparativo que aparece en un trabajo publicado recientemente por el doctor Paul Regnard, las altas regiones de la atmósfera son las más pobres en microorganismos, según lo habían indicado las investigaciones de Pasteur.

Así, en las regiones comprendidas entre 2.000 y 4.000 metros, es casi imposible anotar la presencia de un solo microbio en diez metros cúbicos de aire.

Aún á la altura de 550 metros, sobre el lago de Thoune, en la región de los Alpes berneses, sólo se han encontrado ocho, en el mismo volumen de diez metros cúbicos de aire. En un cuarto de hotel, en el mismo lugar, M. Regnard ha contado hasta sesenta microbios por metro cúbico.

A pesar de esta cifra, que pudiera parecer exagerada, el aire de aquel medio no tiene nada de común con el de la calle Rivoli, por ejemplo, en la que un metro cúbico contiene más de 5.000 microorganismos, menos aún que en cualquiera sala de los hospitales de París, en donde viven, por cada metro cúbico, de 40.000 á 80.000 microbios.

Sólo el aire marino, al largo, puede competir en pureza con el de la montaña. A menos de 100 kilómetros de las costas, el aire del Atlántico no contiene sino 18 microorganismos por cada diez metros cúbicos y á más de 100 kilómetros, sólo se enueñan de 5 á 6.

Es preciso convenir en que esta pureza del aire es una de las razones por la cual hay pocas tuberculosis en los climas de montaña. En Arizona, en el Colorado, en Idaho, en Montana, en el Nevada, en Nuevo Méjico, en Utah, en Wyoming, en esos países de los Estados Unidos en que la altura varía de 1.500 á 2.400 metros, la mortalidad por tisis pulmonar oscila entre 2 y 10 p. 100; en tanto que en Connecticut, en Columbia, en el Maine, Massachusetts, New Jersey y New York, la mortalidad media está comprendida entre 20 y 27 p. 100. De modo que pasa en un cuarto la proporción anterior y aún la mortalidad general.

NUESTROS GRABADOS

Juan Bautista Carreño

El retrato de Carreño en nuestras páginas es un homenaje al ingenio patrio.

Inventor de la trilladora que lleva su nombre, ésta ha sido considerada ventajosa para la industria agrícola por personas competentes en la materia. Las opiniones publicadas hasta la fecha demuestran que la nueva trilladora compete con las mejores de su género que se introducen del extranjero.

Barquisimeto

Puede vanagloriarse el Estado Lara del desarrollo progresivo que en estos últimos años ha alcanzado, debido á la fraternal asociación que la iniciativa particular y la del poder han establecido para hacer más fecundos sus esfuerzos.

El tranvía de Barquisimeto es una nueva obra de

utilidad pública que acaba de inaugurarse en el Estado. La línea ha sido construida bajo la competente dirección del ingeniero doctor Andrés Palacios Hernández, y los materiales fueron escogidos acertadamente por la Empresa en la acreditada casa de los señores Orenstein & Koppel, de Berlín.

Eco

CROMOFOTOGRAFO DE "EL COJO ILUSTRADO"

Nuevo obsequio á los suscritores de esta Revista, representa la doncella de las leyendas helénicas, educada por ninfas y por diosas en el canto y en la música, desdefiosa con los héroes y los semidioses, rival vencedora del Dios Pan, enamorada de Narciso desde que vivía con las ninfas del agua; desdenada por aquel, único á quien llamara al tabernáculo improfanado de su alma y de sus dones, buscando en la soledad de las grutas y de los bosques calma al desesperado dolor de la indiferencia del mancebo y contestando á todos los que la llamaban, con ecos dolientes como los cantara Ovidio; ó quejándose con ellos del martirio que padecía bajo la furia de los pactores á quienes enloqueciera Pan para vengarse de Eco vencedora, como lo reza nueva leyenda.

"El Encantado"

(COMPAÑÍA ANONIMA "LA ELECTRICIDAD DE CARACAS")

Inauguradas el 8 de agosto último las instalaciones de donde se trasporta á Caracas la fuerza de la cascada del Guaire en *El Encantado*, cuya altura alcanza á 36 metros, nos complacemos en ilustrar nuestras páginas con cuatro vistas relativas á esa obra que, con capitales del país, ha llevado á cabo el joven ingeniero señor Ricardo Zuloaga.

Vulgarizadas las ventajas de esta nueva empresa por otro inteligente ingeniero, el señor Doctor Alberto Smith, profesor de la Universidad Central; por la prensa periódica de la localidad, y por nuestra misma Revista en uno de sus últimos números, réstanos aplaudir el establecimiento de la nueva industria que nos dice de modo elocuente cuánto puede esperar el país del noble esfuerzo de sus hijos.

Las ilustraciones á que nos referimos representan la tubería que conduce el agua á las turbinas; la toma del agua para las mismas; el trasporte de materiales; y el grupo de Ingenieros y operarios de la obra.

Buenos Aires

La Estación Constitución, una choza, la Aduana vieja y el monumento de San Martín en la Catedral, son grabados que representan, respectivamente, la vida industrial de aquella ciudad; sus campos fértiles; las construcciones fuertes de la época colonial; y el arte moderno contribuyendo al perdurable tributo que las naciones agradecidas consagran á sus libertadores.

Madonna

(CUADRO DE PABLO BARTHEL)

Con el nacimiento del arte cristiano aparece el culto de la pintura por la Madre del Dios-Hombre. Virgen ó Madonna, resplandece en los lienzos de Giotto, de Fray Angélico y del Peruggino, llegando á ser una concepción completamente extraterrestre en los lienzos de Rafael y de Murillo.

Barthel ha pasado su espíritu por los dominios del renacimiento; y su Madonna tiene la expresión de infina bondad que los grandes maestros dieron á la Madre de Jesús. Estrecha contra su corazón al Hijo; y de su cabeza nimbada pende en ondulantes pliegues el amplio velo, diáfano como encaje auroral y sutil y vaporoso como el ensueño.

Túnel de San Antonio

Bajo su oscura bóveda pasan rápidos los trenes del Gran Ferrocarril de Venezuela, que se oculta presto entre los catafalcos aragüeños, saluda luego las rib ras del Tacarigua y después penetra victorioso á la hermosa capital carabobeña.

Cacería de flamencos

Los flamencos abundan en la costa Norte del África y prefieren á todos los demás sitios los lagos de agua salobre ó salada, cercanos al mar. En general forman agrupaciones numerosas; evitan cuidadosamente los lugares que ofrecen algún peligro; pescan en las aguas descubiertas, donde pueden abarcar con la vista un gran espacio, y se guardan sobre todo de acercarse demasiado á los carrizales. De allí que para llevar á cabo la cacería de estos fenicópteros haya tenido que recurrir el ingenio á las jaulas flotantes que reproduce el grabado, pues sólo ocultándose en ellas puede el cazador aprovecharse de su presa, en el silencio solemne de la noche, cuando la luna se alza sobre el monte, riela sobre la superficie del agua y la brisa apenas mueve las palmas de la ribera.

Asunción (Nueva Esparta)

Las vistas que de la capital de la isla de Margarita publicamos en la edición de hoy, reproducen el templo de la ciudad y las ruinas de algunos edificios. Esas ruinas evocan el recuerdo de la dominación española, y con él los de la guerra magna y el triunfo de la causa de la libertad.

El Doctor D. Francisco A. Rísquez, Vice-Rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República, dice que:

El Jabón Hamamelis-sulfuroso del Dr. Rosa reúne las virtudes del azufre, anti-dartroso y parasitocida, y el Hamamelis, tónico astringente, con las condiciones de un buen Jabón.

El Jabón Carbólico del Dr. Rosa con las propiedades antisépticas de los Jabones fenicados, tiene la gran ventaja de su buen olor.

De venta al por mayor, Feo Hermanos.—Valencia.

SUETOS EDITORIALES

León Lameda.—La Academia Nacional de la Historia ha elegido miembro de ella, por unanimidad de votos, al aventajado escritor señor León Lameda, quien ocupará el sillón letra C, vacante por el fallecimiento del sabio Doctor Manuel María Urbaneja.

Felicitemos cordialmente á nuestro antiguo colaborador y amigo, por el honor que le ha discernido aquella docta Corporación.

Dr. Aníbal Domínci.—La muerte ha cortado el hilo de una existencia exornada con todas las preseas que dignifican y enaltecen la personalidad humana.

Ha muerto el Dr. Aníbal Domínci, buen ciudadano, ejemplar en el hogar, miembro estimable de nuestra sociedad; y en torno á su cadáver sus doloridos hijos, deudos y amigos lloran con el supremo dolor de las eternas despedidas, la honda pena irreparable.

Si en los postreros instantes de su vida las lágrimas del hijo ausente, nuestro amigo Pedro César, no cayeron, como supremo alivio, sobre la frente ya tibia y macilenta del amoroso padre agonizante, la nave, perzosa á la angustia mortal que lo agitaba permitiéle siquiera contemplar por vez última la fisonomía ya helada del que arrebató la tierra para siempre al acendrado afecto de los suyos.

El Ejecutivo Nacional, la Universidad Central de Venezuela, el Colegio de Abogados, la Facultad de Ciencias Políticas, la Academia de la Lengua, la Corte de Casación, han hecho suyo el duelo de esa muerte, invitando á las ceremonias religiosas del entierro.

EL COJO ILUSTRADO se hace partícipe de la pena que hoy affige ese hogar y presenta á la respetable familia Domínci el homenaje de su condolencia.

Ideas é Impresiones.—Empieza á leerse en Caracas el volumen que, como lo habíamos anunciado en nuestro número anterior, imprimía en la librería española de Garnier Hermanos de París nuestro ilustrado colaborador y amigo el joven Doctor Pedro César Domínci.

En esa obra, el espíritu del autor, orgulloso de sus energías, penetra en los dominios de la Historia y del Arte, de donde sale por caminos de luz para dilatar su vuelo con más libertad en el país ideal de la imaginación.

Cuando juzga y falla, su frase es diáfana y consistente como el cristal de roca. Cuando describe, el período toma los matices apropiados al pensamiento que externa.

Domínci es bien conocido por cuantos se preocupan del actual movimiento literario en Hispano-América; y su libro *Ideas é impresiones*, que contiene algunos de los estudios publicados en nuestra Revista, viene á acentuar la reputación de que goza el autor en los centros intelectuales del continente.

Al estumio.—(*Cinco perfiles*).—Por Gerónimo Maldonado, h.—Tipografía de "El Pregonero."—Caracas.—1897.—Nicanor Bolet Peraza, Gonzalo Pición Febres, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera y Julián del Casal—venezolanos los dos primeros, mejicanos los dos siguientes y cubano el último—son los literatos que con sus producciones concurren al plan y desarrollo del libro que acaba de publicar el joven escritor andino, señor Jerónimo Maldonado, h., á quien agradecemos la honrosa dedicatoria autógrafa que trae el ejemplar con que bondadosamente nos ha obsequiado.

De este libro conocíamos algunos capítulos, á los cuales dio acogida el Director de nuestro colega *El Derecho*.

Regocijase EL COJO ILUSTRADO cada vez que nuestra inteligente juventud contribuye con sus generosos esfuerzos á aumentar el catálogo de la Bibliografía Nacional; y hoy se complace en celebrar la aparición del libro del señor Maldonado, h., el cual libro nos ha impresionado agradablemente, excepción hecha de determinadas afirmaciones en la primera parte y también del *Apéndice* donde abundan conceptos agríamente desfavorables á la personalidad literaria del señor César Zumeta, en quien hay que reconocer la inteligencia é ilustración poco comunes con que se ha hecho admirar de propios y extraños.

Nos sorprende el *Apéndice* tanto más cuanto que Maldonado, h., aparece ante el público terciándose el manto de la modestia, virtud que nos merece las mayores alabanzas. "Al publicar el presente volumen—dice—no aspiro á enseñar nada ni á nadie, "ni pretendo tener ínfulas de crítico." Después de tan hermoso rasgo, nos mueve el deseo de conocer las anotaciones críticas del señor Maldonado, h.; pero luego, desgraciadamente, sentimos la ráfaga afianzante de la polémica que constituye el *Apéndice*, y en la cual la pasión no deja de tener una parte muy expresiva.

Aplaudimos sinceramente los esfuerzos del señor Maldonado, h., al trazar preferentemente los perfiles de los cinco literatos nombrados; y si hacemos observaciones al *Apéndice*, es porque deseando que exista la mejor armonía entre los miembros de la nueva generación literaria, nos apena verla perder su tiempo en discusiones estériles.

Opiniones.—De nuestro colega la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, de Montevideo, extractamos las siguientes líneas que aparecen en la sección de *Notas Bibliográficas*:

"**MAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.**—POESÍAS.—CARACAS, TIPOGRAFÍA "EL COJO."—1897. 1 vol. en 8°—El autor de esta selecta colección de poesías es un joven y distinguido literato, nacido en Colombia, pero incorporado, desde su iniciación en la vida de las letras, al animado y brillante movimiento intelectual que sostiene en la capital venezolana poetas y escritores del mérito de Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Andrés A. Mata, Rufino Blanco Fombón, Pedro G. Domínci, Eloy G. González y otros; bizarro grupo literario que se congrega en las páginas de una hermosísima ilustración caraqueña, que merece ser considerada como la primera de las publicaciones de su índole en la América Española.

De las *Poesías* del señor Arciniegas se hablará con más detenimiento en uno de los próximos números de la *Revista*.

En esta nota, de simple información, sólo anticiparemos un sincero aplauso al joven poeta colombiano; cuya personalidad literaria estudia con muy acertado juicio el señor Ricardo Becerra en el extenso prólogo que lleva el libro."

Por su parte, EL COJO ILUSTRADO agradece altamente los conceptos de la *Revista Nacional*, al mismo tiempo que se enorgullece de ellos, porque vienen autorizados por los más distinguidos representantes de la nueva generación literaria del Uruguay.

Aniversario.—Nuestro estimado colega *El Verbo Liberal* de Villa de Cura, festeja el primer aniversario de su fundación.

Felicitemos á su Director y Redactor, el aplaudido poeta, Doctor Gabriel E. Muñoz.

Otro hogar se cubre de duelo con la muerte del Dr. Tulio Alvarez de Lugo, cuya desaparición habrán de lamentarse siempre los numerosos miembros de la virtuosa familia que supo formar.

Enviamos á sus deudos la expresión de nuestro pésame.

El Pbro. Dr. J. Víctor Barrios, que hacía tiempo venía desempeñando con verdadera uncción evangélica el curato de la iglesia de Santa Rosalía, ha descendido también á la tumba en medio al dolor de sus feligreses, quienes como homenaje al verdadero levita acompañaron el féretro llevado en hombros, con ayes de dolor y elocuentes manifestaciones de la honda pena que aquella muerte les causaba.

Tributamos un recuerdo en la loza de esa tumba.

Folletos recibidos.—*Discurso sagrado*, pronunciado por el Pbro. doctor José V. Lozano, con motivo de las bodas de plata sacerdotales del Pbro. Francisco Pérez.

Arancel de derecho de importación, con su índice alfabético.—Edición oficial.

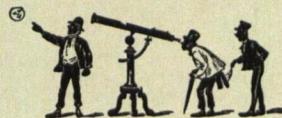
Documentos relativos á la asamblea general de accionistas del Gran Ferrocarril de la Ceiba, reunida en Trujillo el 9 de Agosto.

Informe que presenta la Junta Directiva de la Compañía del Gas y de la Luz Eléctrica á la Asamblea general de accionistas, reunida en sesión ordinaria el 30 de Setiembre.

General Mestre.—*Resumen provisional*, agosto 1° de 1897.

Damos las gracias á los señores remitentes.

HOJAS DEL CALENDARIO



Martes

14

SEPTIEMBRE

Anúnciase por persona competente, un curioso fenómeno astronómico, hacia el cual llamamos la atención de los lectores aficionados á asuntos de esta índole; se trata de la ocultación de la estrella Antares por la luna; acontecimiento astronómico además de interesante

de utilidad para la determinación de la longitud de un lugar.

Las Hermanas de San Francisco propóñense fundar un Kindergarten (Jardín de la infancia) donde los niños de tres á ocho años de edad encontrarán cultivo intelectual y ejercicio corporal.

El propósito es laudable y simpático por cuanto se refiere á la desvalida infancia.

Miércoles

15

SEPTIEMBRE

La República de Guatemala entra en el septuagésimo año de su independencia.

Presentamos al Cónsul General residente en Caracas y á la colonia guatemalteca nuestras congratulaciones.

Jueves

16

SEPTIEMBRE

En el Paraninfo de la Universidad Central de Venezuela se efectuó el acto público de la apertura del nuevo año escolar.

Una voz de aliento para la juventud amante del saber.

Sábado

18

SEPTIEMBRE

La República de Chile, celebra el aniversario de su independencia.

Cuándo podrá hacerlo Cuba! dirán los cubanos.

Lunes

20

SEPTIEMBRE

Con motivo del Jubileo Sacerdotal del Illmo. Señor Arzobispo vase á erigir en el caserío Sucre una Escuela popular; y el Jurado encargado de conocer sobre los planos ha recibido ya nueve proyectos que tiene en consideración.

Dictaráse veredicto el último del mes en curso.

Martes

21

SEPTIEMBRE

El sillón vacante en la Academia Nacional de la Historia por muerte de su ocupante el Dr. Manuel María Urbaneja, ha sido dignamente ocupado por nuestro amigo el ilustrado escritor León Lameda.

Es esta una honra merecida por las eximias dotes de erudición que adornan al nuevo académico. Lo felicitamos muy sinceramente.

Miércoles

22

SEPTIEMBRE

Setenta y seis alumnas cuenta ya la Escuela Domínical fundada y dirigida en Valencia por las Hermanas de San Francisco.

La índole de la institución y los progresos alcanzados, augúranle larga y honrosa vida.

Domingo

26

SEPTIEMBRE

De acuerdo con la costumbre establecida verificóse en el Club Venezuela la velada musical correspondiente al sábado último del mes en curso.

La circunstancia de no haber tenido efecto la velada anterior hicieron ésto tanto más entusiasta y concurrida cuanto más anhelada.

Un hermoso y encantador grupo de damas, donde todas las preseas de la belleza, de la cultura y del recato brillaban á la par, dieron á la reunión ese encanto peculiar y único que sólo sabe darlo el bello sexo.

Prolongóse la reunión hasta las dos de la mañana, dejando en el alma de todos los concurrentes esa apacible satisfacción del placer gozado sin hez alguna de amargura.

Felicítamos una vez más á la culta institución del Club Venezuela, por su sociabilidad culta y discreta.

CLOTO.

La Emulsión de Scott es indiscutiblemente el mejor medicamento para curar los padecimientos de origen escrofuloso.

Así opina el ilustrado doctor Ferrer cuya competencia médica es bien conocida en toda la Isla.

Don Gabriel Ferrer Hernández, doctor en Medicina y Cirugía, Médico del Hospital de la Concepción.

Certifica: Que la Emulsión de Scott de hígado de bacalao é hipofositos alcalinos preparada por los señores Scott & Bowne, es de los medicamentos más en boga, tal vez el más recomendable por su eficacia en las enfermedades del aparato respiratorio, é indiscutiblemente el mejor en los padecimientos de origen escrofuloso.

Y para que así conste donde convenga expide la presente, que firma en San Juan de Puerto Rico, Abril 30 de 1894.

DOCTOR GABRIEL FERRER HERNANDEZ.

LAS DAMAS más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**, que constituyen la perfumería más higiénica y más eficaz.

La **CREMA SIMON** calma muy bien los efectos de las **Picaduras de los Mosquitos**.

Verificar la marca de fábrica.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

La Zarparrilla del Dr. Ayer.

• • •

Purifíquese la sangre con la Zarparrilla del Dr. Ayer. Para la escrófula, floroncos, úlceras, llagas, carbuncos, granos, ronchas y todos los desarreglos originados de sangre viciada, esta medicina es un verdadero específico. La Zarparrilla del Dr. Ayer, como remedio es igualmente beneficiosa para el catarro como para el reumatismo y gota reumática. Como tónico ayuda el precedimiento de la digestión, estimula el hígado entorpecido, fortalece los nervios y reconstituye el organismo cuando está debilitado por fatiga excesiva ó enfermedad que agota las fuerzas. Ningún otro depurativo de la sangre da tanta satisfacción ó es objeto de tan universal demanda.

La Zarparrilla del Dr. Ayer.

PREPARADA POR

Dr. J. C. Ayer y Ca.,
LOWELL, MASS., U. S. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.

LAS PÍLDORAS DEL DR. AYER
CURAN LA BILIOSIDAD.



Los principales Dentistas y Peritos piden un **LÍQUIDO** (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos **PÓLVOS** (que limpien el esmalte de los dientes) que **Usados juntamente** preserven **propia**mente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

“Estimo su **SOZODONTE** como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputacion internacional.”

Vendido por los **Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos** do todas partes.

Pedid por carjeta postal “**Dentistería Popular**,” un libro que dice la manera de cuidar la dentadura. **HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.**

LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

PORQUE

- Son un TÓNICO para el cútis.
- Son MEDICINALES.
- El Borato es SALUDABLE.
- El Azufre es PURIFICADOR.
- Curan todas las ERUPCIONES.
- Curan todos los GRANOS.
- Señ recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

Deliciosamente perfumados. Los mas blancos de todos los Polvos. Nuestro libro “**LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN**” porte pagado. Preparados por el Eminente Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Moutclair, N. J., EE. UU.

FABRICA DE CIGARRILLOS “EL COJO”

Lienzo, pinturas, pinceles, &c. &c.
PARA LOS ARTISTAS
A LA VENTA EN EL COJO



ECO

CROMOFOTOGABADO DE "EL COJO ILUSTRADO"